Seix Barral

Susanna Tamaro

El viento sopla donde quiere

Índice

Portada

Portadilla

Cita

Para Alisha

Para Ginevra

Para Davide

Notas

Créditos

EL VIENTO SOPLA DONDE QUIERE

Susanna Tamaro

Seix Barral

El milagro está en que las cosas existan.

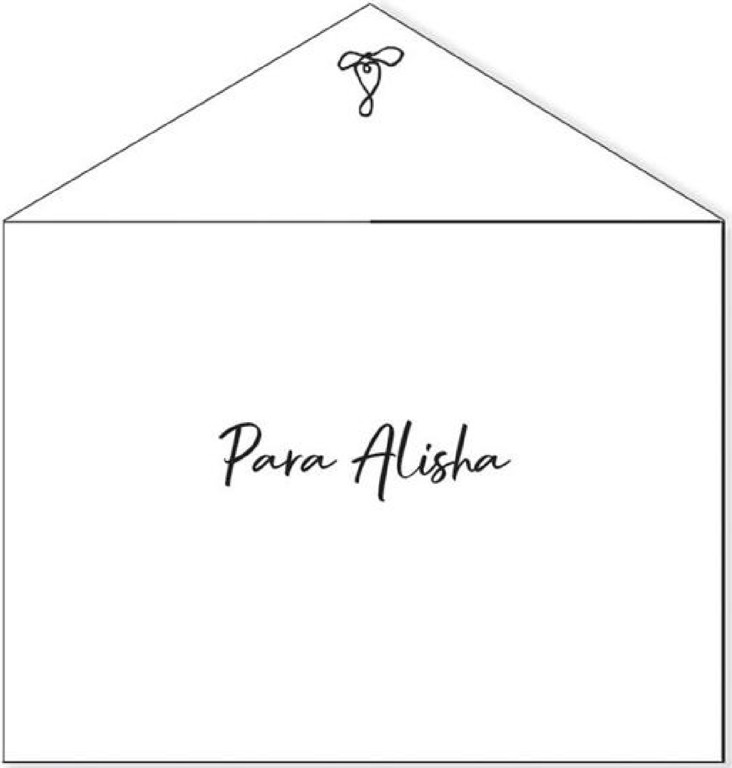
LUDWIG WITTGENSTEIN

¿Qué es el saber?
El sentir de la vida inmortal.
¿Y qué es la vida inmortal?
Sentir todo en Dios. Porque el Amor
viene de la unión.

ISAAC DE NÍNIVE

El viento sopla donde quiere, y oyes su sonido pero no sabes ni de dónde viene ni adónde va. Así es todo aquel que ha nacido del Espíritu.

Evangelio según San Juan, 3, 8


Para Alisha

Querida Alisha:

Es 26 de diciembre y estoy sentada a la mesa de la cocina.

Podría haberme ido por ejemplo al salón, al calor de la chimenea, pero el fuego es un placer que pide compañía; si te quedas mirándolo a solas corres el riesgo de que te suscite ideas extrañas: los troncos arden igual que arden nuestras vidas devoradas por el tiempo, y también de ellos solo quedan cenizas igual que un día solo quedará ceniza de nuestros cuerpos. Además, la cocina es el lugar de la vida, es donde almorzamos y cenamos en familia, es donde tenemos nuestros rifirrafes, nuestras discusiones, es donde también de vez en cuando estallan por suerte las risas, y ha sido siempre aquí donde hemos tomado las decisiones importantes entre todos.

¿Te acuerdas de cuando, a principios de diciembre, lancé la idea de «Navidad libre para todos»? ¿Te diste cuenta del minuto de silencio y perplejidad que siguió?

—¿Estás de broma? —preguntó Ginevra.

—No, lo estoy proponiendo en serio.

—Entonces solo hay que invertir los términos —comentaste tú con una sonrisa—: Pascua en familia y Navidad con quien quieras.

—¡Y si te he visto, no me acuerdo! —fue la conclusión de tu hermana.

El único que se quedó con una expresión desolada fue el pequeño Elia.

—Pero un momento... ¿Ni árbol, ni belén ni regalos?

Tuve que tranquilizarlo.

—No te preocupes. Lo haremos todo como está mandado, con los regalos, el árbol, etcétera, y ya luego, el 26, ¡todos libres!

La primera en partir fuiste tú, sin esperarte siquiera al día de Navidad porque esta vez has elegido un destino lejano, mientras que Ginevra se las arregló para que su amiga Diamante la invitara a su casa de Cortina y Elia no puso problemas en pasar las vacaciones con la familia de su amigo del alma. ¿Te acuerdas de la risa que le entró a Ginevra cuando tu padre anunció que iba a hacer un curso para aprender a escalar cascadas de hielo con sus amigos del club alpino?

—¡Pero, papá! ¡Ya estás mayor para esas cosas!

—No existe la vejez del cuerpo si no existe la del espíritu —le respondió sereno tu padre, al que tu hermano no paraba de mirar con los ojos desencajados.

—Es peligroso, papi.

El 25, sin embargo, sí que hemos celebrado como siempre el día de Navidad, con los abuelos, los tíos y los primos llegados de Molise, cargados como todos los años de platos y regalos tradicionales. Se han quedado muy chafados por no haberte visto, y te mandan muchos recuerdos.

La tarde de la Nochebuena cundió momentáneamente el pánico porque no encontrábamos al Niño Jesús. Estaba convencida de que lo había guardado con el resto de las figuritas del belén, pero no estaba en la caja. Las demás, sí: los pastorcillos, las ovejas, las ocas en su estanque, el ángel que se pone en el techado de paja; no faltaba ninguna salvo él, el Niño Jesús. Cuanto más lo buscábamos, más nervioso se ponía Elia.

—Hoy están las tiendas cerradas —no paraba de repetir—. ¡Cerradas, cerradas! ¡Las tiendas están cerradas! ¿Qué vamos a hacer?

—¿Qué problema hay? —respondió irascible Ginevra—. Cogemos una nuez, le pintamos unos ojos y una boca y la metemos en la cuna. Total, es solo una convención, ¿no?

Pero Elia no quiso ni oír hablar del tema.

Al final a tu padre se le ocurrió resolverlo moldeando con plastilina algo parecido a un bebé. Ya me esperaba algún comentario ácido de Ginevra del tipo «¿No estás viendo que parece un cerdito?», por el color rosa chicle de la plastilina, cuando por suerte nuestro fiel Felix hizo aparecer de un rápido zarpazo al pequeño Jesús de debajo del sofá, envuelto en una nube de pelusa en vez de en paja, pero, por suerte, intacto. ¡A lo mejor llevaba allí desde enero pasado! De todas formas, el caso es que, en cuanto encontramos al Niño, la paz volvió a reinar en la casa y a medianoche Elia pudo ponerlo en su cuna como manda la tradición.

Mientras, en la planta de arriba, aguardaban todas las maletas ya preparadas. Al pasar por delante, pensé que en realidad parecía una Navidad celebrada en una estación de trenes: aunque todos estábamos

allí, teníamos la cabeza proyectada en los viajes de hoy por la mañana. Ginevra estaba pensando ya en el deslumbrante lujo de los grandes almacenes La Cooperativa de Cortina, Elia en los juegos a los que iba a jugar con su pandilla y tu padre, en los crampones que iba a calzarse en el hielo.

—¿Seguro que quieres quedarte sola? —me preguntó tu padre anoche, ya en la cama.

—¿Te da miedo que me dé un escobazo la bruja de la Nochevieja? —bromeé.

—No, que te pase algo.

—¿Qué va a pasarme? Estoy un poco cansada, eso es todo.

No pareció convencido.

—¿De verdad que no quieres que me quede?

—No, siempre te sienta bien salir al monte, y además sé que con tus amigos eres feliz.

—Pero ¿y tú?

—¿Yo? Tan contenta de quedarme sola unos días...

Esta mañana ha sonado el despertador al amanecer y a las once ya estaba la casa vacía. He ordenado la inevitable estela de caos que han dejado los tres al partir y luego, después de comer unas sobras de la cena navideña, me he ido a descansar al sofá con una mantita calentita sobre las piernas.

Llevamos seis años viviendo en esta casa y, desde entonces, nunca se había dado el caso de pasar yo un día y una noche completamente sola aquí. Sí me había quedado sola siendo más joven, cuando vivíamos en la ciudad y vuestro padre viajaba mucho por trabajo y vosotros todavía ni siquiera estabais en el horizonte. La soledad de un piso, sin embargo, es muy distinta de la que se siente en una casa rodeada de bosque, donde los ruidos, en su mayoría desconocidos, generan inquietud y los silencios son silencios de verdad.

¿Te acuerdas de tu amiga de Bolonia que iba a quedarse en casa una semana pero que, pasada la primera noche, quiso volver a la ciudad con un pretexto claramente inventado? No sé si ella se dio cuenta, pero yo intuí que se trataba justo de eso: la noche que es realmente noche —sin una farola, sin un cartel luminoso, sin las luces del bloque de enfrente, solo oscuridad, oscuridad y más oscuridad— suscita en

nosotros un miedo atávico. Y es que lo cierto es que en la penumbra de nuestro pasado evolutivo acechaban las fieras —los osos, los lobos, los tigres dientes de sable, otros seres humanos armados de garrotes—, y la ausencia de luz hace que ahora resurjan sus fantasmas en nuestras noches.

Hubo una discusión sobre este asunto entre tus hermanos justo el día de antes de Nochebuena, mientras comíamos. Elia estaba preocupado por mí.

—¿De verdad vas a quedarte tú sola en casa? ¿No te da miedo?

—Pero ¿qué dices? Va a estar de todo menos sola —replicó riendo Ginevra—. Los fantasmas le harán buena compañía.

—¿Fantasmas? —Tu hermano la miraba con cara de incredulidad.

—Claro. Todas las casas antiguas están llenas de fantasmas. ¿Nunca has sentido las cosquillas que te hacen por las noches?

—Yo no. ¿Y de quiénes son fantasmas?

—De todas las personas muertas que vivieron aquí antes que nosotros.

—¿Y son buenos?

—Depende.

Ginevra se quedó mirándolo con una expresión tan sabia como cruel. Llegados a ese punto, tu padre prefirió cambiar de tema. Aunque, a la mañana siguiente, después del desayuno, Elia quiso retomar la cuestión.

—Te equivocas —le dijo el pequeño a Ginevra—: en esta casa no hay fantasmas, hay ángeles. —Para corroborar su tesis, sacó del bolsillo una pluma blanca—. Me la he encontrado esta mañana a los pies de la cama.

—¡Vaya tontería! —lo increpó vuestra hermana—. ¿No ves que es una pluma que se le ha caído del culo a una de las gallinas?

—Si fuera del culo, estaría llena de caca, y esta está limpia. Mírala: se ve que es de un ángel —le rebatió él, blandiéndosela debajo de la nariz—. Es problema tuyo, que no sabes verlo.

Ahora que estoy mirando por la ventana me doy cuenta de que los días han empezado a alargarse. El caqui que hay al fondo del jardín refulge en el ocaso con el naranja de sus frutos maduros, cuando a esta hora hace diez días ya se lo había tragado la oscuridad. Los

cuerpos celestes nos imponen la repetitividad de sus ciclos, pero, desde que vivimos en el caos artificial de las ciudades, ni siquiera nos damos cuenta. Vivimos las veinticuatro horas del día sin percatarnos de que de esa forma cortamos —o nos vemos obligados a cortar— nuestro vínculo más profundo con el cosmos y, sin cuestionarnos ese vínculo, cada vez nos costará más comprender la verdadera raíz del ser humano.

Empieza a mermar la luz de la habitación a mi alrededor, pero no tengo prisa por encender la lámpara. Todavía logro ver en la pared de enfrente el primer cuadrito que hiciste en la guardería. No tuve valor para tirarlo en la mudanza.

—¡Pero si es horrible, mamá! —me reprendiste cuando lo colgué—. ¿Por qué no lo has dejado en Parma?

—Porque eres ya toda tú —te respondí, ante lo cual tú, siendo como eres demasiado joven para entenderlo, te limitaste a sacudir la cabeza.

Ayer me llegó al WhatsApp la foto que me mandaste, una en la que salís Luca y tú abrazados con los gorros lapones y un emoticono de un muñeco de nieve. Parecéis realmente felices. Espero que hayáis pasado unas bonitas Navidades en Finlandia.

Ya está, la oscuridad ya ha ganado la partida y las cosas que me rodean han desaparecido, el único punto iluminado que queda es la pantalla del móvil sobre la mesa. Lo he puesto bocabajo y luego me he levantado para ir al cajón donde tenemos todo lo necesario para los frecuentes cortes de luz: el frontal para ir a encerrar a las gallinas en el gallinero en invierno, el farol grande de camping para el centro de mesa, las linternas más pequeñas para las habitaciones y, luego, un buen puñado de velas de toda la vida. He cogido una, la he metido en el abollado candelabro de peltre, la he encendido con un mechero y he vuelto a la mesa.

La luz es débil, pero me basta para escribir. En cuanto he apoyado el bolígrafo en el papel, me he dado cuenta de que todo lo que ha construido nuestra humanidad en el transcurso del tiempo ha nacido justo así, bajo la luz vacilante de una llama. Un corazoncito caliente y, alrededor, la inmensa oscuridad. Una llama débil desafía las tinieblas de la noche, pero, con sus sombras y sus crujidos, la penumbra se impone y en la oscuridad bailan los fantasmas. Todo lo que podría ser

y no es, al igual que todo lo que es y podría no ser, aparece y desaparece.

Estoy ya cansada y, aunque me quedan muchas cosas que decirte, por suerte tengo toda una semana por delante.

Esta mañana me he despertado con la casa rodeada de niebla. Las gentes del lugar cuentan que antiguamente no llegaba tan alto, pero desde que construyeron la gran presa, el equilibrio del clima se ha alterado. Sé que el sol está ahí y que será un día magnífico, solo tengo que esperar pacientemente a que dé la cara. Como nací un mes de noviembre en Ferrara, podría decirse que llevo la niebla en el ADN, así como el desconcierto que trae consigo. Pero en casa es distinto, porque te mueves y sabes la distancia que hay entre las cosas; no te ves obligada a dar pasos a tientas... De todas formas, sea como sea, la niebla nos invita a ser cautos, a no tener muchas certidumbres superficiales.

¿Cuándo se resquebrajó tu candor infantil?, ¿cuándo apareció la pregunta que tu padre y yo siempre habíamos temido?

Aquel día también había niebla. Vivíamos en Parma e ibas ya a secundaria. Antes había habido unas cuantas señales, pequeñas, de alarma. Estabas siempre nerviosa, contestabas mal y salías por las tardes sin decirnos adónde ibas. Un día tu padre, preocupado, te siguió y te descubrió en compañía de personas que no le parecieron de fiar. No dudó un instante en cogerte y llevarte con él de vuelta a casa, sin importarle las quejas del grupo. «A mí no me toreas», te dijo él cuando regresasteis a casa, con su voz más atronadora. Aquella irrupción en tu vida te alteró y te irritó. Fue la primera vez que te vimos enfadada de verdad.

Un día volviste hecha una furia de la escuela y tiraste la mochila al suelo con rabia.

—Bueno, pues como no puedo hacer lo que me da la gana, ¡por lo menos quiero saber quién soy!

—Me parece una idea estupenda —fue el comentario sosegado de tu padre—. Todos queremos saber quiénes somos.

Justo antes de que entraras por la puerta, tu padre y yo habíamos estado hablando sobre dónde pasar las vacaciones de verano. Nos habíamos decidido por la isla de Vulcano porque ninguno de los dos

había visto un volcán de cerca. Al sábado siguiente te fuiste con tu padre a la biblioteca y volviste con una pila de libros para llevarte a la playa.

La idea era irnos en junio, en cuanto terminaran las clases. Ginevra llenó una bolsa de cremas solares de todo tipo, puesto que su única intención, tal y como proclamó, era la de tostarse al sol como una lagartija. Tú, en cambio, te cargaste a la espalda el peso nada insignificante de esos tomos de cultura india.

La casa que alquilamos estaba aislada, sumergida en una exuberante vegetación, aunque desde las ventanas se veía el volcán. A tu padre y a mí también nos atraían las pozas de barro calientes de la isla, capaces, según se decía, de hacer desaparecer cualquier dolor. Ginevra pronto tuvo claro que ella en ese cieno asqueroso no pensaba meter un pie, mientras que tú parecías muy lejos, indiferente a cualquier plan. Era como si de repente tus ojos se hubieran enfocado en otra dimensión; la luz de tu mirada, que tan brillante había sido siempre, había desaparecido de la noche a la mañana. ¿Volvería?, me preguntaba yo. ¿O quizá sobre aquel velo se posaría otro y luego otro y acabaría llevándote a lugares de donde cada vez sería más difícil alcanzarte?

En cualquier caso, no sé si te acordarás, pero una inesperada borrasca acabó de plano con todos nuestros sueños. Unos vientos del norte se abatieron sobre la isla desde que llegamos, seguidos de unas violentas trombas de agua y un espeso manto de niebla que se tragó la cima del volcán y la volvió invisible.

Afrontamos el primer día con alegría, ya pasará, pensábamos, pero al tercero la depresión ganó la partida. Ginevra estaba de un humor cada vez más funesto: «¡Ya podríais haberme dicho que veníamos a Noruega!».

Hacía mucho frío. Cuando fui con tu padre a la oficina de turismo para informarnos sobre el tiempo, nos recibieron encogiéndose de hombros en un gesto compungido. ¡Niebla y catorce grados en junio! ¡Era la primera vez que pasaba! Nos rogaron que no divulgáramos la noticia: «Como se sepa que en Vulcano hace la misma temperatura que en Suecia, nos quedamos sin temporada alta».

Los únicos que no parecíais especialmente afectados erais tu padre y

tú. Mi querido Davide salía todas las mañanas y andaba todo el día como si estuviera de vacaciones en los Dolomitas, en vez de en una isla del sur del Tirreno, mientras que tú, envuelta en las toallas de playa como una tuareg para protegerte del frío, te pasabas el día en la cocina leyendo tus libros. Ginevra se quedaba encerrada en su cuarto, metida en la cama, hablando con sus amigas por el móvil y lamentándose de la desgracia que le había tocado.

Tú leías a veces en silencio, a veces en voz alta, y los pasajes que te resultaban incomprensibles —casi todos— los repetías varias veces con la esperanza de que, a base de martilleártelos en los oídos, revelaran su sentido tarde o temprano.

Te dejó muy impresionada el término sánscrito *sandhya* y quisiste leerme el pasaje en el que se explicaba:

> *Sandhya* alude al estado intermedio entre este mundo y el otro, el estado del sueño, el encuentro entre las luces de la mañana y las de la noche.

—Si lo piensas, en el fondo no difiere mucho de nuestra expresión italiana *«tra il lusco e il brusco»* —te comenté, a lo que levantaste la cabeza del libro, sonriendo: esa expresión siempre te había gustado.

—Es graciosa. ¿Qué quiere decir exactamente?

—Que hay cosas que desaparecen y otras que aparecen, como cuando, al anochecer, en la cocina, espero demasiado a encender la luz.

Volviste a enfrascarte en tu libro, con los puños en las sienes, mientras seguías leyendo en voz alta:

> No se trata solamente del resultado de dos momentos del tiempo —el de la luz y el de la oscuridad—, sino de todas las parejas de opuestos que constituyen la realidad única y cósmica: hombre y mujer, viejo y joven, sol y luna, día y noche, bien y mal, Dios y criatura, luces y tinieblas.

—Esto se entiende un poco mejor, ¿no? —comentaste.

—Sí, así me parece más claro.

—¿Sigo?

—Sigue.

> *Sandhya* alude a la salida del sol, cuando todo puede aún llegar a ser, o a la puesta, cuando todo ya ha ocurrido, y al igual que en el amanecer el ser humano puede estar lleno de esperanza por aquello que acometerá, del mismo modo al anochecer no puede hacer otra cosa que rezar por que el tiempo y el espacio de la acción acaben. *Sandhya* es como una esfera capaz de abrazar nuestra vida, nuestro destino y la existencia de todo el universo.

Ginevra irrumpió en ese momento en la cocina.

—¿Qué pasa aquí?, ¿en esta casa ya no se come? —Luego, al verte cerrar el libro, te preguntó—: ¿Ya estás haciendo las tareas de las vacaciones? —Tras un instante de vacilación, asentiste—. Si hubiera sabido que iba a hacer este tiempo tan asqueroso, yo también me habría traído los libros y así me habría quitado de encima el muerto, en vez de arrastrarlo hasta principios de septiembre.

Dado que la mentira no formaba parte de tu carácter, ese pequeño embuste me hizo reflexionar. La pícara insolencia de tu hermana te impidió hablar de esa búsqueda tuya de la identidad, y de todo lo que ese nuevo deseo tuyo estaba desvelando.

Hasta la mañana siguiente, al despertar, no entendí que ese embuste inocente era el velo de pudor con el que protegías la lucecita incipiente de tu vida interior. Ginevra no tenía ni la edad ni el temperamento apropiados para comprender los matices de lo invisible. Si te hubieras sincerado con ella, tu hermana habría ridiculizado todas tus palabras y, en el umbral del *sandhya*, eso era lo que más temías.

Qué gran misterio se esconde en esto. Hay niños que parecen nacer conscientes de la existencia de un umbral secreto del que provienen, mientras que a otros ni siquiera les pasa por la cabeza la sospecha de que haya otra cosa distinta de la materia sólida que nos sale al paso.

El caso es que tú no quisiste compartir tu mundo interior con Ginevra. ¿Se podría decir «y viceversa»? ¿De verdad quieres tú entrar en su mundo o, cuando lo intentas, lo haces más bien llevada por la cortesía y cierto pudor? No te apasiona realmente nada de su ropa, de sus gustos, de sus amigos, pero, por no herirla —y que no te hieran—, siempre finges un gran interés, por mucho que ese fingimiento sea más bien fruto de la delicadeza que de la falsedad.

Aquella estancia en la isla de Vulcano, aunque poco afortunada para nosotros, fue para ti un tránsito fundamental. Igual que la semilla que, pese a estar sepultada por la tierra, siempre sabe en qué dirección germinar en su búsqueda de la luz, así tú, ahondando en la casi inasible complejidad de los Vedas, volviste a acercarte a esa raíz que en ti siempre había estado viva y a la que, hasta la fecha, no habías sabido dar nombre.

Quizá esa diversidad de semillas es la riqueza del mundo. Hay

quienes enseguida saben con claridad que han sido llamados a crecer en direcciones opuestas —la de la Tierra y la del Cielo, la de las raíces y la del tallo—, mientras que otros parecen carecer de ese impulso, como si les faltara en su organismo un equivalente espiritual de la auxina, la hormona del crecimiento, y, en consecuencia, transitaran su existencia en la oscuridad del subsuelo, sin subir o bajar nunca, sin nunca generar vida, convencidos de que esa oscura uniformidad representa la totalidad del mundo.

Por supuesto, el día antes de nuestra partida de la isla, el sol volvió en todo su esplendor.

—Estaría bien poder rebobinar la vida —comentó vuestro padre—. ¡Le das a un botón y todo vuelve atrás en el tiempo!

Tú parecías melancólica, posiblemente disgustada por tener que dejar ese lugar en el que habías empezado a descubrir parte de tu identidad, mientras que Ginevra no veía la hora de volver a su tranquilizadora realidad social. El sustento vital de tu hermana siempre ha sido la compañía, y en eso desde luego no ha salido a mí. Aunque mis raíces son muy distintas de las tuyas, creo que yo también de algún modo intuí desde pequeña la presencia del *sandhya* y con el tiempo esa conciencia me fue llevando a una sensación de desasosiego perenne: lo que para los demás era perfecto, cuando no además envidiable, para mí no lo era; experimentaba inquietud, temor, en la mayoría de las situaciones y era incapaz de ponerle nombre a dicha sensación.

Aún conservo en el corazón una imagen de aquellas accidentadas vacaciones. Estábamos en el ferry de vuelta y tu padre y yo nos habíamos refugiado de los implacables rayos del sol en el interior mientras Ginevra y tú os habías quedado fuera, apoyadas en la barandilla y con el pelo azotado por el viento. Hablabais animadamente y a menudo rompíais en risas. Estabais hermosas y radiantes como casi siempre lo están las muchachas al inicio de su vida.

Mientras os observaba, sentí por un instante una serenidad imprevista descendiendo sobre mi corazón. Los cuchicheos, las rencillas, los caprichos y los mohínes que desde siempre habían marcado vuestra relación quizá un día desaparecieran; tal vez cuando

crecierais descubriríais por fin la belleza y la importancia de quererse.

Fue justamente ese año cuando le di la única bofetada que le he dado a Ginevra en mi vida. Jamás me había creído capaz de semejante gesto. Recuerdo perfectamente su mirada atónita, el desconcierto y el muro de silencio que, en el acto, se erigió entre nosotras. No sé si tu hermana te habrá contado alguna vez ese episodio, yo desde luego no he tenido nunca el valor.

¿Por qué lo hice? Porque las palabras que salieron de su boca inesperadamente no distaron mucho de ser flechas descargadas por un arquero muy hábil: veloces, cortantes, capaces de romper en pedazos el corazón. Lo ocurrido previamente poco importaba. Con lo que se había quedado, como a menudo le sucedía, era con que tú habías recibido algo más o mejor que ella.

—¡Es culpa tuya que esté hasta en la sopa! ¡Tú y tu manía de salvarlo todo! ¿De verdad tenías que traértela a vivir a casa?

Existen algunos parásitos que penetran en el cuerpo humano a través de la piel y van trabajando largo tiempo, en silencio, dentro del anfitrión; cuando por fin dan la cara, la devastación está ya en un estadio avanzado. De ahí que siga teniendo esa flecha envenenada clavada en el corazón, por mucho que el músculo haya seguido haciendo su trabajo con una regularidad conmovedora.

Parecía todo normal, pero ya nada lo era.

Durante la Segunda Guerra Mundial una campesina, la tía de un viejo amigo mío, recibió una bala perdida y vivió toda la vida con el proyectil en el cuerpo. Cuando, años después, un médico se la descubrió, este fue lo suficientemente sabio para entender que era mejor dejarla donde estaba. El organismo ya había aceptado perfectamente aquel trocito de metal; enfrentarse a una operación para extirpárselo habría supuesto poner en peligro el equilibrio logrado. Así fue como, tranquilamente, la mujer se la llevó consigo a la tumba. «¿Le dolía?», le pregunté a mi amigo. «Es muy probable —me dijo—, pero en esa época no se le daba mucha importancia al dolor.»

Por lo demás, ¿no nacen también las perlas por la presencia de un cuerpo extraño, que acaba transformándose en una minúscula esfera de luz? ¿Y no nacen del mismo mecanismo gran parte de las

enfermedades que nos golpean cada vez con más saña? Hay algo que nos hiere, pero preferimos apartar la mirada. Como la herida ni sangra ni se infecta, rápidamente la olvidamos y seguimos con nuestra vida como si tal cosa, pero a una herida con el tiempo se le va sumando otra y luego otra; hasta que el cuerpo, en su infinita sabiduría, grita «basta», y entonces nos asustamos, pero llegados a ese punto, ya es difícil desenredar lo que lleva tanto tiempo anudado en nuestro interior. ¿Dónde está el hilo por el que se saca el ovillo? Ya estás presa de un enredo caótico y cada vez te queda menos tiempo para desenredarlo.

No creo que haya seres humanos que se salven de este proceso, la única diferencia está en si uno es consciente de ello o no. Sin duda, siempre se pueden atribuir los defectos propios a los demás, pero solo poniendo el foco sobre nosotros mismos podemos localizar el instante preciso en que entró en nuestros órganos el grano que ha encasquillado el mecanismo.

De ahí que, para volver a ese barco, tenga que remontarme a 1976, cuando yo tenía dieciocho años, aunque antes de adentrarme en mi oscuridad debo invocar el *Shivasankalpa*.

¿Te acuerdas todavía de ese término? Lo descubriste justo en tu semana del hinduismo en Vulcano. A las tres de la tarde previa a nuestra partida, el cielo empezó a abrirse y, como espadas luminosas, los rayos del sol se insinuaron tras los gruesos nubarrones negros y acabaron por echarlos. Al anochecer estábamos en el jardincito de la casa, mientras en el tejado una solitaria golondrina cantaba con toda su potencia; te hizo gracia cuando te dije que era la misma de la poesía de Leopardi que habías tenido que estudiarte de memoria en la escuela intermedia.

—Creía que era marrón —comentaste mirándola.

—Sí, ya, y que solo habitan en Recanati.

Me sonreíste.

Cuando hubo desaparecido la grisura opaca de la lluvia, el oro de las retamas volvió a brillar en el paisaje que nos rodeaba, así como el rosa de las buganvillas en flor que trepaban por todas las casas, mientras la colmada floritura de los hibiscos alegraba nuestro jardín, envuelto por el runrún de los himenópteros que podían volver a nutrirse de su polen y su néctar. Por fin la silueta del volcán se recortaba ante nosotros en toda su inquietante majestuosidad,

iluminado por el sol que estaba poniéndose y del que el mar ya había engullido la mitad.

—*Sandhya* —susurré dejando que el silencio abrazara la emoción del momento.

Un grillo se puso a cantar entonces.

—Qué bonito está todo ahora: la luz, las flores, el mar. La belleza nos hace felices, ¿no, mamá? —preguntaste.

—Sí, muy felices.

Era la primera vez desde que llegamos que conseguíamos cenar en el jardín. A nuestro alrededor sonaba una auténtica sinfonía de insectos nocturnos, superada puntualmente por el ruido de algún ciclomotor. No había habido tensiones, Elia había descubierto la presencia de salamanquesas y seguía fascinado por sus rápidos movimientos para capturar a las incautas polillas que revoloteaban alrededor de las fuentes de luz.

Después de cenar, mientras lavaba los platos, apareciste en la cocina con tu libro de los Vedas, señalando una página con el dedo.

—Mira, otra palabra que quería enseñarte: *Shivansa… kalpa…* No, *Shivasankalpa*.

—*¿Shivakalampaka?* —intenté repetir torpemente.

Te echaste a reír y separaste lentamente las sílabas:

—*¡Shi-va-san-kal-pa!* ¡SHI-VA-SAN-KAL-PA!

Me rendí pronto.

—No creo que consiga aprendérmela en la vida. ¿Qué significa?

Volviste a leerme del libro:

> Dádiva de la gracia. Recurrir a una guía invisible para que esta os conceda la gracia del Espíritu, pues sin esta gracia no nos es dado pensar, hacer, actuar ni rezar correctamente.

Todo lo que existe en lo grande se refleja en lo pequeño. Igual que en las galaxias se forman agujeros negros que devoran todo lo que se acerca a sus órbitas, también en nuestras pequeñas vidas se abren a veces abismos capaces de engullirnos. De jóvenes no somos conscientes, pero, cuando pasa el tiempo y observamos todo lo que ha sido, nos damos cuenta de cómo la oscura fuerza de la antimateria nos va atrayendo hacia sus remolinos invisibles. ¿Y qué es esta fuerza sino la que en cierto momento, sin nosotros saberlo, nos agarró de la vida y tiró de ella hacia sendas cada vez más intransitables? No reparamos en

que el camino se va reduciendo cada vez más, en que a nuestro alrededor se abren barrancos cada vez más espantosos porque nuestra mente y nuestra mirada están en otra parte; no podemos volver atrás porque el sendero trazado desapareció de nuestra memoria; no podemos pedir ayuda porque nadie nos oiría: la absoluta soledad es la marca que deja todo remolino.

¿Hay vidas capaces de escapar a la llamada del agujero negro?

¿Vidas que, por destino, por gracia, por fortuna, resultan indemnes a este siniestro reclamo?

¿Quién puede responder a esta pregunta?

Probablemente nadie.

Aunque quizá lo que se cuece en la olla se intuya ya desde la genealogía, desde lo que sucedió primero y lo que, por mucho que lo ignoremos, determina el nivel de estabilidad de nuestra vida.

¿Por qué estoy contándote todo esto a ti, Ali?

Porque eres la mayor de mis hijos, porque de algún modo, gracias a tu relación con Luca —«es el mío», me dijiste un día con ojos radiantes —, ya has entrado en la vida de mujer adulta, con todas las responsabilidades, los pesos y los peligros que conlleva. Y además porque tu genealogía, el mundo que te precedió, es exactamente opuesto al mío. Tú naciste no se sabe dónde, no se sabe de quién, no se sabe cuándo. Desde muy pronto, la dureza fue lo que marcó tu vida. Abriste los ojos y ante ti solo había un pedregal por el que caminabas descalza.

Yo, en cambio, cuando vine al mundo, vi extenderse ante mí un jardín tan mullido y cómodo como la alfombra más preciada, mientras que sobre mis espaldas pesaban generaciones y generaciones de rostros conocidos, algunos de los cuales me observaban lúgubremente desde los grandes retratos que colgaban de las paredes. Sin embargo, al poco de empezar a andar, me di cuenta de que ese maravilloso jardín no era otra cosa que una modesta sábana verde puesta en el suelo para ocultar la aspereza dentada de un terreno cárstico.

Tú, por tanto, naciste con un vacío por detrás y con la dureza de un camino carente de abrazos, de caricias, de todo lo que hace feliz a un crío. Yo nací con el lastre de una genealogía certificada por los siglos. Yo soy fruto de una rutina natural: la familia preveía un heredero, y la heredera era yo; había una casilla vacía y mi tarea era rellenarla.

Comprender que aquel jardín era pura ficción fue la tarea de la

primera parte de mi vida; un recorrido largo y tortuoso en el que tuve que aprender a distinguir lo verdadero de lo falso, lo que era importante de lo que no lo era. La tuya, tu tarea, fue la de ganártelo todo.

De haber seguido los cánones más trillados y comunes, tú, como niña abandonada que había vivido en sus propias carnes la crueldad de la calle, deberías haber sido infeliz y haber tenido muchos problemas, mientras que yo, infante que lo tenía todo, debería haber disfrutado de una vida serena y triunfal.

Pero las cosas han sido justamente al contrario.

Tú eres la imagen de la serenidad y yo pasé gran parte de mi vida oprimida por oscuros tormentos.

Fue precisamente eso lo que me impresionó cuando recibí tu primera fotografía desde el orfanato de Calcuta.

La radiante luminosidad de tu cara.

Por culpa de la morosa burocracia todavía tuvieron que pasar dos años más entre esa fotografía y nuestro primer encuentro. Durante esos dos años de suspensión me atormentaron las dudas. Por las noches, en la penumbra del dormitorio —hay un momento *sandhya* en todas las parejas, suelen ser los últimos instantes antes de dormir, cuando se confían las cosas más delicadas—, le preguntaba a tu padre:

—Pero ¿tú crees que será tan luminosa?

—¿Por qué te atormentas tan inútilmente? Será nuestra hija y punto.

—¡No sabemos nada de ella!

—¿Y quién sabe nada de sus hijos?

—¿Son un salto al vacío?

—Sí, y a ese salto al vacío se lo llama *vida*.

Hasta que descubrí en internet lo que significaba tu nombre no menguó un poco mi angustia. Alisha significa «alma noble, protegida de Dios». *Nomina sunt consequentia rerum*, repetía a menudo citando a Dante mi padre, que era abogado. De un alma noble difícilmente podía imaginar que surgiera nada negativo. Pero al poco volvía a soplar el viento del pesimismo. Al fin y al cabo, ¿qué es un nombre en el fondo?, me preguntaba. Una persona puede tener un nombre magnífico y ser despreciable, cuando no directamente un criminal.

Con esas ideas en mente, me pasaba el tiempo peinando las páginas de sucesos en busca de una confirmación estadística de lo que me sugería aquel soplo maligno. No es extraño que nombres raros, excéntricos, traigan consigo destinos igualmente excéntricos. Pero ¿y los nombres comunes? ¿Los que tienen millones y millones de personas, como una prenda hecha en serie?

Justo en ese periodo de preguntas de lunática, leí casualmente en la peluquería un reportaje dedicado a futuras mamás. Según algunas teorías esotéricas, contaba la periodista, no somos los padres quienes escogemos el nombre de los hijos, como creemos, sino que es un ángel quien, en sueños, se acerca al oído de la madre y le susurra el nombre adecuado para el alma de la criatura que lleva en su seno, porque el nombre forma parte del destino que debe cumplirse. En su momento me pareció una extravagancia como otra cualquiera. Las revistas de mujeres tenían que rellenar páginas y más páginas todas las semanas, me dije, algo tenían que inventarse.

Si fue tu madre la que te puso el nombre y te llamó «protegida de Dios», la razón era más que evidente. Al fin y al cabo, se trataba de la única «certidumbre» que podía estipular entre la vida y tú. Sin embargo, cuando luego también yo me convertí en madre biológica y una mañana me desperté y dije sin más «Ginevra», o cuando tu padre, en el ginecólogo, ante las primeras imágenes de la pantalla exclamó sin vacilar «¡Elia!», comprendí que había algo de verdad en eso que había leído tantos años atrás.

También sobre mi nombre reverberaba una luz de misterio.

Antes de mí había habido en mi familia una larga serie de nombres refinados pero banales. De hecho, la elección del nombre estaba pensada para indicar nuestra innata distancia de las personas «normales», por así llamarlas. Podría haberme llamado Domitilla, Lucrezia, Esmeralda o Diamante, como la amiga de Ginevra, pero mi madre consiguió asombrarlos a todos cuando, poco antes del parto, comunicó su decisión.

Si era niña, su hija se llamaría Chiara.

Mis abuelos se quedaron más que perplejos. «¡Nunca ha habido una Chiara en la familia!», proclamaron, pero mi madre, con la espléndida firmeza de la maternidad en ciernes, replicó: «Bueno, pues será la primera».

Mi padre no dijo nada, pero era de esperar. En esa época los padres

no se entrometían en la vida de los hijos, sobre todo cuando eran pequeños.

¿Cómo le vino ese nombre a la cabeza a mi madre?

No tengo ni la más remota idea.

En el año 1958 no había ni actrices famosas ni canciones de moda en las que resonara aquel nombre. Nunca había tenido una amiga que se llamara Chiara. Cuando me lo contó años después, me asombró la obstinación con que defendió su elección, mi madre, que era por lo demás tan dada a seguir las convenciones.

—¿No te parece un poco ordinario? —insinuó su suegra antes del parto.

—Nunca será ordinaria, porque será siempre y únicamente nuestra Chiara.

Mi madre, en su gallardía juvenil, no sabía que, al escoger ese nombre tan insólito en su familia, estaba haciendo en realidad una elección trágica. Porque, de hecho, Chiara encara cabizbaja todo lo que no está claro.

Le estoy agradecida por ese nombre, por ese pequeño gesto de valentía, quizá el único de su vida. Si me hubiera llamado Domitilla, seguramente habría seguido el camino que me proponían las tradiciones familiares, pero, como Chiara, no tuve otra opción que buscarme uno propio. Cuando se parte así, sin un rumbo concreto, solo se sabe la dirección que no se quiere tomar. Para todo lo demás, ante las infinitas encrucijadas que se abren en adelante, no sabemos nunca cuál escoger, porque, al partir, no nos suministran brújula, y no queda más remedio que tentar la suerte tirando los dados. Y la suerte, como el azar, es ciega. Puede jugar a tu favor, pero también puede hacerte descarrilar.

No tiene sentido que te cuente, porque siempre lo has intuido, que a mi madre —tu abuela— la contrarió mucho la idea de que entraras en la familia y de que una niña desconocida, llegada de un mundo muy lejano, entrase de pleno derecho en el árbol genealógico y, sobre todo, en el patrimonio heredable de su familia.

Cuando le comuniqué que habíamos iniciado los trámites para la adopción, pues los niños se negaban a llegar, ella sacudió la cabeza.

—¿No sería mucho más sensato intentar todos esos inventos *in vitro* que saben hacer ahora? Mira tu prima. Se ha quedado embarazada al segundo intento. Y ahora tiene un niño suyo *suyo*.

—Davide y yo no queremos.

Ante aquella respuesta, se encendió un cigarro y se lo fumó en silencio mientras miraba por la ventana. Era un día de niebla espesa. En cuanto lo apagó, se encendió otro. Yo había creído que la llegada de un niño a la familia iba a hacerla feliz, pero no fue así. A mi padre, en cambio, que entró en ese instante en la habitación, no lo alteró la noticia. Es más, cuando supo que vendrías de la India, aprobó la elección, ignorando los dardos que estaba dirigiéndole su mujer con la mirada.

Cuando llegaste, mi madre se limitó a decir:

—Muy guapa... Por ahora es guapa...

Y con los brazos rígidos te tendió una muñeca, como si fuera una dama de la beneficencia de visita en una casa de menesterosos. Tú estabas tan radiante con tu regalo que no te percataste, o al menos eso espero, de su distancia fría y despreciativa. Tú, además, siempre miras hacia delante, no hay espacio en tus pensamientos para el estéril rumiar, para darle vueltas a lo que puede ser o no ser, o viceversa. Aparte, recibiste el don más grande que se puede poseer: el de observarlo todo sin expresar juicio alguno. Eres agradecida con todo lo que sucede, y la luz del reconocimiento aleja cualquier pensamiento obsesivo de tu mente.

Yo a tu edad era todo lo contrario.

Chiara de nombre, que no de obra.

Para empezar a contarte la parte de la historia que te atañe me veo obligada a accionar el botón de rebobinado, como diría tu padre, sacudiéndome de la espalda cuarenta y un años para, desde los cincuenta y nueve que tengo ahora, retroceder hasta los dieciocho.

1976. Mi cuarto curso en el liceo de ciencias, el mejor de la ciudad, por supuesto. Soy una alumna sin pena ni gloria, voy avanzando en silenciosa mediocridad. No tengo grandes pasiones, no practico ningún deporte, no tengo amistades de referencia. Las pocas veces que me veo reflejada en un espejo me quedo abatida por mi banalidad insustancial. No molesto a nadie ni nadie me molesta. Leer novelas e imaginar vidas distintas de la mía es mi único consuelo.

¿Sabes lo que significa además el año 1976?

Ni ordenadores, ni móviles, ni redes sociales, ni *selfies* ni nada de

nada. El mundo en el que vivía no era muy distinto del que habían conocido mis abuelos. Pocas distracciones, mucho tiempo para rumiar sobre tu propio destino, demasiado. Leía sobre todo poesía. Un poema en concreto, de Quasimodo, parecía describir perfectamente mi condición existencial de entonces.

Todos estamos solos en el corazón de la tierra,
atravesados por un rayo de sol:
y de pronto es de noche.

Hoy he dado una buena caminata. Después de tantas horas escribiéndote, tenía necesidad de estirar las piernas y respirar a pleno pulmón el aire helado del invierno. He vuelto con mucha hambre y me he preparado un bocadillo bien grande y grasiento, como los que devoran los personajes de las series estadounidenses.

¡Ay, qué alegría no tener que encender los fogones, Ali!

¿Te acuerdas del ritual de la cena sin cena que teníamos cuando erais pequeños? Establecimos que, cuando yo estaba demasiado cansada para guisar, se podía abrir la nevera y comer cualquier cosa precocinada. Si hubiera sido por mí, lo habríamos hecho una vez por semana, pero vuestro padre, desde su pedestal de sabiduría médica, impuso una frecuencia más moderada. Dedicamos incluso una parte de la despensa y de la nevera a ese ritual. Cuando, de tanto en tanto, veníais conmigo al supermercado, os poníais como motos delante de las porquerías más grandes y me insistíais para que las echara al carro para la cena sin cena, que, con el tiempo y a propuesta de Ginevra, se convirtió en la «cena gordi». Los fritos caían seguro: de las patatas a las croquetas y las varitas de pescado —todo, por supuesto, precocinado y congelado—, seguidos de las pizzas con cualquier cosa por encima, para terminar irremediablemente en una bonita colección de tiramisús, profiteroles y mousses de chocolate. Solía ser vuestro padre, como si fuera el sacerdote de un rito pagano, quien se ponía en pie y mandaba parar.

—Ya está bien —decía con voz atronadora—, ya estamos intoxicados para dos semanas por lo menos. —Y vosotros os reíais, todavía con el chocolate en la boca—. Y como no paréis —os amenazaba—, ¡mañana os mido a todos el colesterol!

Espero que también tú, cuando tengas una familia, hagas con tus hijos las «cenas gordis», porque la alegría y el desenfado de estar juntos es un antídoto ideal contra la capa de pesadez que la vida, inevitablemente, deposita sobre nuestros días.

Ahora, sin embargo, después de haber evocado nuestros innobles banquetes, debo cambiar de registro totalmente e invocar el *Shivasankalpa*, el amigo invisible capaz de acompañarme con mano firme por la parte más oscura de mi existencia.

De pequeños nos convencemos de que nuestros padres son perfectos, y si no son claramente perfectos, se busca cualquier excusa para seguir viéndolos como tales. Me pregunto si no será una ley de la naturaleza impresa en nuestros genes. ¿No les ocurre lo mismo a todos los animales de sangre caliente? El cachorro, el pollito, nacen desvalidos, y así permanecen bastante tiempo en un mundo lleno de peligros. ¿A quién van a mirar con absoluta confianza sino a la criatura que los ha traído al mundo y que ya ha recorrido ese camino?

No somos muy distintos de un gatito o un perrito, lo que ocurre, sin embargo, es que somos humanos y, aparte del camino del instinto, existen infinitos caminos que se abren ante nosotros. Algunos son recorridos vitales y otros no, pero cuando somos pequeños no podemos saberlo, igual que no podemos saber que también nuestros padres, un día, se vieron en las mismas circunstancias. Eran niños y buscaban un modelo, y, aun sin encontrarlo, se convirtieron en adultos, por mucho que tras sus manos aparentemente firmes, sus palabras aparentemente verdaderas, siempre acechara la amenazante sombra de la fragilidad.

Tú me tienes por una mujer segura de sí misma, la profesora de Biología enamorada de su asignatura y de sus alumnos, la mujer de un hombre igual de fuerte y apasionado por sus pequeños pacientes. Pero, como ya te he dicho aquí, fui una muchacha frágil. Para mí tal fragilidad no era más que un cómodo capullo, y lo que no sabía era que existían insectos capaces de perforar su espesor con un aguijón y devorarte lentamente en vida: por eso, cuando me di cuenta, era demasiado tarde para conseguir ponerme a salvo.

Pero volvamos a 1976.

Nunca te ha apasionado la historia, y estoy casi segura de que en los libros de texto, si es que llegaste a abrirlos, no pasaste de la Segunda Guerra Mundial, pero para comprender las historias personales hace falta un poco de Historia con mayúscula.

Cuando empecé a aventurarme en la adolescencia, ya habían sucedido muchas cosas: se había dado la gran fiesta del 68, la rebelión contra toda forma de orden, contra toda tradición consolidada. Sin embargo, la ebriedad liberadora de esa fiesta ya había acabado y había dejado a su paso trágicas secuelas de descontento que desembocaron en los oscuros años del terrorismo. Nuestro país se transformó en un sangriento campo de batalla en el que feroces enemigos desconocidos asesinaban a personas desvalidas, culpables solo de ser «enemigas del pueblo».

En 1976, el culmen de esos años terribles estaba aún por llegar.

Ante nosotros se abriría luego, en la hedonista década de los ochenta, una dimensión de la Historia de la que no fuimos del todo conscientes, la cinta transportadora invisible que acabaría conduciéndonos hasta nuestros días se había puesto en movimiento. Avanzábamos, pero, puesto que nos transportaban sin dar un paso, estábamos convencidos de estar parados. Nuestra mirada permanecería fija en el pasado y los setenta quedarían allí, en la memoria, como el salón ya vacío en el que habían dado una gran fiesta: bajo la luz intermitente de una lamparita colgaba todavía alguna guirnalda que iluminaba mesas con botellas vacías, vasos de papel, servilletas sucias, huesos de aceituna escupidos, canapés mordisqueados y fuentes con patatas ya alicaídas. A quien no había participado en la gran fiesta no le quedaba más remedio que picotear de esas sobras, que estaban totalmente pasadas y echadas a perder, pero al menos permitían decir: «Yo estuve, yo estuve allí». Se necesitaba tener estómago, desde luego, y quien no lo tenía seguía adelante sin mirar atrás.

Una realidad mucho más prometedora, sin embargo, se abrió pronto ante nosotros. El mundo del dinero fácil, de las marcas por las que ya no valías por lo que eras ni por lo que hacías, sino por cómo te vestías, porque lo que llevabas puesto tenía un nombre grabado y ese nombre tenía un precio; te transformabas así —eso lo aprendimos bien rápido— en la suma de los precios de la ropa que podías permitirte.

A mí todas esas prendas de marca, los caros zapatos norteamericanos, me dejaban indiferente. Si hubiera deseado esas cosas, sin duda mis padres me las habrían facilitado; de hecho, en cierto modo, esperaban que lo hiciera, y que pudiera así mostrar mi estatus social, pero yo no le daba mucha importancia a mi aspecto, ni tenía —como ya te he dicho— un grupo fijo de amigos de quienes recibir el aplauso. Si el hábito hace al monje, como suele, yo era un monje sin monasterio.

Yo pertenecía a mi soledad y solo a mi soledad.

La mayor parte de mis compañeros seguían, no obstante, encontrando nuevos motivos de protesta, aunque ya más distraídamente, atendiendo con una oreja sí y la otra no. Se sucedían las huelgas justo antes del fin de semana, al igual que las asambleas: ocasiones perfectas para mezclarse con las otras clases e iniciar nuevas y prometedoras relaciones.

Yo también me unía sin criterio a este flujo, participando en las manifestaciones, indignándome ante las injusticias, pero no se me pasaba por la cabeza la idea de entrar a formar parte del grupito de revolucionarios más comprometidos. No eran más de treinta, en su mayoría hombres, junto a los cuales asomaban también de vez en cuando algunas estudiantes, aunque casi siempre se trataba de apariciones efímeras, que eran miradas con envidia secreta por la masa anónima de las torpes, de las inseguras, de todas las chicas que no eran capaces de exponerse.

Los mandamases entre los revolucionarios rojos eran machos alfa, de los que todas deseábamos siquiera una mirada. Había también, claro está, machos alfa del signo opuesto, los fascistas, o los hijos de familias más pudientes, que solían tener el último modelo de moto, cuando no su primer coche, los del armario inmenso y las vacaciones en lugares siempre superexclusivos, pero para entrar en sus círculos tenías que compartir sus valores y su tren de vida; solo las mosquitas muertas podían tener el camino despejado por delante. Eran dos mundos opuestos, en continua competición, y yo, sin ser una pasionaria, puesta a elegir entre la arrogancia del dinero exhibicionista y la nobleza del ideal igualitario, me quedé con lo segundo.

El jefe indiscutible de los estudiantes de izquierda se llamaba Cesare, estaba sentado en la cúspide de la pirámide masculina: una simple frase suya podía trastocar la vida de una chica durante días, suscitando esperanzas que por lo general acababan en decepción.

Yo lo conocía desde pequeña, sus padres y los míos eran amigos de toda la vida. Teníamos la misma edad, aunque él, como era muy brillante y sus padres muy ambiciosos, había empezado la escuela un año antes que yo y estaba por tanto en el último curso del liceo. Por la costumbre que teníamos de pequeños, de vez en cuando se dignaba a mirarme y a lanzarme un «chao» distraído, pero poco más.

Por eso, cuando en abril de 1976, un día que estaba yo sentada con un libro en el patio durante un descanso, y él se sentó a mi lado, no pude evitar un pequeño gesto de sorpresa.

—¿Qué estás leyendo? —me preguntó.

Le enseñé la cubierta.

—Poesía —dije.

—A mí también me encanta la poesía.

—No es muy de revolucionarios.

—¿Quién lo dice?

Se quedó en silencio un momento, mirándome fijamente. Tenía los ojos verdes con, al fondo, unas doradas briznas de paja que relucían. De pronto me vino una imagen fugaz: una fiesta de carnaval cuando era pequeña, yo llevaba un vestido de hada azul de crespón ligero, una mantita con estrellitas bordadas en la espalda, un sombrero de cono y una varita mágica en la mano. Alrededor había un montón de niños gritando y yo, como siempre, estaba agachada en una esquina. En un momento dado, sudado y jadeante, se me paró delante el Zorro, que me apuntó con su florín de plástico en la barriga y me dijo: «¡Eres mi hada!». Cruzamos las miradas y, tras el antifaz de cartón, entreví dos lagos verdes jaspeados de esquirlas doradas. No me había dado tiempo siquiera de levantar la varita mágica cuando dio media vuelta y emprendió un duelo con un pirata. Eran los mismos ojos que me estaban mirando entonces, en ese patio.

Cuando sonó el timbre, Cesare me cogió el libro de las manos con delicadeza, leyó el título, *Huesos de sepia*, de Montale, y me lo devolvió.

—¡Deberías leer a Mayakovski!

A partir de ese día empezó a rondarme cada vez más. Yo me debatía entre dos sentimientos: por un lado, la vergüenza por una relación que no me veía sabiendo llevar y, por el otro, un fino hilo de orgullo porque, entre todas, él, Cesare, el imposible, el inalcanzable, me hubiese escogido a mí, a la chica más anónima y silenciosa.

—¿Estás enamorada? —me preguntó un día mi compañera de pupitre.

No supe qué responder: ¿Cuáles se suponía que eran las señales, los síntomas de dicho estado?

—Venga, mujer, ¡lo tienes loquito! —insistió dándome un codazo.

—¿Loquito?

—¿No te has fijado? Te sigue como un perrillo.

En realidad nos veíamos a la hora del descanso y hablábamos de literatura. A veces me acompañaba a casa y volvíamos discutiendo apasionadamente de política por el camino. Más que amor, me parecía una amistad especial y le estaba agradecida. En esos momentos, su presencia a mi lado semejaba el rayo de sol de mi querido poema de Quasimodo. Alguien horadaba con su rayo mi soledad, y eso era ya un gran regalo.

Entiendo que para ti, Ali, que te criaste en la ruidosa comunidad del orfanato de Calcuta, todas estas complicaciones puedan sonarte obtusas, incomprensibles y tal vez incluso horriblemente tediosas. Pero, al igual que si quieres capturar un animal tienes que ser capaz de seguir su rastro, del mismo modo, si deseas comprender el punto cero de una persona —el punto de total fragilidad—, tienes que retroceder en el tiempo hasta el momento en que se creó esa fractura. Piensa, por tanto, en los ruidos, los colores, las voces de tu querida India e imagina luego una gran casa oscura, llena de muebles macizos, rodeada de una débil neblina. La casa donde yo nací. Piensa después en una pareja, mis padres, inmersa en una continua contemplación de su amor mutuo, un amor loco que los unía y que generaba a su alrededor un recinto al que nadie más podía entrar.

Se dice que unos padres enfrentados entre sí causan daños importantes en el equilibrio de los hijos, pero nunca se admite que un padre y una madre enamorados en exclusiva son capaces de provocar daños aún mayores: existes gracias a ellos, pero estás fuera de ese círculo de luz; durante un tiempo intentas penetrar en él, hasta que, al

comprender que no hay ni puertas ni palabras mágicas que te permitan acceder, te resignas a sobrevivir en la sombra, sin molestar, mientras, en el silencio de la casa, te invade el sentimiento de culpa que devora tu corazón como si fuera una oruga hambrienta.

Ese año disfruté toda la primavera de la compañía de Cesare. Intercambiábamos continuamente libros, emociones, pensamientos sugeridos por esas lecturas. Fue justo para devolverme un libro cuando, un día de julio, después de haber superado los exámenes para acceder a la universidad, vino a buscarme a casa.

—Tengo la moto abajo. ¿Por qué no nos escapamos a la playa?

Me monté vacilante detrás, sin saber dónde agarrarme, me sentía torpe.

—Prepárate, ¡que despegamos! —me gritó y, girando el acelerador al máximo, enfiló por una recta.

Le rodeé la cintura con los brazos, al principio con timidez y pudor, pero luego cada vez con más energía, embriagada como estaba por la velocidad y el viento. Al sentir su respiración y el latido de su corazón bajo mis manos, comprendí al instante que un gran cambio había irrumpido en mi vida.

Nos pasamos el mes de agosto viajando por Italia, con su flamante moto y la tienda de campaña. A mi familia le dije que me iba de viaje con un grupo de amigos y se lo creyeron, o hicieron como si tal. En las ciudades de provincias los rumores se propagan rápido: seguramente sabían que me veía con Cesare, pero, como era hijo de sus amigos y pertenecía, como decía siempre mi madre, a nuestro mismo ambiente, eso los tenía tranquilos. Además, él era mayor de edad.

En ese mes empezó a resquebrajarse el muro que llevaba sintiendo por dentro toda la vida y el pico que lo abatió fue Cesare. Era brillante, simpático, imprevisible. Me miraba y ya me había visto. Luego, yo existía, y esa existencia estaba contenida en la reciprocidad de nuestras miradas.

Además, ¿no es la luz de los ojos la que delata la intensidad de nuestros sentimientos? El día que trajiste a Luca a casa por primera vez, me fijé en que vuestras miradas se reflejaban entre sí, se iluminaban mutuamente. Por eso, cuando me susurraste «Es el mío», comprendí que era cierto. Ese verano Cesare y yo nos encontrábamos

en el mismo estado. Salvo porque yo era tan joven e inexperta y tenía tan poco mundo que estaba convencida de que aquel fuego, una vez encendido, ardería para siempre.

Él empezaría en octubre sus estudios en la Universidad de Bolonia. En contra de lo que su familia quería para él, que fuera abogado, Cesare se matriculó en DAMS, una licenciatura en Artes que llevaba pocos años y que le pareció más adecuada a su carácter creativo, mientras que yo volvería a los pupitres del liceo.

Te costará comprender hasta qué punto eran complejas las relaciones de amor a distancia en un mundo como el nuestro, donde no existían los móviles. Ahora las comunicaciones suceden en tiempo real —uno se declara o rompe con un simple WhatsApp—, pero hubo un tiempo en que los teléfonos estaban colgados en la pared y en la calle podías llamar por cabinas telefónicas —esos cubículos transparentes que quizá hayas visto en las películas—, aunque necesitabas unas fichas, y cada ficha tenía una duración limitada. Si no querías interrumpir la conversación de buenas a primeras, tenías que conseguir una buena bolsa. Las distancias eran distancias de verdad y, si alguno de los dos quería ensancharlas, no le costaba mucho hacerlo. La angustiosa espera de un timbre era la dimensión en que nos veíamos obligados a vivir.

¿Me llama?

¿No me llama?

¿Y por qué no me llama?

Un sábado de octubre fui a verlo y me quedé en su casa a dormir. Vivía en un pisito en la última planta de un edificio con soportales. Allí, en aquella buhardilla de una ciudad desconocida, la magia de nuestro verano de vagabundeo desapareció de golpe. Cesare parecía propulsado hacia un mundo nuevo, y yo era en cierto modo un lastre que pertenecía al antiguo. No fueron las palabras las que lo dijeron, sino la luz de su mirada al despertar.

El domingo por la noche me acompañó a la estación. Antes de montarme en el tren, le hice una pregunta de lo más tonta:

—¿Tú me quieres?

—Claro —me respondió, pero su tono era el de un agente de seguros que rescinde un contrato.

Después de eso quedamos varias veces en llamarnos y él no cumplió casi con ninguna cita. Yo intentaba dar una explicación razonable a

sus ausencias: los trabajos de la facultad, una asamblea imprevista. La convicción de que el amor era un pacto entre dos que no entendía de traiciones me ponía a la altura del marinero que descubre una grieta en su barco e intenta taparla con un pañuelo.

Cuando iba al liceo, siempre daba un rodeo para pasar por debajo de su casa con la esperanza de verlo o cruzarme con alguien de su familia que pudiera darme noticias de él. El amor me cegaba, de ahí que siempre estuviese dispuesta a buscar una justificación a sus faltas. Pero la grieta estaba ahí, y tanto mi rendimiento escolar como mi humor eran síntomas de una nueva fragilidad en mí.

Y no solo eso.

También mi cuerpo empezaba a comunicarme otro tipo de cambio. ¿Era sugestión o realidad? Me confié a la única casi amiga que tenía en el liceo y fuimos a comprar un test en la farmacia. Luego, encerrada en el baño de casa, esperé el resultado.

Positivo.

Me sentí como si un cañón me hubiera propulsado al espacio exterior. No sabía qué pensar. ¿Era una noticia maravillosa o una pesadilla? ¿O ambas cosas? Aunque sabía perfectamente cómo nacían los niños, no se me había pasado por la cabeza que pudiera ocurrirme a mí.

A la mañana siguiente, antes de ir a clase, llamé a Cesare desde una cabina. Me saltó el contestador, así que volví a llamarlo a la salida. De nuevo el contestador. Tuve que dejarle un mensaje. Me devolvió la llamada tres días después, a mi casa.

—Perdona, he estado muy ocupado.

—Tengo que decirte una cosa muy importante. Es mejor en persona.

Como él no quiso que yo fuera a Bolonia, quedamos en vernos en Ferrara al cabo de una semana, para dar un paseo por las murallas.

—Estoy esperando un niño —le dije en cuanto lo vi, sin más preámbulos.

—Ah… —me respondió.

Y eso fue todo.

En los años que siguieron, a menudo volví a ese «Ah…», como si me hubieran puesto una multa o unas notas que no esperaba, y cuanto más volvía a ese «Ah…», más me daba cuenta de que eran otras muy distintas las palabras que la parte más secreta de mí había esperado oír. ¿Demasiadas películas románticas? ¿Demasiadas novelas?

¿Demasiada falsa retórica?

—No te preocupes —dijo él al rato—. Yo te ayudo a resolver el problema.

Y así fue.

A los veinte días fui a Bolonia y me sometí a la intervención. En esa época el aborto seguía estando prohibido, pero Cesare encontró un médico que se prestó a hacerlo, un amigo de su padre quien, a cambio de una jugosa gratificación, aceptó intervenirme en una clínica privada. Vino a recogerme en taxi al día siguiente, dormí en su casa y a la mañana siguiente regresé a Ferrara en tren.

—Se te ve muy pálida —comentó mi madre en cuanto entré por la puerta fingiendo un resfriado.

—Es que en Bolonia hace más frío que en Ferrara —dije, y me encerré en mi cuarto.

Las vacaciones de Navidad estaban a la vuelta de la esquina. Me pasé esos días en casa, enfrascada en los libros, para no perderme una posible llamada de Cesare, pero el teléfono permaneció mudo en la penumbra de la casa. Entré en una especie de hibernación interior. Me quedaban pocos meses para hacer los exámenes finales y el estudio se convirtió en la madriguera en la que me encerraba. No me interesaba nada de lo que estudiaba; solo deseaba una cosa: mantenerme apartada de todo pensamiento.

En la primavera que siguió, me lo encontré un día por la calle.

Estuvo muy simpático.

—¿Quieres que nos tomemos un helado? —me preguntó.

Sentados a una mesa, me habló con gran pasión de sus estudios y de todos los caminos que preveía que se abrirían ante él. Nuestros ojos no se reflejaban ya los unos en los otros, yo me había transformado en un par de orejas capaces tan solo de escuchar. Me habría gustado decirle «No volviste a llamarme, no volví a tener noticias de ti», pero las palabras se me quedaron atrancadas en la garganta como piedras pesadas.

—¿Y tú? —me preguntó cuando cogía ya la cuenta para ir a pagar.

—Estudio.

—¿Tienes planes para el año que viene?

—No, nada.

Antes de separarnos, me abrazó como el que abraza a un viejo amigo.

—Eres una chica con suerte, seguro que te las arreglas bien —me dijo, y se alejó con esos elásticos andares suyos que tan bien conocía.

Aquel encuentro consiguió partir el bloque de hielo en el que yo vivía y, por esa fisura, asomó, prepotente, el deseo de ser amada y, al mismo tiempo, la certidumbre de que él me había excluido para siempre de su vida. No había sido más que una aventura de verano para él, una amante que se convertiría en un fastidio, mientras que para mí él había sido la posibilidad de existir en otra dimensión, la del amor absoluto.

¡Qué ingenua! Estaba tan enamorada que ni siquiera consideré la idea de ser una entre muchas, alguien susceptible de ser intercambiada igual que se pasa la página de una revista.

Con el tiempo dejé de pensar en lo sucedido en esa época. Las pocas veces que algún fragmento volvía a la superficie, lo archivaba rápidamente en el cajón de las cosas resueltas. Había sido un problema, un problema importante, capaz de arruinarnos la vida, pero ya había desaparecido. Me aferraba a la eficiencia y a la premura que había demostrado Cesare en esos días como un náufrago que se agarra al último madero de la quilla. Habíamos resuelto juntos el problema, me repetía. Si no me hubiera querido, me habría dicho simplemente «¡Arréglatelas!», como hacían muchos.

Se discutía mucho en esos años sobre la legalización del aborto, que, de hecho, solo tardó dos años más en ser aprobada. Queríamos ser por fin libres de decidir, como lo eran los hombres. Quedarse embarazada no debía ser una obligación, sino una elección. Si se presentaba el «problema», por fin había modo de resolverlo.

Esperé, pues, a que esa grieta en el hielo volviera a cerrarse y, mientras, me refugié en los estudios. Saqué la nota más alta en los exámenes finales, con matrícula de honor. Mi madre era licenciada en Filosofía y Letras, aunque nunca había ejercido como profesora, y mi padre era un abogado de renombre. Con moderado sigilo, fui viéndome impulsada en esa dirección. Con un puesto fijo de profesora

sería la mujer perfecta. Si, en cambio, hubiera tenido disposición de solterona y un talento como el de mi padre, podría haberme convertido en una letrada inmisericorde.

Ese verano, para gran sorpresa de mis padres, decidí pasar las vacaciones con ellos en nuestra casa de la montaña. No teníamos muchas cosas que decirnos ni pasábamos mucho tiempo juntos. Salía por las mañanas con la mochila a la espalda y estaba todo el día fuera, entre cumbres y bosques, para volver a conectar conmigo misma. Solía llevarme un libro de poesía. Necesitaba belleza, necesitaba que el mundo volviera a enseñarme un camino que mereciera ser emprendido.

Antes de volver a Ferrara les hice saber a mis padres que quería estudiar Biología. Se hizo un silencio en la mesa.

—¿Biología? —repitió mi padre—. ¿Y eso?

—Porque me interesa.

—¿Y de qué sirve tener un título así? —fue el comentario de mi madre.

—Pues para muchas cosas, creo yo...

—Crees... —concluyó con cierto sarcasmo en la voz—. Muchas cosas crees tú...

Pero ¿cómo —te preguntarás asombrada, llegadas a este punto— he tenido que leer tantas páginas para llegar a una revelación tan banal? En el fondo, el aborto está ya tan extendido que no se lo considera muy distinto, a nivel médico, de la molestia de quitarse un diente. ¿Te acuerdas de que Ginevra dijo justo eso un día en la mesa, cuando nos contó que una amiga suya hacía poco que había abortado?

Ya es todo fácil, se puede y se hace. Nadie piensa que, tras ese «problema» resuelto de un modo tan indoloro, se oculta algo extremadamente complejo y ligado con doble hilo al destino de todos los hombres.

Si te he escrito a ti antes que a Ginevra no es solo porque seas la mayor, sino porque entraste en mi vida como un rayo de luz y alegría y, sobre todo, porque tu madre no resolvió el «problema». Imagino que para ella las adversidades y las dificultades ligadas a ese estado

fueron inmensamente más serias que las mías y las de la compañera de Ginevra.

A menudo he intentado imaginarme su rostro observando cómo mutaba el tuyo con los años. Me he preguntado si era muy joven cuando le pasó o si simplemente tenía ya demasiadas bocas que alimentar, o si tal vez no quería recordar a un hombre o a un muchacho que se reflejaba en las líneas de tu rostro; también pudiste ser uno de esos niños que a menudo se pierden en el caos de las megalópolis indias, o, lo que sería aún más triste, que haber nacido mujer en un mundo pobre y patriarcal te hubiese condenado al inevitable abandono en la calle.

Como todos los padres adoptivos, temía el momento en que saldrían esas palabras de tu boca. Sobre todo, cuando estabas a las puertas de la adolescencia, te observaba y me preguntaba: esa expresión, ese suspiro, ese gesto, ¿esconderá algún peligro?

Me confiaba a tu padre en la hora *sandhya* de las parejas. Él, en su calidad de pediatra, había visto crecer a más niños que yo. «Ali es como un arroyo de montaña —me dijo una vez—. Su agua discurre de arriba abajo. Es imposible que se estanque.»

Pese a todo, poco antes de la crisis en la que quisiste saber quién eras realmente, fui un día a tu cuarto y me senté en tu cama. Tú estabas estudiando y a mí me costaba encontrar las palabras para decirte lo que quería decirte. En los meses precedentes me había aventurado a hacer recetas de cocina india que había sacado de internet pero que no habían tenido mucho éxito. «A mí me gusta la lasaña, mamá», dijiste, lo que provocó el aplauso inmediato del resto de la familia.

Al final, fingiendo un tono desenfadado, me decidí a hablar:

—¿Crees que algún día tendrás nostalgia de la India?

—¿Quieres saber si tendré ganas de volver? —Y luego añadiste, directa como un escopetazo—: Vamos, que quieres saber si buscaré a mi madre.

—Bueno, a ver, sería normal, ¿no te parece?

Viniste entonces a sentarte a mi lado en la cama, con la espalda apoyada en la pared y los puños en las sienes, en tu típica postura de reflexionar.

—Lo he pensado muchas veces, no te creas. A veces la respuesta era sí, otras no, y otras incluso no lo sé.

—¿Y entonces?

—Pues entonces un día pensé que en realidad ella está dentro de mí. Ella soy yo. Si me miro en el espejo, casi me parece conocerla. Pero si, en cambio, viajo a la India a buscarla entre millones de personas, lo único que voy a encontrar son sufrimientos. Mi vida está aquí, por mucho que una parte de mí recuerde siempre el lugar del que vengo. Y en realidad —añadiste recobrando la sonrisa—, soy muy afortunada porque tengo dos madres. Una que me dio a luz y otra que hace lasaña. —Fuera era ya de noche, te levantaste y te asomaste por la ventana—. No puedo saber si me quiso o si era demasiado pobre para «librarse» de mí, pero ¿sabes lo que hago todas las noches? Me pongo aquí y miro por la ventana, junto las manos en plegaria y le doy las gracias por haber existido. Si ella no hubiera existido, yo no estaría aquí.

Nos dimos un largo abrazo en ese silencio suspendido.

—Yo también le doy las gracias desde lo más hondo de mi ser. ¿Quién más iba a poder devorar una fuente de lasaña sin engordar ni un gramo?

¿Existe un amigo invisible que nos acompaña en el transcurso de la vida?

En mis tiempos no se hablaba nunca de esas cosas —en mi familia menos aún—, y, sin embargo, ahora que tengo una buena parte de la vida a la espalda, empiezo a hacerme preguntas.

¿Por qué, en cierto punto, se toma una elección en vez de otra?

Entre cientos de personas, ¿solo se ve a una?

Entre miles de niños que adoptar, ¿te llega justo esa?

El azar, por su propia naturaleza, debería impulsar los acontecimientos en una dirección casual, es decir, desvinculado totalmente del orden, pero, con el paso de los años, poco a poco empiezas a darte cuenta de que justo era esa la persona a la que debías conocer, de que esa elección que en ese momento te parecía tan loca en realidad tenía un sentido, un sentido que para ti era justo.

No tenía ni idea de por qué ese día, comiendo con mis padres, dije con tanto aplomo: «¡Biología!». Hasta la fecha, me había interesado solamente la literatura. Aunque se me daban bien las asignaturas de ciencias, no tenía una inclinación particular por el estudio de los seres

vivos. Es más, la idea de manejar probetas o incluso fluidos orgánicos me provocaba cierto desasosiego. Y aun así abrí la boca y exclamé «¡Biología!», como si llevara años queriendo hacer solo eso.

La primera respuesta que me di fue psicológica: esa elección había sido una descarada rebeldía frente al mundo de mi familia, contra lo que no era y no quería ser. No te negaré que el primer año estuve a punto de dejarlo, tuve asignaturas que se me hicieron tan cuesta arriba como una pared del Everest: Análisis Matemático, Química Orgánica, Física, Química Inorgánica... Pero mi obsesiva inmersión en el estudio no era otra cosa, una vez más, que una especie de cura anestésica. Iba a clase y volvía a casa a estudiar, así todos los días, sin distracciones. No tenía amigos, no tenía admiradores, al menos que yo supiese; cuando solucioné el «problema», puse una lápida sobre mi vida sentimental. De vez en cuando percibía cómo subía, del interior de mi cuerpo, un viento helado, el mismo que te embiste en la embocadura de una cueva: tenía una cavidad dentro, y esa cavidad estaba vacía; de haber habido algo, habría emanado calor, pero, dado que no había nada, soplaba desde allí el gélido aliento de las profundidades hipogeas.

Si se me hubiera aparecido un adivino con una bola de cristal y me hubiera dicho: «Te casarás y tendrás hijos», me habría reído con la amargura de quien siente que se burlan de ella. El horizonte que veía ante mí era el de la estudiosa decidida a sacrificar su vida personal en el altar de la ciencia.

Si en los primeros dos años el estudio de la biología no fue más que una máscara que decidí ponerme para disimular mi sufrimiento, en el transcurso del tercer año, en cambio, cuando empecé a investigar sobre las bases físicas y químicas de la vida, la cosa empezó a cambiar. *Biología* es un término compuesto de dos palabras de origen griego: *bios* y *logos*, «vida» y «palabra». Cuanto más me adentraba en el misterio de esos conceptos, más empezaba a alimentar un sentimiento que no había experimentado nunca antes.

El asombro.

Estaba ya capacitada para descifrar la complejidad del ser vivo —lo que hace que una planta sea una planta; un gato, un gato; un hombre, un hombre—, y esa complejidad me generaba preguntas. Pero cuando no encontraba respuestas, en vez de experimentar rabia o frustración, me invadía una sensación de arrobamiento. Existe algo en lugar de la

nada, me decía, y ese algo conmueve por la perfección de sus leyes.

Precisamente en la primavera del tercer año empecé a salir de casa y a percatarme de las cosas más sencillas: las yemas que se hinchaban en las ramas, cómo se asomaban las primeras hojas tiernas, el canto de los pájaros, que, con su variedad, hacía olvidar el gélido silencio del invierno.

¿Qué sentido tiene todo?, me preguntaba.

Química, física, matemáticas, ¿y qué más?

¿Por qué de pronto el producto de esas leyes hacía que me vibrara el corazón?

¿Habría ocurrido lo mismo si, por llevarle la contraria a mi familia, hubiera escogido Arquitectura o Estadística? ¿Se habría dado igualmente el deshielo en mi corazón? ¿O habría vivido para siempre presa de mi implacable capacidad de análisis? ¡Cada cosa en su casilla! ¡Cero espacio para desvíos peligrosos en el camino!

¿Y si esa decisión tan imprevista me la hubiera sugerido en sueños el mismo ángel que, veinte años atrás, le había susurrado mi nombre a mi madre? ¿Fue a lo mejor una intervención del *Shivasankalpa*? ¿Me había concedido la guía invisible la gracia del Espíritu para que yo comprendiera en qué dirección encaminarme? ¿Acaso no ocurre eso muchas veces en la vida? ¿En qué medida depende el destino que nos construimos de nuestra capacidad para escuchar esos misteriosos susurros nocturnos? ¿No hay un sutil hilo de seda que une entre sí las vidas destinadas a encontrarse? Es verdad que en los inevitables momentos de oscuridad se puede llegar a pensar que ese hilo invisible, más que un ángel, lo ha tejido una araña que prepara su trampa mortal. Pero ¿sabes lo que creo en realidad? Que es necesario aceptar la propia fragilidad, nuestro ser, suspendido por lo demás entre la luz y la sombra.

En cualquier caso, si no me hubiera dado por esos estudios, más allá de quedarme para siempre con un corazón yermo, no habría conocido a Davide, tu padre. Y si no lo hubiese conocido, tú no estarías aquí, seguirías viviendo en la India o te habrían adoptado en cualquier otra parte del mundo.

Puede que te parezca ridículo o penoso, pero nunca le he confesado a tu padre el «problema» resuelto con Cesare. Él sabía, por supuesto, que había estado con otros —no éramos ningunos críos—, pero de aquel vórtice, de aquel agujero negro que seguía girando sigilosamente en mi interior, nunca le dije una palabra.

Después de casarnos estuvimos varios años intentando tener hijos. Al parecer, según los médicos, no había nada que no funcionara. En realidad, después de haber resuelto el «problema», había sufrido una anexitis, una infección silente que se manifestó demasiado tarde y que dejó tras de sí una inflamación que afectaba negativamente la fertilidad. Más allá de este dato en apariencia técnico y sepultado además por la memoria del tiempo, hubo otro de distinta naturaleza y del que no me había dado cuenta hasta ahora. Al no haberme criado en una familia religiosa, la culpa o la idea de que en la vida humana está presente una realidad inasible que se llama *alma* no formaba parte ni de mi bagaje personal ni de mi imaginario. Estaba realmente convencida de haber resuelto aquella inconveniencia de la mejor manera posible.

Sin embargo, lo más probable es que aquella esterilidad prolongada y misteriosa estuviese ligada a una frase relegada en mi memoria desde hacía años. Cuando abrí los ojos en esa clínica, después de la intervención, el doctor me dijo: «He tardado más de lo normal porque no quería irse». Atontada aún por la anestesia, cerré los ojos y me adormecí. Pero aquella frase debió de quedarse sepultada en algún meandro de mi cerebro y, de vez en cuando, en el estado de *sandhya*, resurgía al nivel de la conciencia, donde en el acto yo bajaba sobre ella el pesado telón del olvido. Deseaba que se transformase en una semilla incapaz de distinguir entre arriba y abajo y, por tanto, destinada a marchitarse; pero resultó que la semilla no se marchitó, sino que, bien al contrario, se extendió por todos los huecos que había, como hace la planta infecciosa con sus ramas.

«No quería irse.»

¿No presupone cierta voluntad no querer hacer algo?

¿Quién no quería irse?

¿Era posible que un cúmulo de células demostrase voluntad?

¿Y qué voluntad era esa?

¿La de colonizar un ambiente con la rápida eficacia de un tumor?

Así es: creo que esa semilla oculta y muda estuvo años trabajando en mi interior y que, sin darme cuenta, me convenció, o más bien convenció a mis órganos reproductivos, de que nadie más quería habitar en un lugar del que previamente habían desalojado a alguien.

Por lo demás, ¿no ocurre lo mismo con las plantas?

¿Te acuerdas de cuando nos fuimos a vivir al campo y tu padre arrancó aquel maltrecho melocotonero para sustituirlo por un plantón joven y vigoroso? ¿Recuerdas su desaliento porque, a pesar de los cuidados que le prodigaba, el arbolito fue consumiéndose día tras día? Descubrió la razón en internet al cabo de un tiempo: cuando se arranca un árbol de la tierra bruscamente, sus raíces dejan en herencia un potente mensaje químico.

Aquí no conviene vivir.

Esos primeros años de matrimonio, por tanto, transcurrieron entre la contemplación de mi desdicha y la desilusión que fui viendo aparecer poco a poco en la cara de tu padre. Todos los meses era un no, y ese no empezaba a pesar como un peñasco sobre nuestra relación relativamente serena.

Un día de otoño fuimos a hacer una excursión por los Apeninos toscoemilianos. Las hojas de los hayedos volvían la luz increíblemente dorada. Cuando llegamos al modesto pico de una montaña, Davide se giró y me miró:

—¿Y ahora qué hacemos?

—Nos comemos el bocadillo y volvemos, ¿no?

—No me refería a eso. ¿Qué hacemos con nuestro futuro?

—¿Ya no me quieres?

—Claro que sí, cada día más, por eso quería que fuésemos por lo menos tres.

Me quedé mirando un momento la punta de los crampones en silencio.

—Hay muchas parejas que no tienen hijos pero siguen juntas.

—Sí, y se pasan la vejez en un club de bridge y yendo de vacaciones al Caribe.

—¿Y entonces?

—Pues adoptamos.

—¿Adoptar?

—¿Sabes la de miles de niños sin familia que hay en el mundo?

Al haber considerado siempre la familia como un pesado lastre, no se me había ocurrido pensar qué experimenta quien no ha tenido nunca ese peso.

—Bueno, ¿un recién nacido si acaso...?

—O el primero que llegue.

—Pero no sabremos nada de él...

—Nadie sabe nunca nada de sus hijos... ¡Son la vida! ¡Con eso me basta y me sobra!

En las semanas que siguieron volvimos varias veces a ese tema y tuvimos varias discusiones. Yo opinaba que un recién nacido europeo era la única solución posible.

—Sí, así podrás mentirle desde el principio, presentarlo como tu hijo. ¿Qué más da si tiene tres, cuatro o cinco años, si tiene la piel aceitunada, oscura, si es mulato o negro como el tizón?

—Podría tener problemas en el colegio...

—Pues claro que podría, pero tendrá a su lado a dos padres que lo ayudarán a resolverlos.

Aparte, había otras preguntas que tampoco me daban tregua. ¿Y si no le gustábamos? ¿Y si nosotros no congeniábamos con él? ¿Y si tenía traumas previos que hacían muy difícil la convivencia? ¿Y si metíamos en casa a un crío que se pasaba el día gritando y rompiéndolo todo, un crío que no podíamos devolver al remitente?

Ese tira y afloja duró más de un mes, hasta que una noche tu padre, al verme que no paraba de dar vueltas en la cama, me abrazó con dulzura y me dijo:

—¿Qué temes de un crío que solo necesita amor?

A la mañana siguiente me levanté sintiendo en mí una luminosidad poco propia de mí.

¡No temas!, oía resonar en los oídos.

Esas palabras debieron de penetrar en mí por la noche, como carcoma.

—¡Tú ganas! —le comuniqué a Davide, que a la semana siguiente volvió a casa con un paquete de folios y direcciones de asociaciones que gestionaban adopciones.

Nos pasamos noches y noches en el sofá leyendo todos los prospectos. Al final nos decidimos por la India, en concreto por un

orfanato regentado por unas monjas donde años antes dos amigos de Davide habían adoptado a un crío.

Esa noche fuimos a celebrarlo a un restaurante del centro y con el postre brindamos como hacen las parejas cuando descubren que esperan a una criatura.

No sabía todavía que la infernal máquina de la burocracia haría todo lo posible por transformar esa alegría en depresión, tristeza, rabia.

Cada aspecto de nuestra vida fue investigado con diligente crueldad. Tenían que comprobar todos nuestros lados oscuros, todas las sombras que podían alterar o incluso arruinar la vida del pobre niño. Para los diligentes burócratas era preferible que el pequeño pasara la vida en un orfanato antes de que lo acogiera una familia que no fuera absolutamente perfecta.

Dos años de inútiles y ridículos interrogatorios.

Davide llegó a enfurecerse: «¡Se creen que somos una panda de pedófilos!», repetía mientras medía la casa con sus pasos.

Antes de la enésima reunión degradante yo lo obligaba a respirar profundamente varias veces. Compré incluso un CD con sonidos y músicas capaces de relajar hasta a un toro. Lo conocía lo suficiente para comprender que, con el nivel de exasperación que tenía, podía llegar a explotar en la siguiente reunión, gritar y aporrear la mesa con los puños, dando al traste así en pocos minutos con los sacrificios de años.

Por fin, al principio del tercer año, se nos concedió la idoneidad para adoptar y, a los pocos meses, supimos que la elección había recaído en una niña que tenía poco más de un año. Fueron días de gran euforia. Hasta ese momento la habitación que te teníamos reservada había estado vacía, para no gafarla. Después del anuncio empezamos a amueblarla con una cama, un armario, el escritorio para hacer las tareas. «Ahora que llega el pollito preparamos el nido», dijo tu padre. Aunque aquel nido, por culpa de trámites burocráticos posteriores de lo más absurdos, aún habría de seguir vacío un buen tiempo.

Habíamos recibido tu foto sonriente, con coletas morenas y lazos rojos, y una dirección a la que escribirte. No tardamos en mandarte una foto nuestra con unas pocas palabras, sencillas, escritas en inglés y acompañadas por un dibujo de un corazón latiendo. *«We'll wait for*

you!» ¿Te llegó la carta? ¡A saber! Eras pequeña y todavía no podrías haberla leído ni respondido.

En aquellos dos años de absurda espera que siguieron, me daba por limpiar con regularidad tu cuarto para que no se acumulase demasiado el polvo; mantenía las persianas echadas para que la luz no deslavara los colores y, mientras cumplía con ese rito obsesivo, tenía la sensación de que esa habitación no se diferenciaba mucho de un útero en el que, día tras día, lentamente, estuviera formándose una vida.

Nos habría gustado mandarte ya cosas, ropa, juguetes, en muestra de nuestro afecto, pero nos recomendaron que era mejor evitarlo. Con todo, cada vez estabas más presente en nuestras conversaciones. «Cuando llegue Alisha... Esto le gustará a Alisha... Iremos con ella... Haremos esto y lo otro con ella.» Sabíamos que un día, sin mucha antelación, nos llamarían para embarcarnos en un vuelo rumbo a Calcuta y queríamos estar preparados.

Hasta que una mañana, mientras hacíamos el desayuno, de pronto tu padre me dijo: «¡Mira que estás guapa!». Me quedé sorprendida porque no era propio de tu padre expresarse de esa manera, pero en realidad yo también me sentía distinta desde hacía unas semanas. Era como si sintiera surgir de mi interior una serenidad inusitada. También mi cuerpo empezó a manifestar cambios imperceptibles.

Una noche me confié a Davide:

—¿Crees que estar a la espera de Alisha ha podido provocarme síntomas parecidos a los del embarazo?

—Pues podría ser: en el fondo estás ya cuidando de alguien... La oxitocina puede obrar milagros.

Acepté de buen grado aquella explicación, por mucho que no lograra tranquilizar mi angustia. Cuantos más días pasaban, más reconocía en esos pequeños cambios los mismos que se habían presentado en mi cuerpo antes de que tuviese que resolver el «problema». Parecía que estuviera poniéndose en marcha algo importante.

La misma mañana en que nos comunicaron la fecha para recogerte fui a la farmacia a comprarme un test de embarazo. Positivo. Estaba sola en casa y sentí que me caía por un precipicio. Esperaba un hijo de Davide, un hijo nuestro, real, y dentro de nada iba a plantarme en la otra punta del mundo para recoger a una niña, sin tener ni idea de

quién era.

Cuando tu padre volvió a casa esa noche, me encontró en el sofá con la cara deshecha por el llanto y se angustió.

—Estoy embarazada —le anuncié.

Después de un minuto de incredulidad, se echó a reír.

—¡Pero qué maravilla!

—¡¿Maravilla?! —solté con rabia—. Es una pesadilla. ¿No te acuerdas de que tenemos que ir dentro de nada a Calcuta?

—Claro que me acuerdo. ¿Y qué pasa?

—¿No comprendes que tener dos niños a la vez, y uno de ellos sin ser...?

—Siempre es mejor dos que uno. Los hermanos son terapéuticos.

Esa noche sentí una gran tensión entre nosotros. Habían regresado los fantasmas de la mente que me habían acosado años atrás, cuando tuvimos que decidir si adoptar o no, más vivos, obstinados y groseros que nunca. «No lo conseguirás —no paraban de repetirme—. Será una locura de combate, no lo conseguirás.»

Tu padre no parecía inmutarse en lo más mínimo por el baile de aquellos espectros. Como el buen médico que era, ya estaba calculando cuándo saldría yo de cuentas y dando vueltas por la casa con su cara de tendero satisfecho, mientras que yo, cuanto más lo observaba, más sentía crecer en mí el nerviosismo, y en ese estado, entre el resto de los pensamientos, apareció uno que pronto monopolizó los demás: ¿y si ese estrés —la inminente incógnita de Calcuta— provocaba en el frágil equilibrio de mi cuerpo un alboroto bioquímico tal que convenciera a mi huésped para irse? ¿No se habría quedado allí dentro un cartel invisible que indicaba por dónde salir?

Así fue como, querida Ali, mientras tú contabas impaciente los días que quedaban para nuestra llegada, para que mamá y papá fueran a recogerte, yo intentaba librarme de tu presencia con toda mi furia y mi rabia.

¿Te acuerdas de los agujeros negros de los que te hablaba antes? Aquí lo tienes. Nadie está exento de ellos, con el tiempo he aprendido que están siempre en nuestro interior, durmientes pero capaces de despertarse de repente y devorar el equilibrio al que con tanto esfuerzo se ha llegado, en cuanto te encuentras ante una encrucijada

que te muestra dos caminos entre los que elegir.

El del amor y el del no amor.

Yo tenía dentro de mí una vida que reclamaba toda mi atención y otra fuera, más nebulosa e incierta, de la que habría sido mejor no hacerse cargo.

¡Cuánto horror se esconde tras nuestras sonrisas, tras nuestras palabras hipócritas! Mientras tú esperabas que se abriera esa puerta yendo de un lado a otro, yo buscaba la forma de equipararte a un paquete en el que se les hubiera olvidado apuntar las señas y que debía ser devuelto al remitente, así quedaría resuelto el problema.

Estuve días y días rumiando en mi interior estos pensamientos, sin decirle nada a Davide. No era consciente de lo abominables que eran tales elucubraciones hasta el día que dije en la mesa, fingiendo despreocupación: «Y en el caso de que uno de los padres adoptivos enfermara… O, peor aún, si antes de que el niño llegara a la casa… En fin, no sé qué dirá la legislación…».

Tu padre se levantó de un bote y estrelló uno de sus potentes puños en la mesa, con tanta fuerza que volcó la botella de vino. Mientras contemplaba la mancha roja extendiéndose sobre el mantel, oí su voz gritando:

—Pero ¿quién eres tú? ¿Un ser rastrero? ¿Con quién me he casado?

En cuestión de segundos salió de la casa dando un portazo.

Estuvo tres noches durmiendo en el sofá.

¿Sabes qué hice entonces? Preparé la cama con las sábanas de estrellitas que te habíamos comprado y me trasladé a tu cuarto. Aquella camita fue el útero que me permitió parirte de verdad. Pensé en tu corazoncito, en la angustia, en el temor, en la alegría que experimentarías ante tamaño cambio. Pensé en cuando te llevara de paseo, en cuando fuéramos a la playa, en la primera vez que vieses la nieve. Pensé en los brazos de tu padre, que te cogerían con total firmeza, y en los míos, que podrían ofrecerte otras cosas. Imaginé cómo nos comunicaríamos en los primeros tiempos, con esfuerzo, con gestos, con algunas palabras en inglés.

Ante la realidad práctica de tu vida, fueron desapareciendo las gélidas espirales del agujero negro. Los fantasmas de mi mente se disolvieron y vi ante mí a una niña india con un nombre maravilloso y el sueño de tener dos padres de donde fuera.

Me sentía tan avergonzada por haberte transformado en un paquete

que devolver al remitente que, al amanecer del tercer día, me acerqué de puntillas a tu padre en el sofá y me metí bajo el nórdico a su lado.

—Nos las arreglaremos —le susurré.

—Pues claro que nos las arreglaremos —respondió sin siquiera abrir los ojos.

Después me estrechó contra sí y volvimos a dormirnos.

Estuvimos dos semanas en Calcuta. La noche antes de verte no pegamos ojo. «El desfase horario», comentó Davide, aunque estaba claro que se trataba de una excusa para disimular la agitación que sentía. Él era un monolito, la piedra inmóvil de nuestra relación, no podía dejar entrever fragilidad alguna.

A las diez estábamos ya en el orfanato. Tú nos esperabas en una especie de salón desharrapado, acompañada por dos monjas jóvenes y sonrientes. Yo llevaba años imaginando aquel encuentro, y estaba convencida de que sabría afrontar la timidez que pudieras sentir. En el fondo, ¿qué éramos nosotros para ti? Dos desconocidos que venían a arrancarte de tu mundo. Pero viniste rápidamente a nuestro encuentro sin vacilar, con una sonrisa arrolladora.

Esas dos semanas juntos pasaron volando.

A la vuelta, cuando el avión ya había aterrizado y estábamos esperando a que abrieran las puertas, sentí por primera vez cómo se movía Ginevra en mi barriga.

Antes de ir a recogerte, habíamos discutido largo y tendido sobre la mejor forma de manejar esa situación. No queríamos causarte más traumas: por fin tenías un pequeño reino todo tuyo y quizá, al saber que tendrías que compartirlo con alguien más, te afectaría para mal. De ahí que, hasta que me fue posible, intenté disimular mi estado con ropas holgadas. Una mañana, sin embargo, mientras te ayudaba a vestirte, me señalaste la barriga con el dedo y me dijiste: «Tienes niño».

Ya sabíamos que no sería un hermano, sino una hermanita, y habíamos decidido el nombre. Pero, en vez de alterarte por la noticia, te entusiasmaste. Cuando más tarde tu padre te contó que Ginevra era un nombre de reina, tu entusiasmo subió hasta las nubes.

Para acelerar tu aprendizaje del italiano, que en cualquier caso iba muy veloz, habíamos empezado a ponerte cintas de las películas de

Disney, ¿te acuerdas? Te apasionaban las historias de reinas y princesas, por eso insististe en preparar una corona para la llegada de tu hermana. Primero la recortamos en cartulina y la pegamos juntas y, luego, tú la pintaste con los pinceles y la adornaste con montones de estrellitas brillantes.

En lugar de sentir celos, como temíamos, al punto sentiste adoración por Ginevra. Te sentías la hermana mayor, ya responsable de ella y, al mismo tiempo, no veías la hora de que creciera para poder jugar con ella.

Un par de meses después hicimos el primer gran viaje juntos para ir a conocer a los padres de Davide, vuestros abuelos. Aprovechamos también la ocasión para organizar tu bautizo y el de tu hermana. Para ti escogimos el nombre de Benedetta porque su significado en latín era equivalente al de Alisha.

Esa mañana tu padre te dejó en la mesa del desayuno una preciosa coronita de flores que te había trenzado a escondidas su hermana. Te la pusiste en la cabeza, radiante.

—¡Ahora sois dos auténticas reinas! —dijo Davide.

Y así, con las dos pequeñas monarcas —una cogida de la mano y la otra en el carrito—, en un espléndido día de sol estival, atravesamos el país para llegar a la iglesia donde se celebraría vuestro bautizo.

Es posible que para tu padre y para mí aquella fuera la época más feliz de nuestra vida juntos. Pero, como padres primerizos y algo ingenuos, ignorábamos las rivalidades subyacentes que, con el tiempo, pueden minar las relaciones entre hermanos.

Hubo un día en concreto que marcó un antes y un después.

Ginevra tenía siete años y tú once. En medio de un almuerzo de lo más normal, de buenas a primeras, tu hermana preguntó:

—Pero ¿en esta casa quién es realmente la primogénita?

Su pregunta te hizo pedazos.

—Ali es la hermana mayor y tú la menor —fue la respuesta salomónica de Davide.

Ese «menor» quedó grabado en la cabeza y el corazón de Ginevra como la peor de las injusticias y como fuente de una rivalidad continua y feroz entre ambas. Peleas, riñas y desencuentros de los que no siempre conseguías salir con tu desarmante bondad.

¿Conseguiréis algún día reencontraros, ser compañía y apoyo la una para la otra? Tu padre y yo nos lo preguntamos a menudo ahora que empezamos a hacernos mayores, pero no estamos capacitados para respondernos y nos da cierta angustia porque creo que el deseo más profundo de todo progenitor es no cerrar los ojos en un mundo en discordia.

En cualquier caso, los pasos que daréis o dejaréis de dar están solo en vuestras manos. Nosotros os hemos entregado las instrucciones para navegar, pero escoger llegar a buen puerto o naufragar dependerá solo de vosotras. El rayo de esperanza que todavía tenemos reside en tu actitud hacia la vida, a años luz de la de Ginevra. Para ti todo es dado, para ella todo es debido. Y por eso, si algún día lejano, desde un lugar lejano, veo que alguna de vosotras da el primer paso, estoy casi segura de que serás tú.

Estás ya lanzándote a tu vida adulta, llevas ya tres años trabajando, tienes tu sueldo y te dedicas a un oficio que es también tu pasión. Además, tienes a tu lado a un chico al que amas y que te corresponde y, encima, su disposición de ánimo es similar a la tuya.

Tus sueños no tienen la grandeza ni la ambición de los de Ginevra, pero ¿quién dice que la grandeza y la ambición sean fuentes de felicidad?

No te escondo que tu padre y yo, por lo demás, ahora que tenemos casi todo el pelo blanco, albergamos en nuestro interior el sueño de quien ha llegado a nuestra edad: el de poder abrazar entre nuestros brazos a un nietecito; ese hijo que reunirá misteriosamente a tus dos madres y en el que quizá se cumpla tu gran deseo infantil, ese que un día expresaste en clase, cuando dijiste que querías ser un poco más «rosa».

Ya ves, tienes muchas metas por delante, Ali. Metas más cercanas y realistas que las de tu hermana.

—Como mucho en dos años —nos dijiste antes de partir a Finlandia—, me gustaría abrir mi propio salón de belleza.

—Qué buena idea.

—¿Y cómo vas a llamarlo?

—Namasté —respondiste sin dudarlo un momento.

Nos dio la risa.

¿Qué otro nombre ibas a ponerle?

Namasté significa «me inclino ante la divinidad que hay en ti».

Namasté, querida Alisha.

Namasté, me inclino ante la divinidad que hizo que nuestras vidas se encontraran.

Para Ginevra

Querida Ginevra:

No me cuesta imaginarte paseando con mirada chispeante entre los escaparates de los grandes almacenes La Cooperativa, en compañía de Diamante y alguna otra de vuestra pandilla. Mañana es Nochebuena y seguramente estéis preparándoos para celebrar esta fiesta tan tradicional por todo lo alto.

Supongo que les habrás confesado a tus amigas, con el tono resentido de la súbdita de un reino totalitario, que tus padres no te han soltado suficiente dinero para pasar dignamente las fiestas en Cortina. «Podrían, pero no quieren», seguro que has añadido. Desde que el último año de primaria leíste la historia de un ratón avaro que vivía en un castillo llamado Roca Tacaña no has parado de colgarnos ese sambenito. Nosotros éramos los avaros que vivían en Roca Tacaña.

Desde la más odiada de las Rocas Tacañas, la casa a la que nos mudamos después del gran escándalo que tanto afectó a tu padre, te escribo ahora. Sé que para ti, que siempre te han gustado las relaciones sociales, los escaparates y la confusión de la urbe, este caserón en medio del bosque debe de parecerse bastante al castillo de If en el que metieron preso al conde de Montecristo. Además, como todavía no hemos dejado que te saques el carné de moto, la condena a tener que ir al instituto en tu odiado autobús de línea hace que te sientas aún más prisionera.

Cuando decidimos mudarnos aquí, tu padre y yo éramos muy conscientes de que tú serías la que más sufrirías con el cambio. Por eso casi siempre te dejamos quedarte a dormir en casa de tus compañeras en Parma e invitarlas a hacerte compañía aquí los fines de semana. Las pocas veces que han venido, nos ha dejado preocupados que, en lugar de disfrutar del jardín, os pasarais el fin de semana entero en los sofás con la mirada clavada en los móviles. De vez en cuando oíamos risas, pero nos era imposible participar de vuestra hilaridad; pertenecías a otro mundo, a una secta que utilizaba sus propios códigos y de la que se nos excluía, y eso nos generaba

curiosidad y pesadumbre al mismo tiempo. Eras nuestra hija, sangre de nuestra sangre, y sin embargo te habías convertido en una extraña. También antes de la llegada de la tecnología los hijos adolescentes se veían atraídos por mundos distintos de los de los padres, opuestos incluso, pero que aun así seguían siendo comprensibles porque estaban anclados en lo real.

Tu padre ya me hablaba de los daños de la realidad virtual mucho antes de que la situación se generalizara de esta forma. Atendía a niños que llegaban al ambulatorio con problemas que nunca se habían diagnosticado antes y se sentía impotente, pues no lograba penetrar en ese mundo. «Es como si hubiera llegado el flautista de Hamelín —me confiaba en esa época—. Se ha puesto a tocar y se los ha llevado a todos.»

Ahora, mientras parloteas con el entusiasmo típico de tu edad por el centro de Cortina, yo estoy aquí sentada en el sofá de tu tan odiada casa. Llevo ya cinco días viviendo en la soledad que deseaba y a cada tanto me sorprendo pensando lo largos que pueden ser los días sin el ritmo de las tareas diarias y, al mismo tiempo, lo rápido que pasan volando en cuanto nos adentramos en nuestros propios pensamientos; cuando desaparecen los pensamientos de la rutina —los horizontales, los llamo yo—, aparecen los verticales, y este tipo de reflexiones te conducen casi sin que te des cuenta a los lugares donde no existe el tiempo. Más allá de las pocas caminatas que me permito cuando hace bueno, el resto del tiempo me abandono en la lentitud de los días ociosos. Felix también parece alegrarse de esta paz inesperada, aunque él es un gato y los felinos son de naturaleza solitaria: ronca hundido en el cojín del sofá y, de vez en cuando, se me acerca para compartir un intermedio de ronroneos.

Desde que te fuiste, he pasado parte de mi tiempo escribiéndole una carta a Alisha. Hoy, acompañada por un estupendo sol invernal, empiezo esta para ti. ¿Para qué?, te preguntarás. ¿No nos comunicamos ya lo suficiente? Es verdad, ahora tenemos la posibilidad de mandarnos mensajes en cualquier momento del día o de la noche, superando toda barrera geográfica; un intercambio continuo de información así, sin embargo, no dista mucho de lo que hacen esas hormigas que, al encontrarse, se rozan las antenas para

señalar una fuente de comida cercana. Pero ¿es suficiente ese nivel de comunicación para nosotros, los seres humanos?

El caso es que, cuando uno empieza a tener el pelo blanco —y nosotros dos tenemos canas, tu padre más que yo—, empieza también a hacerse preguntas. Y, entre estas preguntas, la más importante es una y solo una.

¿Qué dejaré a mi paso?

¿Una cuenta en el banco, propiedades, hijos, nietos? Y a esos hijos, a esos nietos, ¿les bastará con saber que tienen las espaldas cubiertas temporalmente por una tranquilidad económica? Si eso fuera así —que heredar algo material les da paz a todos—, las familias no llevarían generaciones rompiéndose por culpa de unos pocos bienes dichosos.

¿Qué quedará de nosotros cuando tu padre y yo no estemos? Un puñado de fotos digitales que un diligente algoritmo seguirá presentándote acompañadas de una musiquita alegre para recordar los «momentos felices» de vuestra vida.

¿Os bastará con eso? ¿Qué podréis transmitirles a vuestros hijos con esas imágenes evanescentes? Solo unas simpáticas figuritas unidimensionales y fijadas en una sonrisa vacía.

Cuando estaba en la universidad, me enteré de un cruel experimento que se había llevado a cabo unos años antes. Una pareja de estudiosos del comportamiento había decidido criar a su hijo junto con una cría de chimpancé que había nacido por la misma fecha que el niño. Ambos vivían en la casa y recibían la misma educación mientras los padres tomaban apuntes, pero, pese a la distancia que intentaban poner, empezó a preocuparles que los progresos de la pequeña simia fueran mucho más rápidos que los de su hijo. Hasta que cumplieron los dos años, la chimpancé sobresalió en todo, pero, en el momento en que el hijo empezó a hablar, las posiciones se invirtieron rápidamente. La pobre simia no tardó en quedar confinada en una jaula del zoo mientras el niño seguía su recorrido como ser humano en la vida.

La palabra es el único rasgo que nos distingue del resto de los seres vivos. La palabra es un privilegio y un peso, pero es también el único camino gracias al cual podemos construir nuestra identidad como humanos, identidad que se basa en la relación y, sobre todo, en la más

compleja de las relaciones: la de la memoria.

Si no he escrito una única carta para Ali y para ti es precisamente por esa razón. El único equipaje que lleva encima Ali es el de la genética: su memoria genealógica —hecha de palabras, gestos, emociones— nació al llegar aquí, a Italia. Cuando ella traiga un hijo al mundo, comenzará a su vez a construir ese misterioso vínculo que se transmite entre los seres humanos.

La gran diferencia entre Alisha y tú es que en cierto modo ella puede empezar su viaje más ligera de equipaje, mientras que tú viniste al mundo con varios tomos de genealogía a las espaldas.

Al poco de nacer tú, tu padre y yo competíamos por atribuirte parecidos que, con el paso de los meses, mutaban velozmente, aunque éramos conscientes de que, si bien tú eras por así decirlo el «resumen» de los genes de quienes te habían precedido, eras también un ser humano único que tenía una vida entera por delante para demostrar su originalidad.

De una cosa, sin embargo, me di cuenta pronto. A los dos o tres años ya había aparecido en tu mirada una sombra crítica, la de quien continuamente le busca tres pies al gato, un rasgo que sabía que te venía de mí y de mi familia.

Ali siempre te ha adorado. Aparte de obligarte siempre que podía a ponerte las coronas que te hacía, empujaba tu carrito proclamando con entusiasmo: «¡Abran paso a la reina Ginevra!». Si al principio tú no podías entenderlo, a los tres o cuatro años empezaste a aceptarlo encantada, y me costó lo mío hacer desistir a tu hermana de ese ritual. Aunque tu padre y yo siempre pusimos mucho cuidado en no malcriarte —en contraste con la moda actual por la que el hijo es un pequeño soberano y los padres sus más devotos siervos—, tú siempre fuiste una niña caprichosa. Era como si, dentro de ti, hubiera algo capaz de nublar incluso los días de sol más estupendos; cuando todo parecía estar yendo divinamente, te venía de repente un arrebato airado, un llanto rabioso al que eras demasiado pequeña para ponerle nombre; esa misteriosa capacidad tuya para arruinar incluso los momentos más serenos inquietaba a Ali, que te cuidaba con dulzura y no conseguía entrar en las dinámicas de tus furores.

Tu padre, como buen pediatra, tendía a ver en la raíz de esa infelicidad problemas fisiológicos: que si la dentición, que si algún cólico, los inexplicables terrores nocturnos que sacuden a un buen

número de niños y que proyectan sus largas sombras más allá del despertar. «Ya se le pasará cuando crezca», decía él siempre, pero yo no me atrevía a preguntarle a qué etapa del crecimiento se refería. Pasaba un mes tras otro, cambiábamos de año, pero todo seguía igual y tú mostrabas con cada vez más claridad tu carácter de eterna insatisfecha.

Debo confesarte que la exasperante espera de la llegada de Ali fue para mí un periodo poblado de miedos y angustias. Como no tenía ni la más mínima idea de cómo sería esa niña, estaba casi segura de que yo no sabría cómo tratarla. Cuando, en cambio, tú, como una gran e inesperada sorpresa, empezaste a formarte en las profundidades de mi cuerpo, a tu padre y a mí nos sobrevino una euforia casi adolescente. Día tras día, mes tras mes, ecografía tras ecografía, seguíamos tu desarrollo y, al admirar el arcano milagro de la nueva vida, nunca, ni por un instante, nos sobrevino la duda de que no pudieses ser absolutamente perfecta.

En realidad, en la soledad nocturna, algún que otro fantasma me venía a la mente, pero lo espantaba confiando en que, en la lotería genética que estaba jugándose, prevalecería la semilla paterna: sólida, concreta, sin ramalazos neuróticos. Sin embargo, pronto tuve que rendirme a la evidencia. Al menos de momento va ganando en ti la rama materna. Enseguida vino a corroborarlo el vínculo tan estrecho que se creó entre mi madre, tu querida abuela, y tú. Todo lo que a mí siempre me había parecido insoportable de ella a ti te encantaba.

Todavía me acuerdo de un domingo que volviste a casa después de pasarte todo el día en la de ella y, mirando a tu alrededor con aire perplejo, comentaste: «Pero ¿cómo es posible que no tengamos cuadros antiguos en casa?». Después, en la cena, nos explicaste con candor infantil las enseñanzas sobre heráldica que habías recibido esa tarde. Hay familias que tienen una gran historia a sus espaldas y que adornan las paredes con cuadros preciosos y retratos de sus propios antepasados y otras, la mayoría, que decoran las paredes con pósteres y fotografías. «Si nos ponemos así, también están las familias que no tienen ni fotos», comentó con un halo de tristeza Ali.

A la abuela te unía una especie de complicidad aristocrática. En la misma medida que yo a ella la había defraudado en su afán de mundanidad, tú la llenabas de satisfacción. El día en que te prometió que encargaría a un pintor tu retrato cuando cumplieras los dieciocho

años, volviste a casa radiante.

Que de algún modo siempre te sientas defraudada por algo seguramente te lo fomentaron los numerosos relatos de mi madre, relatos cargados de nostalgia por un mundo en que los nobles eran realmente nobles y las distancias sociales estaban bien definidas. Sentías que pertenecías a otro ambiente, un ambiente elitista muy diverso de este en que tu padre y yo te obligamos a vivir: sin rastro alguno de superioridad aristocrática, sin cuadros de pájaros en las paredes, una hermana con la piel oscura, nada de cenas en restaurantes exclusivos, solo fatigosas compras en el supermercado y pensiones corrientes en lugar de hoteles con estrellas en las que pasar las pocas semanas de vacaciones.

Llegadas a este punto, dado que ya has franqueado el fatídico umbral de la mayoría de edad y puede que seas incluso mayor cuando leas estas líneas, me gustaría contarte cómo era el mundo en el que me crie y el ambiente que rechacé, una decisión de la que no me he arrepentido ni un solo día de mi vida, ni un segundo.

Años sesenta del siglo pasado. Un piso muy grande en el centro de Ferrara, pasillos largos, habitaciones de techos altísimos; una zona más modesta, tras la cocina, reservada al servicio; enormes muebles de madera oscura que se ciernen por doquier, dominados por austeros retratos de antepasados.

En aquella lúgubre penumbra da vueltas una niña, no habla mucho ni espera nada de los demás porque ha comprendido casi desde el primer momento que ella no es más que una formalidad cumplida. Tiene un bonito cuarto todo para ella, con una estantería pequeña llena de clásicos infantiles, muñecas y alguna olla con la que juega en las largas tardes invernales, cuando la niebla envuelve la ciudad e impide los saludables paseos.

Esta niña vive con su padre, su madre y una institutriz que la cuida. ¿Acaso se pelean esos padres? ¿Se insultan? ¿La maltratan? Nada más lejos. Ellos se adoran y, aparte de adorarse, son guapos como dos actores de cine. De vez en cuando salen los tres juntos, es cierto, incluso le hablan a la niña, pero está claro que esa presencia física

cercana no es un verdadero estar.

Yo era lo que dos personas de la clase de mis padres no podían no tener: la heredera. Un deber, un rito obligatorio, y de ese nuevo miembro de la familia se esperaba una sola cosa: que respetara las tradiciones y siguiera el recorrido ya trazado para ella desde que nació.

A menudo he pensado que, si ellos no hubieran congeniado realmente, si al poco de casarse se hubieran dado cuenta de que tenían caracteres incompatibles, con toda probabilidad su comportamiento habría sido distinto. Una madre frustrada que, para compensar, habría volcado todas sus atenciones en la hija, mientras que un padre con una mujer lunática o una muy fría seguramente habría volcado sus afectos fuera del matrimonio. Pero se complementaban a la perfección, se reflejaban entre sí como un juego de espejos; de haber sido una figura geométrica, habrían sido una esfera: nadie podía acceder al interior de su mundo.

Tu abuelo, de quien no tienes recuerdos porque murió cuando ibas todavía a la guardería, era doce años mayor que la abuela. Mi madre descendía de una familia de nobles terratenientes, de latifundistas. Aparte del majestuoso piso de Ferrara, no había heredado muchos más bienes, pero en provincias el título es casi más importante que las posesiones. Su marido, en cambio, provenía de una familia de la burguesía media, o sea, que no tenía cuadros de antepasados en las paredes, para que nos entendamos, pero era un brillante abogado y, gracias también a los contactos de su mujer, tuvo una carrera fulgurante, lo que pronto garantizó a la nueva familia una cómoda holgura económica.

Yo nací cuando mis padres llevaban cinco años casados.

Estoy segura de que habrían preferido un niño, pero como no se plantearon probar de nuevo suerte con otro embarazo, pienso que en realidad no tenían mucho interés en la descendencia. Eran simplemente una pareja que había puesto a prueba el funcionamiento de sus órganos reproductivos y que, una vez cumplido con el deber, volvió a sumergirse en su relación de adoración mutua.

A veces, ahora que yo también soy adulta, ahora que he vivido buena parte de mi vida, intento con frecuencia entender hasta qué punto mi

madre era realmente feliz o si simplemente, por pereza, indolencia o debilidad de carácter, se adaptó al papel que le propusieron y fingió serlo. ¿Fue ella una niña tranquila? ¿Había correteado alegremente por esos pasillos oscuros, había jugado al escondite por la emoción de que la encontraran? No tenía forma de saberlo.

Cuando tenía ya ocho o nueve años, esa edad en que la curiosidad sustituye al terror, me preguntaba mientras observaba el rostro de los tatarabuelos en las paredes: «¿Por qué están todos tan serios, tan tristes, por qué ninguno sonríe?». Y me prometía a mí misma que, si un día tenía que padecer esa misma suerte, solo aceptaría que me hicieran un retrato en el que me pintaran sonriendo. Por suerte, la tradición de los retratos se interrumpió con tu abuela. Nosotros podemos ahora hacernos un número infinito de fotos y guardar solo las que nos gusten.

Seguramente toda esta historia de los retratos y de la soledad de una niña confiada a una institutriz te parezca salida de una novela gótica, igual que te parecerá improbable que no hubiera confidencia alguna entre padres e hijos. Pero así era hace sesenta años: los padres daban órdenes y los hijos obedecían, y cuanto más alta era la clase social, más indiscutible era esa realidad.

Hasta los once años viví callada como un ratoncillo.

«¡Qué niña más adorable!», comentaban los invitados cuando, antes de la cena, me asomaba para mi breve aparición de rigor. No podían imaginar que aquel angelito no tardaría en desencadenar una tormenta perfecta a su alrededor.

Poggio Imperiale, un nombre que probablemente no te diga nada, fue para mí la muralla china que partió en dos mi vida infantil. Ya había oído ese nombre en conversaciones, pero nunca le había prestado la más mínima atención. Hasta que mi madre empezó a coserme un número en todas la prendas y a guardarlas en un baúl no comencé yo a sospechar que algo inesperado iba a sucederme. Esas ropas eran mi equipaje y Poggio Imperiale, el colegio florentino al que iban a mandarme para cursar la enseñanza media. Era una tradición familiar: mi madre y mi abuela habían estudiado allí; si eras mujer, te ibas a Poggio Imperiale a los once años y no salías de allí hasta los dieciocho.

No me prepararon en absoluto para aquel cambio. Hasta dos días antes no me dijo mi madre: «Vas a ir a un sitio muy bonito, donde hay cantidad de muchachas de tu edad y un jardín enorme». En realidad, la idea en sí no me desagradó del todo porque me sentía muy sola y, además, siempre había soñado con vivir en una casa con jardín. Fue así como, a finales de septiembre, inquieta pero en el fondo feliz, me subí en el coche con mi baúl para ir a Florencia en compañía de mis padres.

La directora nos recibió cordialmente; visitamos todo el recinto, las aulas, los espacios comunes, el parque monumental que había por detrás del edificio y, al final, me acompañaron hasta el que habría de ser mi cuarto: un espacio gigantesco con bóvedas pintadas de frescos que, más que una habitación de una niña de once años, parecía la sala de un museo importante.

Después comimos juntos en un ambiente de aparente serenidad. Poco después mi madre me acompañó a mi habitación, abrió el baúl y me organizó las cosas en el armario, sacando por último el deprimente uniforme gris de áspera lana que había mandado hacer en Ferrara sin que yo supiera nada.

—A partir de ahora te lo pondrás todos los días —me dijo antes de darme dos besos y salir de la habitación.

Aunque el vínculo con mis padres era más bien tibio, yo solo tenía once años y no estaba preparada para vivir en aquel otro mundo. Al día siguiente llegaron más chicas; muchas ya eran amigas y formaban alegres corrillos llenos de complicidad, conocían a las maestras y, a cada palmada de estas, se movían ordenadamente. Yo me esforzaba por seguir aquel ritmo, pero en aquel intento por adaptarme latía ya todo mi sufrimiento interior.

Si dejamos una lente bajo los rayos del sol, tarde o temprano prenderá una llamita en el punto donde recae el haz de luz; aunque nadie arroje una cerilla el fuego prende igualmente. Yo sentía, por tanto, esa lente gruesa dentro de mí, percibía el calor que aumentaba día tras día y, cuanto más crecía, más me daba cuenta de que estaba hecha de hojarasca por dentro porque no era más que un maltrecho espantapájaros incapaz de cumplir su función.

El primer síntoma de que algo estaba cediendo dentro de mí fue el

rechinar de dientes que me despertaba de golpe en mitad de la noche: soñaba que era un perro atado a una cadena que intentaba como un obseso liberarse del acero que lo aprisionaba.

Ya había habido otras señales exteriores. Veces en que rompía a llorar sin razón alguna durante las comidas o el recreo. En una de esas ocasiones la maestra me había llevado aparte y, mientras me secaba las lágrimas, me había consolado: era normal que al principio echara de menos mi casa, les pasaba a algunas chicas al llegar, sobre todo a las más sensibles o las más apegadas a sus padres. «Pero, en pocas semanas —me tranquilizó—, verás cómo se te pasa y congenias de maravilla con tus compañeras.»

A pesar de haber querido creer en sus palabras con toda mi fe, por la noche el perrillo prisionero seguía royendo la cadena.

Muchas veces, ya de mayor, me he preguntado si lo que sentía era realmente nostalgia. ¿Echaba de menos a mis padres? Dada la inexistencia de nuestra relación, me cuesta creerlo. Quizá era más una nostalgia por mi cuarto, al fin y al cabo era la madriguera en la que había vivido el ratoncito. Pero en la lente donde se cocía el incendio se escondía algo más complejo, y de eso hablaba el perro con la cadena: yo no quería aprender idiomas, no quería obedecer a los timbres, no quería ir a la ópera, no quería ponerme un uniforme; la Chiara adulta que estaba forjándose no era la Chiara que yo quería ser en mi fuero interno.

Con todo, en Poggio Imperiale comprendí algo fundamental: que tenía un temperamento rebelde, el de quien ansía la verdad por encima de la vida y, en nombre de esa búsqueda, está dispuesto a afrontar grandes obstáculos.

Fue así como un día, hacia mediados de noviembre, se alcanzó el punto de combustión en aquella lente.

Estábamos todas reunidas en el comedor a mediodía cuando, de pronto, sin que pueda recordar una razón concreta, aparté de golpe los platos que tenía delante con gesto decidido y me subí a la mesa y empecé a pegarle patadas a todo lo que se me puso a tiro: soperas, platos, vasos, pedazos de pan… Aquello provocó una estampida general entre mis compañeras, y, una vez que acabó la carga incendiaria, me quedé inmóvil con la mirada perdida en el vacío de esa hecatombe de cascotes, la cara encendida y los puños cerrados a los costados.

Recuerdo el silencio absoluto que siguió: lo único que se oía era el jadeo de mi respiración y el ladrido de un perro a lo lejos.

Al poco se me acercó con cuidado mi maestra.

—Chiara, ¿qué te pasa? —me preguntó con voz tranquila, tendiéndome los brazos.

Yo me lancé a ellos y estallé en sollozos. Después me acompañaron a la enfermería; por la tarde un médico, después de auscultarme, me dio unas pastillas que me hicieron dormir largo y tendido.

No volví ni a clase ni a mi habitación.

Ese mismo domingo mis padres vinieron a recogerme, el baúl preparado en la entrada desde primera hora de la mañana. Mi madre se pasó todo el viaje de vuelta fumando sin parar, conmigo a punto de vomitar, pero no me atreví a decir nada.

A la semana siguiente, me apuntaron a una escuela intermedia del barrio y empecé mi nueva vida de N. N.: Niña Normal. Que te expulsasen de Poggio Imperiale se consideraba una deshonra de la que era imposible recuperarse. El perro había ido royendo la cadena hasta partirla en dos, pero desconocía el precio que habría de pagar por esa libertad.

Cuando cumplí unos años más, mi madre me transmitió las palabras exactas de la directora cuando me echaron: Poggio Imperiale no podía tener entre sus alumnas a personas trastornadas mentalmente.

Desde entonces, la sombra de una potencial locura empezó a sobrevolar mis días: se esperaba que me diera otra crisis, pero el tiempo pasaba y no volví a tener ninguna; al final mis padres se resignaron al hecho de que yo era simplemente una chica carente de toda ambición: una chica que quería vivir en un mundo corriente.

Nuestra convivencia siguió así durante años: ellos siempre inmersos en su vida mundana y yo sumergida en la banalidad de provincias. Me volqué mucho en los estudios, puede que buscando cierta rehabilitación a los ojos de mis padres; pero creo que ellos ni siquiera sabían las asignaturas que yo tenía: me había descarriado del trayecto que ellos me habían marcado y, ante mis elecciones, no experimentaban interés alguno.

Durante un par de años formé parte de un equipo de voleibol, pero, en lo fundamental, era una chica solitaria. Leía mucho. No me

interesaban los chicos —o más bien estaba convencida de que yo no les interesaba a ellos—, salía a dar vueltas con la bici sin rumbo alguno, daba largos paseos. Eran tiempos muy distintos de los de ahora, no existía la socialización virtual, hiperconectada y fagocitante de nuestros días.

A menudo, sin embargo, me veo preguntándome sobre nosotras dos, me pregunto si realmente somos tan opuestas de carácter.

¿Cuánto hay de mí en ti y de ti en mí?

Yo, criada en un mundo en que las relaciones eran sumamente formales, soñaba con una dimensión humana hecha de calor, mientras que tú, que has crecido en una familia incluso demasiado presente y dialogante, sueñas con un mundo de distanciamiento aristocrático. Lo contrario, se diría, pero los opuestos se tocan, misteriosamente, y acaban por coincidir. Por eso puedo afirmar que, en ambas situaciones, hay una gran inseguridad en la raíz, y es justo la inseguridad el camino maestro para lograr, un día, convertirnos en nosotras mismas.

Para contrariedad de tu abuelo, decidí matricularme en el liceo de ciencias y, a partir de esa elección mía —que implicaba no estudiar letras—, comprendió que también iba a hacer lo que se me antojara en lo tocante a la universidad. El destino que habían colocado ante mí era la jurisprudencia: debería haber sido aprendiz de mi padre y haber heredado el despacho de la familia, transmitiendo así también su apellido, pero yo no tenía la más mínima intención de seguir sus pasos.

Al final del cuarto año de liceo tuve una relación con un chico de mi edad que no duró mucho, pero que supuso una dolorosa decepción, de ahí que pueda decir que la elección de matricularme en Biología fuera más bien casual, aunque, con mi habitual diligencia, me lo tomé muy en serio y no fueron pocos los sobresalientes que saqué. No mucho después de licenciarme, encontré un trabajo en la industria farmacéutica. También en ese aspecto eran tiempos muy distintos: una persona preparada que buscaba trabajo lo encontraba, y encontrarlo significaba independizarte de tu familia de origen.

Alquilé un piso en Bolonia e inicié así una vida solitaria e independiente. Tu abuela me llamaba todos los domingos a las cinco

de la tarde. Un ritual, igual que lo habían sido el del beso de buenos días y el de buenas noches que, desde primero de preescolar, me obligaban a dar, muy a mi pesar.

Siempre me llamaba con la esperanza de no pillarme en casa, de que tuviera alguna relación que me librara de un futuro de solterona; de vez en cuando me daba incluso algún consejo: podrías maquillarte, cambiar de corte de pelo; si quieres, cuando vaya a Ferrara, podemos renovar un poco tu armario.

Entretanto, adopté un gato al que llamé Leche porque era todo blanco: era la única presencia que soportaba en la casa; tenía todavía una gran herida en mi interior y temía todos los movimientos que amenazaban con reabrirla.

Tenía casi veintiocho años cuando conocí a tu padre.

La empresa farmacéutica para la que yo trabajaba había montado un congreso en Bolonia y había invitado a muchos médicos. Yo llevaba el pelo cortado a tazón e iba con mi uniforme de rigor, un traje de chaqueta azul plomo. No fui yo quien lo vio a él, sino él quien se fijó en mí.

Coincidimos en una mesa en una pausa entre ponencias. Él estaba charlando animadamente con algunos colegas; iban todos de chaqueta y corbata, salvo tu padre, que era el único con el cuello abierto y el nudo de la corbata aflojado; en comparación con los demás médicos, la gran mayoría, bastante estirados, él destacaba con su porte de leñador.

Lo primero que pensé al verlo fue la desaprobación por aquella corbata mal ajustada —crítica que mi madre seguro habría compartido— y lo segundo que sentí fue bochorno, por un hombre que estaba manifiestamente fuera de los cánones de ese ambiente. ¿Quién podía enamorarse de alguien así?, me pregunté. Después nos perdimos de vista para rozarnos apenas delante de la mesa del refrigerio al día siguiente.

El gran hotel que alojaba el congreso estaba lejos del centro, de modo que, como yo no tenía coche, recurría al transporte público. Esa noche el autobús que debía llevarme a casa pasó flechado delante de mis narices: no había llegado a tiempo a la parada pese a la trabajosa carrera que me había dado para intentarlo, de ahí que sintiera mucha

rabia: estaba cansada y al día siguiente me esperaba otro día de fatigas. Debía de tener una expresión furiosa cuando tu padre se acercó con el coche y bajó la ventanilla.

—¿Quiere que la lleve? —me preguntó.

—No, gracias. Nunca subo a coches con desconocidos.

—Pero si nos hemos visto hace nada en el congreso. ¡Soy pediatra!

—Y yo no soy una niña —respondí cortante.

—Todos seguimos siendo un poco niños —dijo sonriendo y abriendo la portezuela.

Al día siguiente, mientras nos tomábamos un café en el bar, le pregunté:

—¿Por qué lleva la corbata así de floja?

—Porque siento que me ahogo.

En aquella respuesta ya estaba todo él.

Aunque su coche era un auténtico desastre, no me opuse cuando, esa noche y la siguiente, insistió en acompañarme a casa.

El último día se apeó para despedirse.

—Como ya sé dónde vive, ¿cree que podría darme también su número de teléfono?

—¿Para qué?

—Para no obligarme a esperar en el portal como un policía, a ver si la veo.

Se lo di a regañadientes; por un momento pensé en darle un número equivocado. Leche me esperaba en casa, me daría un baño caliente y luego me echaría en el sofá a leer un buen libro con el gato en el regazo; no sentía necesidad alguna de perturbar el orden y el equilibrio que tanto me había costado conseguir, y además no permitiría bajo ningún pretexto que un hombre tan corpulento, ruidoso y torpe irrumpiera en la paz de mi piso. Pero, acostumbrada por educación y por actitud a obedecer, recité el número correcto y me arrepentí justo en el momento en que pronuncié el último dígito.

Al domingo siguiente quedamos para hacer una excursión por los montes de Parma. Paramos a comer en Noceto y, mientras él devoraba un plato de *gnocco fritto* con la voracidad de un orco, me contó que había nacido en un pueblecito de montaña de la región de Molise, un puñado de casas en una cumbre cubierta de nieve gran parte del año.

Sus padres regentaban un colmado, tenía dos hermanas y un hermano y había querido ser médico desde pequeño. Antiguamente, la del médico rural era una figura importante en los pueblos; si nacías hombre y no querías resignarte al destino de fatigas y de hielo de tus antepasados, tenías solo tres caminos ante ti: carabinero, cura o médico. De hecho, uno de sus hermanos era carabinero.

Tu padre, por su parte, bajó a Agnone para ir a la secundaria: varias horas de trayecto al día; luego se matriculó en Medicina en Campobasso y, gracias a la beca, consiguió licenciarse en los seis años previstos. Escogió Pediatría porque en la época —era principios de los setenta— todos la menospreciaban. Ocuparse de los niños parecía poco importante, cuando en realidad, en su opinión, me explicó con fervor, era la especialidad más importante de todas.

Ese domingo iniciamos la costumbre de hacer excursiones juntos. Lo que más me impresionaba de él, conforme fui conociéndolo mejor, era la pasión tan profunda que lo movía. Me hablaba con el candor de un niño, no había segundas intenciones en sus palabras, no se exaltaba ni se daba aires, no me hacía ningún guiño, ninguna intentona, en definitiva, de seducción; habría hablado igual con un amigo.

Yo volvía de esas excursiones desconcertada y una vez en casa me preguntaba: ¿qué quiere este hombre de mí?

Puede que te estés imaginando a tu padre como un narcisista inaguantable porque hablaba siempre de él, pero no era así; siempre que nos veíamos me pedía que le contara cosas de mí, pero yo siempre me cerraba como una ostra.

¡Nuestros mundos eran tan lejanos entre sí!

¿Cómo era posible, pensaba, conciliar el piso aristocrático de Ferrara con el pueblo blanco de Molise? Aparte, yo había cerrado mi corazón en una caja fuerte hacía tanto tiempo que ya ni me acordaba de la combinación.

Al final, una noche decidí hablarle un poco de mí, de mi gato Leche, de mi trabajo, admitiendo que no me apasionaba especialmente, y del hecho de que debería haber estudiado Derecho pero me había negado y había provocado así una gran decepción en mi familia; no tenía hermanos ni primos porque mis padres eran ambos hijos únicos; por un tiempo, de niña, tuve un grillo escondido en casa, lo llamé Crick, y era mi única compañía. Tu padre me escuchaba en silencio con los codos en la mesa y los puños en las sienes, como suele hacer Ali.

—Pues sí, una vida muy triste —concluyó.

—Sí, bastante triste.

Fue entonces cuando tu padre puso su gran mano encima de la mía por primera vez.

—¿No ves visos de que pueda cambiar?

—Tú me dirás cómo… —le respondí, y en aquella contestación reconocí el sarcasmo siempre al acecho de mi madre.

Después de eso pasó dos semanas sin dar señales de vida. Cuando reapareció no me propuso una excursión como siempre, sino una cena en un local del centro. Llegó jadeando, con el maletín de médico en la mano. Pidió un vino bueno y, mientras esperábamos los *tagliatelle*, levantó la copa para proponer un brindis.

—¿Por qué brindamos? —pregunté mientras las copas hacían chinchín.

Me respondió abriendo el maletín y sacando de dentro una alcachofa que me tendió como si fuese una rosa. Me eché a reír.

—¿Brindamos por una alcachofa?

—Claro: las alcachofas están llenas de espinas por fuera, pero tienen un corazón muy dulce.

Me sonrojé de la vergüenza: nadie me había visto con tanta claridad hasta la fecha.

—Señorita —me dijo sonriendo—, tiene usted dermatitis por estrés. —Sentía que me ardían las mejillas—. ¿Y sabe por qué? —Dije que sí y no al mismo tiempo con la cabeza—. Porque esto es una propuesta de noviazgo.

—¿De noviazgo? ¡Qué cosa más antigua!

—Ya, es que hay que ir contracorriente. ¿No dices que tú también vas siempre así?

Aquella noche no le di ni un sí ni un no, lo dejamos todo en suspenso: no me llamó en un mes, yo tampoco lo busqué. A veces sentía la tentación, pero en cuanto iba a marcar su número me detenía.

Regresé a mi rutina de solterona de siempre, aunque en esa monotonía empezaban a insinuarse nuevos pensamientos. Había revivido el amor desgarrador de mi adolescencia: me había envuelto una llama y, hasta que se apagó y me dejó cubierta de quemaduras, no comprendí que ese fuego solo me había quemado a mí; yo no había sido más que la pobre polilla y aquel chico la llama en la que me

había inmolado, y en la que muchas otras polillas arderían después de mí.

En cierta ocasión, una compañera con bastante experiencia en cuestiones sentimentales me expuso una teoría. En ese ámbito, afirmaba, siempre se procede por movimientos alternos: el fuego quema a la polilla y, tras el fuego, para aplacar el dolor, llega el ungüento calmante. El ungüento es ese amigo paciente que está enamorado en secreto de ti y que viene en tu socorro y unta las quemaduras con un bálsamo sedante: tú no lo amas y jamás podrás amarlo, pero, entretanto, le estás agradecida porque te alivia las heridas, te hace compañía, atiende todos tus deseos y te mira con los ojos adoradores de un cocker; tú te muestras dulce con él, dócil, y este se ilusiona con que vuestro amor será eterno. Pero en su ceguera no se da cuenta de que te han vuelto a crecer las alas y de que, en cuanto seas capaz de desplegarlas, te lanzarás de nuevo a la primera llama que veas relampaguear ante tus ojos.

—Está todo explicado en *Lo que el viento se llevó* —concluyó mi amiga—. Están Rhett Butler y Ashley por un lado, y por otro están Melania y Escarlata. Las mujeres somos péndulos destinados a oscilar sin parar entre estas dos opciones; luego hay quien para y se transforma en Melania, pero en nosotras resuena siempre Escarlata.

¿Era mi Davide Ashley?, me pregunté entonces. ¿Y me había transformado yo entonces en la melosa Melania? Pero tu futuro padre no era un ungüento venido para aliviarme las heridas, él nada sabía del chico que me había roto el corazón: además, ya habían pasado diez años y apenas se vislumbraba siquiera la sombra de una quemadura, y yo no era más que una bióloga solitaria, totalmente apática ante el prójimo.

¿Quién era entonces realmente este Davide?

No conseguía encajarlo en ningún cuadradito de las casillas de mi mente. Si hubiera querido solo una noche de sexo, ya habría manifestado dicha intención. ¿Qué quería de mí? ¿Qué veía en mí? Y yo, ¿qué veía yo en él?

¿Y si, aparte de las dos opciones Rhett/Ashley, hubiera una tercera que todavía me era desconocida, como les eran desconocidas antiguamente las fuentes del Nilo a los exploradores?

Probablemente también tú un día, como mujer, te veas quemándote las alas o adentrándote por caminos que no llevan a ninguna parte, y yo sufriré, porque las madres siempre queremos evitarles dolores inútiles a nuestros hijos. Pero lo que empecé a entrever cuando conocí a tu padre era que podía existir una tercera categoría de hombre.

El hombre Lego.

¿Te ríes?

Pero ¿quién es el hombre Lego sino Davide? Uno que tiene en mente edificar una casa y, con dedicación, ladrillo a ladrillo, la construye y, aunque por momentos no logre encontrar una pieza, tiene la perseverancia para seguir buscándola; excava los cimientos, construye las paredes, pone los cristales y las persianas en las ventanas y al final, por último, en el tejado, levanta una chimenea humeante. Cuando nos conocimos, no fui capaz de comprenderlo porque en esa época no había ningún hombre Lego en mis círculos y, además, luego, cuando quedábamos, me llevó un buen tiempo comprender por qué era tan importante para mí como persona.

Si nuestra familia sigue adelante, a pesar de todos los problemas que podemos conocer, es porque tu padre es así, porque, incluso a las puertas del naufragio, él siempre es capaz de ver el faro que señala la ensenada donde resguardarse.

¿Y sabes qué, Ginevra?

Con los años, con el tiempo y el amor de todos vosotros, he comprendido que yo también soy una mujer Lego, porque la vida tiene realmente sentido cuando aprendes a construir tu tiempo.

Como te decía, después de la cena con la alcachofa, tu padre desapareció.

Estuvimos un mes sin llamarnos ni vernos: sentía que la soledad me reconcomía, sin nadie a quien pedirle consejo, no tenía ni intimidad ni confianza con ninguno de mis conocidos. En el horizonte del noviazgo, se avecinaba la pesadilla de un matrimonio, y el único del que había sido testigo de primera mano era el que me había engendrado.

Ahora que era ya adulta, sin embargo, debía reconocer que aquella unión, fuente para mí de desdicha, no lo había sido para mis padres, que parecían hechos el uno para el otro.

¿Cómo habría sido su vida si no se hubieran conocido? La primera

obviedad indiscutible era que, sin ese encuentro, yo no habría existido: y si en mi incolora adolescencia a menudo pensé que habría sido mejor no existir, ahora, gracias a las nuevas emociones que sentía crecer en mi interior, empecé a sospechar que era mejor lo contrario.

¿Sabes qué hice al final? Lo que hacen todas las hijas, por rebeldes que sean, en los momentos complicados. Llamé a mi madre, le conté la propuesta de noviazgo y le expliqué que él era un médico reconocido.

—Si te gusta, cásate con él —me dijo tras un silencio breve—. La soledad nunca trae felicidad.

Al día siguiente fui al hospital y lo esperé delante de su coche.

—¿Y bien? —me preguntó al verme.

—Pues que sí.

Una semana después estaba regalándome el anillo de compromiso.

Y ahora, querida Ginevra, llega una parte que te costará entender pero que espero que te arranque alguna sonrisa. Los tiempos que corren, esta época en la que te estás criando, son los tiempos de la fluidez: las identidades son insulsas e intercambiables, ya no importa mucho el lugar donde nace la persona, de qué extracción social proviene, pero hace unas décadas no era así. Antiguamente los matrimonios, cada vez más escasos ahora, se daban por osmosis ambiental en la mayoría de los casos, y los que osaban traspasar esa frontera parecían condenados a un fracaso inevitable. Antes se hablaba de «clases sociales», pero ahora me parece más justo definirlas como «tribus». Cada tribu tiene sus costumbres, y cuando dos miembros de tribus distintas se encuentran, se necesita buena voluntad y humor para discernir lo que es importante de lo que solo es un residuo inevitable del tribalismo original.

Les había dicho a mis padres que Davide era médico, pero no había añadido que era de una región montañosa del sur de Italia, ni que, en vez de jugar al tenis, de pequeño tocaba el clarinete en la banda de su pueblo, o que todas las mujeres de su familia pertenecían a no sé qué hermandad religiosa y vestían, según los cánones de Ferrara, espantosamente.

¿Sabes qué comprendí en esos meses?

Que creerse en cierto modo superior te confiere una rigidez que impide disfrutar de la vida. Para mis padres salir de su mundo era casi

un delito de lesa majestad: los códigos de su tribu eran muy rigurosos y nunca se les había ocurrido mantener relaciones de cierta intimidad con personas que a tu abuela le parecían ordinarias, es decir, inmersas en un mundo de evidente banalidad. Pero es posible que, en un lugar recóndito de sus mentes, desde el fracaso de Poggio Imperiale, alimentaran la certeza de que antes o después ese sería el destino de su hija N. N.: una niña normal que se casaría con un hombre normal, con suegros normales, y traería al mundo hijos más normales aún.

¿Qué era entonces lo primero que había que hacer para no desbaratar de golpe la baraja? Davide no tenía dudas. Debía ir a conocer a mis padres y pedirles permiso para casarse conmigo. Intenté disuadirlo de todas las maneras posibles.

—¡Esto ya no es la Edad Media! Soy una mujer adulta, perfectamente capaz de tomar yo sola mis decisiones.

Sabes lo cabezota que es tu padre, ¿verdad? Nada consiguió disuadirlo de su propósito.

—Por lo menos vístete bien —le sugerí discretamente—. Mis padres dan importancia a esas cosas.

Aquel día temido, se presentó en casa de mis padres con un ramo de flores enorme para mi madre y enfundado en un traje tan estrecho que parecía un jugador de rugby que le hubiera pedido prestada la ropa a su hermano pequeño, con los botones de la camisa, pese a la corbata, como a punto de estallar.

Cuando Davide hizo la petición formal, mi padre se echó a reír.

—No soy yo el que se casa, es mi hija. ¡Pregúntele a ella!

Al día siguiente mi madre me llamó a una hora que no era la habitual en ella.

—¿Estás segura de querer casarte con ese tal Davide? Me da la impresión de que quiere más a su trabajo que a ti. Tarde o temprano te aburrirás con él. De los matrimonios aburridos hay que huir como de la peste.

—A mí vuestro matrimonio me ha parecido siempre el colmo del aburrimiento —le respondí, y colgué de golpe el auricular.

Soy perfectamente consciente de que, al contarte esto, querida Ginevra, también tú un día podrás responderme de esa manera y a mí no me quedará más remedio que hacer una cosa.

Aceptarlo.

Muy distinta fue la acogida que recibí yo en la casa de tus otros abuelos. Su madre y sus hermanas llevaban días cocinando manjares; estaban deseando conocerme y no hicieron nada por disimularlo; todas me colmaron de besos como si fuésemos amigas de toda la vida, y me invitaron con insistencia a que probara las delicias que habían preparado.

Pasamos todo un fin de semana en el pueblo natal de tu padre. Como hacía muy buen tiempo, él quiso llevarme a explorar los sitios que más le gustaban; mientras me perdía con la mirada en esos momentos azul claro, yo, que llevaba dentro de mí la opacidad de las nieblas de Ferrara, empecé a comprender hasta qué punto el ambiente en el que se nace influye en el carácter de las personas. Del mismo modo que yo había nacido con un descontento perenne, insegura hasta del más mínimo paso que dar, igual Davide, criado dominando el mundo desde allí arriba, era un hombre seguro de sí mismo, capaz de distinguir el valor de las cosas y de tomar decisiones bajo una única consigna, la de la bondad.

Justo allí, ante aquel paisaje de paz y silencio, decidimos la fecha. Nos casaríamos en el mes de mayo del año siguiente.

—Seréis dos flores y todo estará florecido a vuestro alrededor —nos dijo la madre de Davide.

Muy distinto fue el comentario de mi madre cuando la llamé para contárselo. Porque, aparte de la fecha, tuve que comunicarle que la ceremonia se haría en Molise.

—¿En qué parte de Molise?

—En Capracotta, el pueblo donde nació Davide.

La boda nos obligó a darle un brusco acelerón a nuestras vidas: tendría que renunciar a mi trabajo para irme a vivir a Parma con mi futuro marido y, además, habría que buscar un piso para una pareja, cerca del hospital donde trabajaba Davide si era posible y con una habitación de más por si la familia crecía. Tuve que empezar a abandonar mis tranquilos rituales de soltera, y he de confesar que de vez en cuando me invadía el pánico. Hasta el momento había manejado mi vida con una precisión casi maniaca, y el salto para el que estaba preparándome no me parecía muy distinto del de una

trapecista sin red. Y si, al lanzarme al vuelo, faltaba el otro trapecio, ¿qué pasaría? ¿Podría reconstruir paso por paso mi vida anterior? ¿Era realmente posible dar marcha atrás?

Es una tontería negarte que estaba aterrada, que no me sentía en absoluto a la altura de las expectativas de tu padre: convertirme en esposa y parir hijos como churros no era un plan de vida del que yo me viera capaz. De hecho, unas semanas después de aquel decisivo reencuentro en el aparcamiento del hospital, me atreví a decirle:

—¿No sería mejor empezar poco a poco, por pasos? A lo mejor, convivir primero...

Pero él fue inflexible.

—Te pruebas una ropa en una tienda, no a una persona con la que quieres compartir la vida.

Como mi familia de origen estaba formada por una pareja que se adoraba y una hija a modo de apéndice, me costaba muchísimo imaginar qué significaba vivir juntos de otra manera; en los días que me levantaba positiva me decía que conseguiría ser una madre distinta de la mía, que tendría muchos hijos y los querría a todos mucho; pero en los días que no, me preguntaba cómo iba a querer a un hijo cuando no lograba quererme siquiera a mí misma.

—Si solo quieres convivir —puntualizó tu padre—, eso significa que crees que podrás encontrar a alguien mejor que yo. En cambio, yo no tengo esa idea. Para mí serás siempre la única.

Entretanto, la gran máquina de la boda en Capracotta se había puesto en marcha y habría sido imposible dar siquiera un paso atrás. Aunque por tradición era el padre de la novia quien tenía que encargarse de organizarla, la recepción se haría donde el casamiento, de ahí que Davide y yo volviéramos varias veces a Molise para organizar el gran día.

La madre y las hermanas tenían en la cocina una lista con los invitados y, a cada visita nuestra, se alargaba. Cuando me subía al coche para volver a Bolonia, me iba siempre cargada con una bolsa llena de *caciocavalli* para mis padres.

Como la hipócrita social que era —un rasgo que, pese a mi rebelión, acechaba en mi interior—, vacilé un buen tiempo antes de darles a mis padres esas suculentas ofrendas, pero luego pensé que iba a

quedar fatal como en mi boda mis suegros les preguntaran a mis padres si les había gustado el queso. Así que un día que fui a Ferrara dejé la aromática carga sobre la mesa de la cocina y dije:

—De parte de los padres de Davide. *Caciocavallo* de Capracotta, especialidad de la zona.

Si el tema del convite estaba plenamente en manos de mis suegros, del vestido de novia se encargaba mi madre. En febrero fuimos al mejor sastre de Ferrara, que nos hizo varias propuestas. A mi madre le pareció que la mejor elección era un traje de chaqueta color nata; yo también me sentí cómoda con aquel traje, pero era consciente de que esa sobriedad tan parca no iba a ser en absoluto del agrado del público que me esperaba en Capracotta. Por eso allí mismo, delante del sastre, tuve que confesar lo que hasta el momento había callado: iba a ser una boda religiosa.

—Entonces la cosa cambia de medio a medio —dijo el estilista, que mandó traer otro catálogo de trajes de novia.

Eran todos mucho más pretenciosos, y mi madre los miró con una ceja enarcada y yo me quedé entonces que no supe por cuál decidirme. Pospusimos la elección para otro día.

—No querrás parecer un merengue… —me dijo mientras bajábamos la escalera.

—Ni muerta.

En ese momento nos sentimos realmente como madre e hija.

Llegados a este punto, nuestra historia —la de la familia que formamos tu padre y yo— tiene que extenderse a la de los abuelos, bisabuelos y tatarabuelos retratados en las paredes de la casa de Ferrara. Ya sabes que fueron nobles latifundistas, por mucho que de esas tierras apenas quedara un jardín, pero tal vez ignores que fueron también grandes patriotas, miembros activos del Risorgimento, defensores de una nación moderna y laica. En cuanto a mi padre, tu abuelo, aunque solo era miembro de la burguesía, compartía ese mismo sustrato de librepensadores, por eso a mí no me bautizaron y nunca tuve que ir a clases de religión en el colegio.

—¿Es que eres judía? —me preguntó una vez una compañera cuando estábamos en segundo.

Yo no supe qué responderle, pero, en cuanto volví a casa, se lo

pregunté a mis padres en el almuerzo.

—No —me respondió mi padre—. Somos agnósticos y librepensadores.

Al día siguiente volví al colegio y repetí aquella frase enigmática, pero durante mucho tiempo, en el silencio de mi habitación, pude reflexionar sobre esa definición; con siete años no tenía ni la más mínima idea de qué significaba *agnóstico*, pero no podía evitar preguntarme cómo era posible pensar y no ser libre: teníamos los pensamientos en la cabeza y no eran muy distintos de pájaros, que volaban donde querían, ¿cómo era posible entonces que alguien los apresara? ¿Se podía poner rejas a lo que nos zumbaba en la cabeza?

A decir verdad, la madre de mi madre sí que era judía, pero murió siendo yo muy pequeña, y no recuerdo nada de ella salvo su voz ligeramente cantarina. Nadie le daba mucha importancia a eso en la familia y cuando, unos años después, le pregunté a mi madre por qué, me respondió que nosotros «carecíamos de religión» porque nuestra religión era la de la humanidad no sometida a condicionamientos. Debo confesarte que, si con lo de librepensadores había sentido en realidad una especie de ligereza, lo contrario me pasó con esa otra definición, por el carácter privativo del «carecer», que se transformó en una especie de yugo invisible sobre mis espaldas.

Más de una vez me habían invitado a primeras comuniones y confirmaciones de mis compañeras de estudios. En aquellas recepciones no tenía ni idea de lo que pasaba a mi alrededor, pero aun así tenía la impresión de que en medio de aquel rito había alegría, felicidad, mientras que en ese «carecer» que pesaba sobre mi cabeza me mantendría siempre distante de esas dimensiones de la vida.

Te podrás imaginar el precipicio por el que me caí cuando comprendí que para Davide y su familia la única boda posible era por la Iglesia.

Hasta la fecha no me había cuestionado el sentido de todo aquello, aunque una cosa tenía clara: en mi condición de «carente de religión» no podría ponerme nunca el vestido blanco y plantarme ante el altar.

¡No sabes la de meses de insomnio que pasé hasta que se lo confesé a tu padre! Cuanto más avanzaban los preparativos, más me costaba decírselo. Hasta que un domingo lluvioso le pedí que viniera a mi casa.

—Te veo nerviosa —dijo nada más entrar.

Y lo estaba porque, para darme valor en aquella prueba que me había puesto la vida, me había bebido varias copas de whisky.

Fui rápidamente al grano.

—Tengo que decirte una cosa importante.

Tu padre se puso rígido e hizo un gesto seco con las manos.

—No quiero saber nada del pasado.

—No tengo que hablarte del pasado, sino del futuro.

—¿Has cambiado de opinión? —me preguntó entonces con la cara pálida.

Tuve que confesarle entonces el obstáculo abismal: ni estaba bautizada ni era católica.

—Ya no podemos echar marcha atrás —fue lo primero que dijo: estaba aquella lista en la mesa de la cocina de sus padres que crecía con los días, ya estaban invitados hasta los primos terceros; estaba la alegría de una familia y de una comunidad.

Una boda civil —que habría hecho muy felices a mis padres— habría sumido en un estado de confusión a tus otros abuelos, y ese desconcierto podía generar a la larga un rechazo inconsciente por parte de su familia.

En el transcurso de nuestra vida juntos, cuando evocamos aquella época la llamamos la de *Los novios* de Manzoni: nos queríamos como Renzo y Lucia, pero también entre ambos existía un obstáculo que amenazaba con volverse insuperable.

Pero yo era una librepensadora y jamás me plegaría a remedar una conversión que no sentía en absoluto en mi corazón. En realidad, ese habría sido el camino más fácil: buscar a un cura por aquella zona que se aviniera a hacer el paripé y, así, en nada de tiempo estaría bautizada, confirmada y lo que hiciera falta para conseguir los papeles necesarios para llegar con la cabeza alta al altar. Para mí, sin embargo, era imposible.

—Llevo toda la vida huyendo de la hipocresía, ¿me entiendes? —le gritaba a tu padre—. Y ahora, por una convención...

—Lo que para ti es una convención para otros no lo es.

—¿Quieres cambiarme? ¿Quieres que sea distinta de como soy?

—Claro que no. Me he enamorado de una alcachofa, no de una rosa nacida en plena sierra.

Teníamos que encontrar una solución fuera como fuese.

Resultó que tu padre, como sabes, tenía un primo que era monje y

decidió recurrir a él: su primo le habló del tema al obispo de la zona, y a la semana siguiente el alto prelado estaba recibiéndonos.

La víspera ni dormí de lo preocupada que estaba: a las puertas del nuevo milenio me veía yendo en busca de un desconocido para que me diera permiso para vivir con el hombre al que amaba. Pero ¿por qué no me había enamorado de uno de Turín o de Trento?, me repetía.

—No sé muy bien qué decir —le susurré a tu padre mientras subíamos la escalera del obispado.

—Entonces escucha.

El despacho del obispo era una estancia sobria, tanto como el propio religioso. Su secretario le había referido ya el caso. Primero habló con Davide de su trabajo y luego conmigo del mío. ¿Estaba contenta? ¿Era eso realmente lo que quería hacer en la vida? Le respondí transmitiéndole mi insatisfacción con un mundo cada vez más competitivo. Se quedó un tiempo callado, jugueteando con un lápiz.

—La decisión de no formar parte de la Iglesia no fue suya, sino de sus padres, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Se hacía usted preguntas sobre el tema?

—No, en mi familia no se habla de estas cosas.

—Para la Iglesia, el amor conyugal es para lo bueno y para lo malo y dura toda la vida —prosiguió—. ¿Quiere usted a Davide y está dispuesta a asumir esa responsabilidad y vivirla con él?

Dije que sí y así, sin más, obtuve la dispensa del bautismo que necesitaba para poder casarme por la Iglesia.

En el coche, de vuelta de Campobasso, discutí alterada con tu padre: ¿cómo era posible que una persona como yo, que no sabía ni cómo se rezaba, una persona que carecía de todo tipo de afiliación y sello de calidad, pudiera participar en un rito así, como si tal cosa?

Aparte de alterada, estaba también indignada.

Había esperado algo más inquisitivo, más humillante, y sin embargo el obispo solo había querido saber si yo amaba a tu padre y me veía capaz de seguir haciéndolo toda la vida.

También mis padres se sorprendieron mucho de la dispensa; en el fondo, en secreto habían albergado la esperanza de que ese impedimento les evitara a ellos la temida boda en Capracotta.

—¿Cómo es posible? —me preguntó mi madre—. No eres católica.

No le transmití las palabras exactas del obispo cuando yo le había hecho esa misma pregunta: «La Iglesia vive el presente, pero está siempre de cara a la Eternidad. Por eso tiene paciencia».

Luego tuvimos que confesar el «delito» a los padres de Davide, puesto que, al no estar yo bautizada, no podría tomar la comunión en la ceremonia, pero conseguimos tranquilizarlos cuando les aseguramos que se trataba de una boda religiosa en toda regla.

Aquella «mácula» en mi pedigrí dejó perplejos a mis suegros, diría que casi dolidos, pero no hicieron ningún comentario que hubiese podido ofenderme en modo alguno.

Igual que existe una escala para medir los terremotos, existe una escala para medir los acontecimientos vitales estresantes y, en esa escala, justo después del duelo, aparecen las bodas. Y no se puede negar que realmente lo son, pues pierdes parte de ti y no sabes qué nacerá en su lugar.

Durante meses, llena de angustia, proyecté el evento en mi cabeza —un tráiler que se repitió infinidad de veces— hasta el día en que el tráiler se transformó realmente en una verdadera escena de película.

Mayo de 1987.

Mi padre, elegante como él solo, me lleva del brazo por la nave de la iglesia, a mí me tiemblan las piernas descontroladamente, la iglesia está a reventar, el órgano toca la marcha nupcial de Mendelssohn y tu padre, con un traje oscuro, por fin de su talla, me espera en el altar.

Para mí la misa era un rito de una tribu desconocida, pero cuando vi a tu padre irradiar una luz insólita, cuando nos intercambiamos los anillos y nos prometimos amor en lo bueno y en lo malo, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte nos separase, el tapón que reprimía mi emotividad saltó por los aires y rompí a llorar.

La sonrisa no me volvió hasta que tuvimos que defendernos de una abundante lluvia de arroz a las puertas de la iglesia, donde nos esperaba la banda del pueblo.

Después, un cortejo de coches haciendo sonar sus bocinas nos escoltó hasta el restaurante. Poco a poco, la abundancia de libaciones fue deshaciendo incluso la rigidez de mis padres; hacía mucho calor y mi padre incluso se desabrochó un botón de la camisa y se aflojó la corbata antes de cortar la tarta, mientras que mi madre, con la cara

roja, se puso a aplaudir y a repetir: «¡Que se besen! ¡Que se besen!».

Como ves, es verdad que nuestro mundo está formado por muchas tribus distintas, pero también es verdad que todas pertenecen a la familia humana y, ante la vida que continúa, esta comunidad no puede sino alegrarse.

El día que se iban, al despedirse de los consuegros, mis padres pasaron del formal apretón de manos a un caluroso abrazo, con dos besos incluidos: mi madre, que siempre ha cocinado poco y sin ganas, llevaba en la mano unas cuantas recetas de la madre de Davide, mientras que mi padre se iba ya preparado para divagar sobre ovejas y cabras como hablaba de puros con sus amigos del club Rotary.

¿Te habrán divertido o te habrán aburrido estos recuerdos que parecen de hace siglos?

¿Sabes?, muchas veces me he sorprendido reflexionando sobre lo corriente que es saber poco o nada sobre nuestros padres: existen desde antes que nosotros y con eso nos basta; difícilmente tenemos curiosidad o ganas de hacerles preguntas. Solemos ver sus defectos, sobre todo en la adolescencia, sus faltas, sin que se nos pase siquiera por la cabeza la idea de que esos mismos defectos algún día serán los nuestros. No nos planteamos preguntarles quiénes eran realmente antes de traernos al mundo.

En cierto modo, los padres son como un telón pintado de una escenografía, no parecen haber tenido una vida independiente de la nuestra, y cuanto más cerrada es la familia, cuanto más reservada, más impensables se vuelven estas preguntas.

Hasta que me casé no empecé a cuestionarme quién era realmente mi madre o qué clase de hombre era mi padre, pero estaba tan enfrascada en mi vida que no tuve tiempo ni de imaginar las preguntas; también porque en el fondo seguimos siendo un poco niños y la ilusión de que los padres son eternos nos acompaña hasta el día que los enterramos, cuando, consternados ante ese ataúd cerrado para siempre, descubrimos que no podremos preguntarles ya nada.

En fin, el caso es que nos mudamos a un piso nuevo en Parma, el mismo en el que vivíamos cuando tú naciste. Tu padre era un pediatra

cada vez más reconocido y estaba empezando una buena carrera en el hospital; viajaba bastante para asistir a cursos de actualización; si hubiera querido abrir una consulta privada, habría tenido llena la sala de espera, pero todavía no se planteaba esa opción.

Entretanto, yo me había cansado de mi trabajo en la empresa farmacéutica; no me interesaba nada como salida profesional, de modo que, después de hablar con tu padre, decidí dejarlo todo y matricularme en el curso de capacitación para poder ser profesora de Matemáticas o Ciencias en escuelas intermedias o liceos.

Tu padre estuvo de acuerdo con mi decisión: «Donde hay realidad humana, hay siempre riqueza vital. Donde hay competitividad, hay amor por el poder y el dinero». Un apego este último que, según él, no podía traer felicidad de ningún tipo.

Y lo cierto es que, cuando retomé los libros de Biología para estudiar las oposiciones, me volvió la pasión por ese ámbito: la enseñanza no fue una solución para salir del paso, sino más bien la recuperación de una parte importante de mí.

Las relaciones Ferrara-Capracotta se mantenían a una distancia cordial. Por una cuestión geográfica, veíamos más a mis padres que a los suyos, pero la Pascua en Capracotta era obligatoria, así como las dos semanas en el periodo estival.

Mi padre intentaba tratar a Davide con una especie de camaradería masculina y, cuando íbamos de visita a Ferrara, le hablaba sobre todo de política sin darse cuenta de que su yerno no estaba muy interesado en el tema. Mi madre, en cambio, no se esforzaba mucho por parecer cordial; yo veía todavía reflejada en su pupila la imagen del fornido hijo de alguna familia amiga que le habría gustado ver a mi lado en lugar de aquel corpulento molisano.

—¿Estás contenta? —me susurraba a cada tanto.

—Contentísima —le respondía yo, y aquel superlativo la deprimía porque parecía invalidar cualquier otra hipótesis: en el fondo, creía que para ella una separación o un divorcio habría sido motivo de alivio.

Cuatro años después de casarnos, empezamos a «buscar», como suele decirse, pero tú no tenías ninguna gana de que te encontraran, y dudando de que llegaras a venir, tu padre y yo iniciamos los trámites para la adopción de Ali.

Una decisión que mis padres acogieron con cierta frialdad.

—¿A qué viene tanta prisa? —preguntó mi madre.

Mi padre, en cambio, quiso saber la nacionalidad.

—De la India —respondió tu padre, y el abuelo asintió como si se tratase de la calidad de un vino.

—¡Estupenda elección! Un país con una cultura milenaria, y además unas muchachas que son realmente fascinantes.

Pocos años después llegó Alisha, ya con casi cuatro años. Vino sin saber ni una palabra de italiano, pero ya entonces irradiaba una alegría espontánea: para ella no existían ni barreras, ni obstáculos ni retraimientos.

Mis padres fueron los primeros en conocerla.

A tu hermana le contamos que íbamos a ir a ver a los abuelos y ella, en cuanto llegó, y tras vacilar brevemente, se lanzó a sus brazos, recibiendo a cambio una reacción formalmente irreprochable, pero de una humanidad gélida.

—¿Aprenderá a hablar? —preguntó mi madre.

—Ya sabe hablar —le respondió Davide con un punto de intolerancia en la voz.

—Me refiero al italiano.

—Los niños aprenden rápido.

De un tenor muy distinto fue la reacción de los abuelos paternos, al verano siguiente.

Para recibirla como era debido, la familia se reunió al completo y prepararon comida para dar de comer a un regimiento: Alisha no fue tratada como una amenaza desconocida venida de lejos, sino como una criatura a la que había que acoger con entusiasmo. La adoración entre tus abuelos paternos y Ali surgió al instante. El padre de Davide la llevaba a ver las gallinas, al huerto, al establo de las ovejas, y ella se encontró al momento rodeada de una realidad que le era más familiar.

También cuando os hicisteis mayores, os repartisteis a los abuelos, como quien dice. Tú, lo más posible en Ferrara; ella, lo más posible en Capracotta.

Al observar esta diferencia tan evidente entre vosotras, comprendí hasta qué punto la genealogía puede traer consigo el don de la estabilidad: el misterio del nacimiento contiene la imposibilidad de una decisión, y esto vale tanto para los hijos como para los padres. Es

posible que, con el tiempo, se manifieste una incompatibilidad de caracteres, divergencias que son posibles de remediar con paciencia y educación, pero también pueden ser irreconciliables y que crezcan desmesuradamente hasta transformarse en parásitos que erosionan poco a poco cualquier posibilidad de relación: es en este punto cuando es importante mirar atrás, llegar hasta los abuelos, los bisabuelos, remontar el río contracorriente hasta reconocer el origen de ese nudo, porque solo localizándolo podemos aspirar a desatarlo y evitar así que se transmita y genere una infelicidad capaz de destruir a otras generaciones.

Dentro de nosotros, la genética es implacable, y eso nos sitúa ante un rompecabezas inmenso.

Llegadas aquí, podrías objetar que, genéticamente, Alisha no tiene ningún punto de contacto con nosotros, y es verdad, pero en Capracotta Ali reconoció un mundo que le pertenecía como ser humano, una dimensión vital que sigue regulándose por la circularidad del tiempo y de los ritmos que impone esta circularidad: los ritmos de la muerte y del nacimiento y, por tanto, los de la fragilidad y la fuerza que nacen de la conciencia de dicha alternancia.

El mundo del que proviene Alisha está muy marcado por una dimensión trascendente: en este breve espacio de luz, cada criatura ha de encontrar un sentido.

Es posible que antiguamente fuera también así en nuestro mundo, pero hoy la desnudez del ser ha desaparecido y, para cubrir dicha desnudez, se construyó alrededor un castillo de interpretaciones, e interpretaciones de interpretaciones, e incluso interpretaciones de las interpretaciones de las interpretaciones. Pero cuando la muerte llama a tu puerta —y llama inevitablemente a la puerta de todos—, toda interpretación se resquebraja y nos encontramos de golpe ante el precipicio que nos aguarda.

¿Te acuerdas de lo que te dijo Alisha hace años un día que estábamos dando una caminata por la montaña?

—Nosotros somos vasitos de yogur, nacemos ya con la fecha de caducidad en la tapa. Aunque hay un problema...

—¿Cuál?

—Que ninguno puede leer su propia tapa. Da igual lo rico o lo poderoso que seas, nunca sabrás cuándo te va a llegar la caducidad.

Tú tenías unos doce años.

—Pero eso es horrible —comentaste.

¿Te acuerdas de lo que te respondió Ali?

—Es la vida.

Durante la adolescencia, cuando me sorprendía reflexionando sobre esas cuestiones, me veía a menudo presa de un gran desasosiego; fue un día tu abuelo, mi padre, quien me brindó una escapatoria a lo que me parecía un escándalo ineludible.

—Mira —me dijo—, los animales están sometidos a ese ciclo, por así decirlo; en cuanto se debilitan, les llega el fin sin que puedan hacer nada; casi ningún animal, por grande que sea, por salvaje que sea, muere de viejo en su guarida. Pero nosotros, a diferencia de ellos, tenemos la posibilidad de autodeterminarnos: yo no decido nacer, no está en mi poder, pero sí que puedo perfectamente decidir irme.

—¿Y eso?

—Suicidándome. Cuando, por alguna razón, estamos hartos, podemos decir: «¡Basta! Se acabó la partida».

No tuve valor para preguntarle si ese principio también valía para él, es decir, si un día, al volver a casa, me encontraría su cuerpo exánime sobre el suelo o colgando de una viga del techo de nuestra casa de la montaña.

En la familia, por lo demás, teníamos un precedente. He aquí los nudos escondidos de la tela: tiempo atrás, el hermano de mi padre había cogido un revólver y se había pegado un tiro en la sien delante de toda la familia. Yo solo había oído hablar del tema de pasada, no eran cosas que nos gustase recordar, pero me quedó ese runrún: comprender por qué con cuarenta años mi tío decidió acabar la partida.

Aparte de ese runrún, tenía otro.

Yo también podía decir basta un día; tenía unos dieciséis años, y la idea del suicidio asomaba a menudo a mis pensamientos y no se quedaba solo en eso: ¿de qué manera hacerlo?, me preguntaba. El arma de fuego me parecía poco probable, y cortarse las venas estaba de moda, pero la sangre me causaba mucha impresión. ¿Somníferos? ¿Quién iba a vendérmelos? Al final, como vivíamos cerca del Po, me decidí por el ahogamiento, me ataría piedras a las piernas y al cuello y saltaría de un puente; tardarían meses en encontrarme si peinaban

todos los recovecos del delta, o tal vez ni siquiera llegaran a hacerlo, es decir, que mi cuerpo se dispersaría en la inmensidad del Adriático. Pero aunque, por un golpe de suerte, a fuerza de dragar, me encontrasen, no podrían saber ya si se trataba realmente de mí o de cualquier otra desgraciada a la que llevasen tiempo buscando. En esa época poco se sabía del ADN, y para descubrir la identidad de un cadáver se recurría a la mordida de los dientes. A esas lúgubres elucubraciones se sumaba el final que no podía faltar.

El funeral.

En la iglesia, por supuesto que no —«carecíamos de religión»—, directamente en el cementerio, como se ve en las películas norteamericanas. ¿Quién rodearía esa fosa? La respuesta que yo misma me daba era rauda y seca como un escopetazo.

Aparte de mis padres, nadie.

Si hubiera muerto en un accidente de tráfico, habría asistido al menos mi clase, pero, después de meses de búsqueda por la cuenca del río, ante una papilla de restos que quizá no fueran ni míos, ¿quién iba a molestarse en venir a dejar un ramo de flores sobre mi ataúd?

La soledad que experimentaba en esos años podía ser inmensa; sumada a mi sensibilidad y a la frialdad de mis padres, era capaz de producir esos monstruos interiores.

A menudo, desde que entraste en la adolescencia, me he sorprendido observándote y preguntándome si por casualidad también en tu mente y en tu corazón estaba presente esa sombra transmitida por los genes. Aunque puede que me equivoque, siempre me he respondido que no. Entre mi generación y la tuya ha habido una enorme evolución de las relaciones humanas: las grandes soledades, las grandes preguntas que nacían de esas soledades, ya no se dan. La sociabilidad epidérmica que ofrece el mundo hiperconectado de los medios parece capaz de taponar toda herida, de impedir que surjan inquietudes; la realidad no se ha convertido en otra cosa que en un enorme espejo en el que todos se reflejan en busca de la confirmación anhelada: la de que son perfectos.

¡Qué vergonzosa me resulta esa perfección que con tanta ceguera se busca! Me recuerda a las cajas de bombones de antaño; te regalaban una muy grande, creías que habría un montón dentro, por mucho que

el peso ya debía haberte hecho sospechar, pero, nada más abrirla, te dabas cuenta de que en realidad había muy pocos bombones porque estaban separados por una rejilla de plástico. ¿Sabes cuál es el término técnico en italiano para ese chisme de plástico dorado? ¡*Inganno*, «engaño»! O sea, hacer creer que dentro hay algo que en realidad no está.

¿No es así nuestro mundo actual? Te pone por delante la perfección, y tú no tienes más objetivo en la vida que alcanzarla, pero ¿de qué clase de perfección hablamos? De la que procura la homogenización, aquella por la que cada cosa tiene un precio que debes estar dispuesta a pagar, cueste lo que cueste, porque tu identidad, tu éxito, vienen refrendados por ese precio. Al final no eres más que un precio estampado en la frente.

Con frecuencia me pregunto si conservas recuerdos de tu abuelo. Se alegró mucho de tu nacimiento, te veía como la verdadera heredera y, al menos una vez al mes, íbamos a Ferrara de visita. Contigo siempre tuvo muchos detalles que conmigo no había tenido; el gran abogado se transformó en un abuelo que pasaba el tiempo moviendo las manitas como si fueran pajaritos por encima de tu cuna con la esperanza de que le regalases una sonrisa.

No sabría decir a qué edad empecé a tener memoria de mí misma, ni tampoco si lo que recuerdo se corresponde con la verdad o no, porque los acontecimientos se estratifican de continuo en nuestra mente y, en ese surgir de estratos, pueden insinuarse falsificaciones.

El abuelo murió cuando tú tenías cinco años, ibas todavía a preescolar. Antes de eso, en agosto de ese año tu padre tuvo que ir a un congreso a Estados Unidos y las tres chicas aprovechamos para pasar un par de semanas en la casa de la montaña.

Un día os eché una foto: estábamos sentados en la terraza de una pastelería, tú en el regazo del abuelo con una imponente copa de helado ante ti en la mesa; tenías en la mano una cucharilla llena hasta arriba y, con esa peligrosa carga suspendida en el aire, mirabas con gesto inquisitivo a mi padre, que te sonreía para animarte, invitándote a comértelo; había orgullo en su mirada, y no era el orgullo del abogado que gana todas las causas, sino el del anciano que contempla encantado su descendencia.

Muchas veces, al hojear el álbum de fotos —el último que hicimos juntas, ¿te acuerdas?, antes de que toda nuestra memoria visual la devorase la bulimia de los teléfonos—, me he sorprendido preguntándome si, en algún recoveco de su mente, seguía defendiendo la idea del suicidio, y cada vez me respondo que no: no había ya rastro en sus ojos de esa luz siniestra; las teorías con las que me había inquietado en la adolescencia no turbarían la tuya. Cada vez que posaba la mirada en ti, veía reflejada como en un espejo la imagen de ti en medio del juzgado con una toga puesta.

El abuelo se nos fue en septiembre de ese mismo año. Tenía ochenta años y disfrutaba, o al menos eso parecía, de una salud envidiable; tenía pasión por los puros, pero no tanta como para pensar que eso habría acelerado su llegada al más allá.

Sin embargo, eso fue lo que pasó.

Una mañana salió con su maletín de cuero, como llevaba haciendo cincuenta años, sin saber que no volvería a franquear ese portal en el sentido contrario; hasta las seis y media de la tarde también para la abuela parecía un día como otro cualquiera, pero entonces recibió la llamada del hospital: una voz desconocida le preguntó si era la mujer del señor Brunori; cuando ella respondió afirmativamente, le comunicaron que su marido había muerto a las dieciséis horas y treinta y siete minutos.

Un infarto fulminante.

Hay muertes para las que una larga enfermedad nos prepara con tiempo: el dolor se diluye durante meses, años y, al final, la señora de la guadaña aparece casi con la cara de un ángel redentor. Y luego están las muertes imprevistas —infartos, accidentes, ictus—, y ante estos sucesos la reacción suele ser de afonía, de incapacidad de pronunciar frase alguna: esa persona, con la que has compartido cosas bellas e importantes de la vida —cuando no la vida misma—, desaparece de golpe; ya no puedes tocarla, no puedes oír su voz por teléfono, no recuerdas siquiera lo último que os dijisteis porque no sabías que no os diríais más; o bien lo recuerdas y ese recuerdo se transforma en un tormento porque fueron palabras distraídas o quizá hostiles, y solo deseas poder volver atrás en el tiempo y modificarlo todo.

Mi madre me lo comunicó por teléfono una hora después.

Su voz parecía provenir de otro planeta: no estaba alterada, no lloraba, no manifestaba estupefacción ni pedía consuelo; tenía el tono agradable de las voces sintetizadas.

—¿Cómo, cuándo, dónde, por qué? —le pregunté.

—Infarto durante una relación sexual —respondió—. En casa de la hija de Lucrezia. —Hablaba de una de las mejores y más antiguas amigas de mi madre.

Livia, su hija de veinticinco años, llevaba unos meses yendo al despacho de mi padre para hacer allí las prácticas de pasantía; prácticas que a todas luces se extendieron a otros ámbitos de la vida.

Desde ese día mi madre se transformó en una estatua de hielo. No fue el dolor lo que la redujo a eso, sino la incurable herida del amor traicionado: habían sido, a los ojos de todos, la pareja más feliz y perfecta del mundo durante más de cincuenta años y, de pronto, la vida había descubierto el pastel y había mostrado que lo que había dentro no tenía nada de apetecible y escondía en consecuencia la tan trillada y banal obviedad de las parejas que envejecen juntas: ante la primera cana de la mujer, el marido se busca una amante mucho más joven para divertirse con ella. El que la amante en cuestión fuese la hija de su mejor amiga, una chica a la que había visto crecer, agravó con mucho el peso de la traición.

No hubo, claro está, ninguna ceremonia de despedida.

Incineraron el cuerpo del abuelo y, con esas, la abuela se fue a Porto Garibaldi con la urna, se subió a un ferry y, desde la barandilla y sin testigos, lanzó las cenizas al mar.

Creo que, en el fondo, esa decisión, más que un deseo expreso de mi padre, fue motivada por la furia iconoclasta de mi madre. Furia que más tarde volcó en la casa en la que habían vivido ambos (y yo también en su momento): cajas de puros, fotos, placas de premios, los palos de su querido golf..., toda señal de la existencia del abuelo fue minuciosamente borrada.

Tu padre y yo debatimos largo y tendido sobre qué contarte de su desaparición. De forma indirecta, Ali, que era mayor, comprendió que el abuelo ya no estaba, pero tú estabas todavía en esa edad en vilo en que la relación con la concreción de las cosas aún no está del todo

clara; al final decidimos decirte simplemente que no verías más al abuelo porque se había ido al cielo.

Tú te quedaste como en pausa y tamborileando el labio con los dedos, como haces cuando estás rumiando algo, y luego nos preguntaste:

—Pero ¿cómo? ¿En un cohete?

—No —te respondió papá—, su alma ha volado hacia las nubes, libre como un pajarillo.

—¿Y el puro?

—El puro se lo ha dejado aquí.

—Pero ¿qué es el alma?

—Es la parte de nosotros que no se ve.

—Pero si no la vemos, ¿cómo podemos saber que existe?

—Nos lo dice el corazón.

Estuvimos un tiempo evitando llevarte a Ferrara para ahorrarte el ambiente de sombría desesperación que flotaba en esa casa; tu abuela se negaba a venir a nuestra casa en Parma; la llamaba casi a diario, pero al final nuestras conversaciones no distaban mucho de interrogatorios: «sí», «no», «no lo sé», respondía con monosílabos.

Quizá, a lo largo de la vida, se originan infiernos a los que uno se ve obligado a bajar solo, como si en el ascensor que te llevara no cupieran más personas: ¿quién va a entender el dolor de una madre que ve apagarse a su hijo bajo el asedio de una horrenda enfermedad? Una mujer que no descubre hasta el final que solo ha sido una de tantas, cuando se ha pasado la vida creyendo tener en la cabeza la corona de reina, ¿con quién va a compartir el tormento de una existencia que ha resultado ser una ficción?

He de confesarte que en esa época me tenía realmente preocupada, e incluso temía que llevara a la práctica los programas filosóficos de su marido, pero tu padre me tranquilizó:

—Si acaso, hará lo contrario.

Y eso fue lo que pasó.

Para la Pascua del siguiente año, consiguió salir del infierno por sus propios medios. Una tarde me llamó y de repente su voz volvía a ser la de una persona viva. Quería contarme que había decidido reformar la cocina y pintar las paredes con colores más alegres y que por eso iba a estar una temporada en la casa de la montaña: ¿nos gustaría pasar la Pascua allí arriba con ella? Claro que sí, le respondí, y en

cuanto terminaron las clases, allá que nos fuimos.

Cuando llegamos, la casa estaba cubierta de adornos de Pascua, con pollitos y conejitos asomando por doquier. La tarde siguiente a nuestra llegada la pasasteis en la cocina cociendo los huevos y pintándolos; cuando me asomé a aquella creativa fragua —todo un revuelo de ollas, colores, calcomanías, olor a vinagre—, me sorprendí preguntándome quién era aquella mujer: no me parecía conocerla ni haberla visto nunca; después entendí que ya no era aquella madre a regañadientes que yo tuve, sino que era, entregada al cien por cien, vuestra abuela.

Me vino entonces a la cabeza otra imagen, la de las matrioskas, las muñequitas rusas de madera, ¿sabes las que te digo?, esas que se meten una dentro de la otra. Cada uno, me dije, llevamos escondidas a otras personas que están esperando a salir, a ser despertadas; a veces no llegan a salir, se quedan presas para siempre en el interior: hasta que las roba alguien, se caen o pasa algún imprevisto, no cede la del exterior su puesto a la que tiene encerrada dentro; bajar al infierno y regresar con tus propias piernas es quizá uno de los modos más dolorosos de liberar esa energía que, de lo contrario, quedaría prisionera para siempre.

Hay muchas formas de reaccionar ante una viudedad inesperada; hay mujeres que se enfundan el traje de la inconsolable y hacen de ese sayo su identidad; otras, en cambio, tras un comprensible periodo de desconcierto, protagonizan una transformación muy parecida a la de un animal que se despierta del letargo. La temperatura del cuerpo les va subiendo lentamente, la sangre les fluye con más vigor por órganos y extremidades, como si señalaran que la época del sueño ha acabado y ha llegado la hora de salir de la madriguera: los primeros movimientos son lentos, entumecidos, el recorrido para llegar a la salida parece larguísimo, hasta que de pronto el metabolismo da un volantazo y se encuentran de nuevo bajo cielo abierto.

Aquellos días de Pascua de ese año fueron justo eso para tu abuela, una salida lenta y progresiva.

¿Hacia dónde?

Me lo he preguntado a menudo mientras la observaba en ese estado nuevo para ella, viendo cómo te cuidaba; se me antojaba una desconocida. A ti te parecía normal que se comportase así, pero yo experimentaba cierto extrañamiento: contigo siempre fue atenta y

desarrolló una inesperada complicidad; como madre, en cambio, se había limitado a aceptar su papel y poco más, me había traído al mundo y había intentado criarme para que rellenase algún día la casilla social que tenía destinada y siguiera una trayectoria ya trazada: escuela intermedia y bachillerato en Poggio Imperiale; estudiaría en la universidad, sí, pero lo más importante era que me casara bien.

Yo, sin embargo, fui una locomotora enloquecida que había descarrilado cuando escogió una vida que a ella le parecía banal; podría haber tenido privilegios si hubiese obedecido al plan preestablecido, como si, en una pista de atletismo, un juez compinchado hubiera adelantado los tacos de salida: yo había preferido empezar a la misma altura que los demás, por mucho que supiera que mis piernas no eran ni lo suficientemente largas ni fuertes para conferirme la victoria.

Ese descarrilamiento hizo que corriera desde entonces un tupido velo de distancia conmigo: estaba decepcionada, pero sobre todo creía haber decepcionado a su marido, mi padre. El mito del éxito social que había sido la piedra de toque de su educación se había quebrado y ella se sentía culpable de ese fracaso.

¿Me sentí celosa de las atenciones que te prodigaba? En cierto modo podría haber sido así porque no las recibí de niña; pero al asistir a ese cambio inesperado, en realidad solo podía experimentar una sensación de alivio: las confidencias que te hacía —y que tú me relatabas en tus escasos momentos de buen humor— abrieron una hendidura imprevista en lo que debió de ser su infancia y de la que yo ignoraba casi todo.

Ella te hablaba de las constricciones, de las obligaciones sociales, de los años pasados en las amplias estancias pintadas de frescos de Poggio Imperiale, donde a veces se sentía oprimida por tanto esplendor y tanta belleza; te hacía reír cuando recordaba lo mal que llevaba que la obligaran a ir a óperas líricas, que le parecían ladridos incomprensibles, e incluso te hablaba de la añoranza por una época en que la verdadera riqueza era una realidad familiar sólida. Te relató cómo, con el paso de los años, y sobre todo después de una rencilla familiar tras otra, sus excelsos miembros fueron rebajándose poco a poco de latifundistas muy ricos a meros acomodados; aristócratas todavía, sí, pero ya sin los medios ilimitados de otros tiempos, una circunstancia que a ella la hacía sentir como si llevara puesto un

vestido demasiado estrecho.

Mi madre también fue hija única, condición esta que sin duda la protegió de los inevitables celos y competiciones fraternos, pero que, por otra parte, debió de condenarla a una soledad sideral. ¿Podría haber escogido el camino de la rebelión como yo? Lo dudo mucho: en su juventud, durante la posguerra más inmediata, habría sido una empresa superior a sus fuerzas.

Su rebelión fue hacer de vuestra abuela.

Y no solo eso: pese a su manifiesta antipatía por la ópera, a sus casi setenta años se apuntó a un coro y se dedicó a ir a los ensayos y a veces incluso a dar conciertos benéficos con el grupo en otras ciudades. Se compró hasta una bicicleta nueva, ¿te acuerdas?, cuando os regaló también una a cada una. Las cogíais y os dabais paseos por las murallas o, en días soleados, llegabais hasta la playa; cuando, en cambio, la niebla envolvía la ciudad, os sentabais en el salón ante los cuadros de los antepasados y os pasabais las horas escuchando las emocionantes aventuras que os contaba. Os hacía soñar con historias llenas de carrozas y caballos, de osados jóvenes aristocráticos que conspiraban y combatían, arriesgando la vida, por alumbrar una Italia unida.

Para Ali todas esas intrigas no distaban mucho de una fábula con príncipes y princesas, mientras que para ti esos relatos nostálgicos suscitaban el secreto orgullo de pertenecer a una estirpe importante.

Una vez, cuando tenías ocho años, de vuelta de casa de la abuela, me pillaste con el pie cambiado cuando me preguntaste:

—Pero ¿algún día esos cuadros serán nuestros?

Comprendí entonces lo irresistible que era para ti la memoria de los orígenes. Me vi así con dos personas opuestas en casa: una con el vacío total a sus espaldas, y por tanto totalmente proyectada hacia el futuro, y otra anclada en un pasado que alimentaba en ella un sentido de la superioridad nostálgico y falaz.

He de confesarte que a veces me enfadaba con la abuela. No quería que te llenara la cabeza con todos aquellos enredos familiares; me parecía como si estuviera presionándote para cambiar la percepción que tenías de ti misma. Por la noche, en la cama, le confesaba mis temores a tu padre: veía el carácter tan fuerte que tenías y temía que esa fuerza pudiera llegar a pervertirse.

Así y todo, debo añadir también que, si bien no sentí celos de que

mi madre te quisiera como no me había querido a mí, sí que los tuve en sentido contrario: en pocos años la relación que tenías con ella se convirtió en la más fundamental para ti; hablabas solo de ella, pensabas solo en ella, creías solo lo que ella te contaba; yo me convertí en una especie de juez de línea en la banda del terreno de juego.

En realidad, más que celos puros y duros, era una sensación de incompetencia. ¿Estaba equivocándome en algo? Y, en tal caso, ¿en qué? Pero tu padre me tranquilizaba: es normal, me decía, que haya fases a lo largo de la vida. De pequeños los nietos escogen a los abuelos más afines y viceversa; los padres tienen la carga de imponer las normas, pero cuando eres abuelo te olvidas de las normas y te vuelves un poco niño; por eso, me decía, lo suyo es dejar vivir esas relaciones sin ponerles límites, porque además los abuelos no estarán siempre. Y así fue como me acostumbré a tener una hija de Ferrara y otra de Molise.

En el verano de sus doce años, Ali aprendió a hacer pan con sus abuelos, estaba muy orgullosa, y, cuando volvió a casa, preparaba la masa todos los sábados y los domingos por la mañana horneaba el pan para toda la familia.

Tú, en cambio, a esa edad te enfrascabas en los libros de heráldica que cogías de la biblioteca de los abuelos, te sabías todos los árboles genealógicos, todos los símbolos, repetías de memoria las distintas jerarquías de la nobleza. Te fastidiaba mucho no poder exhibir ningún título porque tu abuela, aunque nacida condesa, al casarse con el abuelo, que no era noble, había tenido que renunciar a él; te habría gustado ser la condesa Ginevra, aunque te habrías contentado también con ser baronesa o siquiera una dama noble. Quién sabe si la corona de cartón que te ponía Ali en la cabeza cuando erais pequeñas no contribuyó en buena medida a alimentar tu fijación.

A mí me habría gustado ser más intervencionista, pero tu padre siempre me paraba los pies: las cosas poco importantes, me decía, es mejor dejarlas correr porque, si te agarras demasiado a ellas, acaban por arraigar y volverse importantes, y luego tienes que pasarte la vida entera intentando podarlas.

La aristocrática complicidad entre mi madre y tú te acompañó hasta que la abuela nos dejó, pero el periodo más intenso de vuestro vínculo fue justo cuando empezabas la primaria, porque es a esa edad cuando los niños tienen necesidad de alimentar su propio imaginario, y ahí la abuela desempeñó ese papel dominante, con sus sagas familiares y con las lecturas de clásicos infantiles conservados en la biblioteca de la casa desde que ella era niña.

Cuando estabas en pleno curso de primero de la escuela intermedia, me di cuenta de que tu mirada empezaba ya a cambiar; de hecho, con el paso de las generaciones, los tiempos de madurez se han acortado: lo que antiguamente sucedía en cuerpo y mente a los catorce años puede ahora ocurrir a los once. Es el momento en que la relación con la realidad se vuelve determinante, el interés por el mundo exterior se hace prioritario y así, lentamente, se empieza a forjar una parte de nosotros mismos que hasta entonces nos era desconocida.

Tenías casi nueve años cuando la abuela se enteró de un hecho muy desagradable que arrojaría una sombra imborrable sobre lo que le quedaba de vida.

Había que reformar el tejado de la casa de la montaña y decidió ir al banco para sacar una cifra importante para pagar la obra. El abuelo siempre se había encargado de las finanzas del hogar, permitiendo así que la abuela viviera con la bendita convicción de que nunca tendrían problemas financieros, pero, después de aquella mañana, ante los gráficos, las cifras y los extractos de cuentas que le enseñó el director del banco, tuvo que cambiar de opinión muy a su pesar. Lo cierto era que en los últimos años de su vida el abuelo se había metido en especulaciones financieras arriesgadas que no habían llegado a buen puerto y que habían drenado gran parte de los ahorros del matrimonio. La abuela no era consciente porque, tras la muerte de su marido, el nuevo director le había propuesto invertir lo que había quedado, que no era poco, en acciones supuestamente muy convenientes, pensadas para remplazar las pérdidas sufridas, y ella se había fiado de aquel hombre. Confianza no correspondida porque en muy poco tiempo ese dinero se volatilizó y la dejó con unos pocos miles de euros en la cuenta.

Todavía me acuerdo del día que la abuela se presentó en Parma con la noticia: al abrir la puerta me pareció estar ante un espectro. Esa noche se quedó a dormir en casa, cosa que hacía muy de vez en cuando, y, cuando vosotras os fuisteis a dormir, nos pasamos toda la noche repasando las cuentas y constatando las pérdidas; al final, sin embargo, Davide intentó tranquilizarla recordándole que, con el modo de vida austero que llevaba, la generosa pensión de viudedad del abuelo seguro que le bastaría.

Nos estuvo escuchando un rato en silencio y luego se echó a llorar, lo que nos pilló por sorpresa a tu padre y a mí; hasta ese día, al ver su débil cuerpo sacudido por los llantos, no fui consciente de lo mucho que había envejecido mi madre.

A ti también algún día te pasará esto que te cuento tan extraño: que, aunque para ti pasen los años, no se te ocurre que tus padres también los cumplen; tú siempre eres hija y ellos siempre las personas que te han traído al mundo. Creo que podría decirse que uno entra en la edad adulta precisamente cuando se da cuenta de que los años pasan también para sus padres.

La persona que estaba allí llorando delante de nosotros en el sofá de casa era mi madre, era vuestra abuela, pero era ante todo una mujer frágil a la que debíamos proteger.

—No voy a poder dejaros nada, nada… —no paraba de repetir entre sollozo y sollozo.

—Eso no tiene ninguna importancia, nunca hemos pensado en eso —la consoló tu padre, que se sentó entonces a su lado—. En casa trabajamos los dos y, además, las niñas seguro que se labrarán su propio camino.

En la premura y la superficialidad de los días, podemos tener la ilusión de que hay una cierta estabilidad en el mundo: el sol sale, el sol se pone y su luz marca el ritmo de la vida. Pero, en realidad, bajo la luz se oculta la sombra y, bajo la sombra, anidan las tinieblas. Solo en el breve instante en que nuestro astro rey se encuentra en su cénit aparece la sombra alrededor de nuestros cuerpos: la luz lo domina todo por un instante, pero es un instante, solo eso; en cuanto pasa, la oscuridad vuelve a crecer hasta arrastrarnos a la noche.

También nuestra vida está sujeta a esa ley: hay una sombra en

nuestro corazón, en nuestros pensamientos, y cuanto más convencidos estamos de que no existe, y de que nuestra mente está en posición de dominar algo, más silenciosamente trabaja esta sombra y se propaga.

Cuando un rayo cae en un árbol solitario, puede matarlo de golpe o herirlo solo de refilón: en primavera volverán a despuntarle las hojas en las ramas y seguirán haciéndolo a la siguiente y a la otra; entretanto, sin embargo, dentro del tronco, la sombra se insinúa a través de esa herida y, con devota diligencia, se pone a trabajar: hongos, bacterias, coleópteros xilófagos. El pequeño desgarrón en la corteza ha abierto la puerta a una marcha triunfal: la que permitirá a la muerte avanzar y convertirse en la dueña de un organismo.

¿Cuándo empezó esa marcha en el cuerpo de la abuela? ¿Cuando murió el abuelo y descubrió aquella mentira que destruyó su vida? ¿O antes de eso, cuando no tuvo más elección que someterse y aceptar el camino que habían trazado para ella?

¿Cuándo empezamos a morir por dentro?

¿Y cuándo conseguimos darnos cuenta?

Mientras todo a nuestro alrededor es coherente, todas las cosas se tienen en pie, pero ¿y si nos roza un rayo? El matrimonio de mis padres parecía impecable a los ojos de todos, pero ¿era realmente así? Nunca los vi levantarse la voz, nunca discutir o llevarse la contraria.

«¡Qué suerte tienes de tener unos padres que se llevan bien!», comentaban mis compañeras de clase en el colegio, las raras veces que las invitaba a casa.

Pero ¿era realmente amor?

¿O era un pacto de cooperación pensado para sobrevivir, no muy distinto del que, en la naturaleza, activan a su paso los organismos simbióticos?

Bien pensado, la organización de los seres vivos imprime huellas secretas también en las relaciones entre las personas. No son pocas, de hecho, las relaciones en las que, en lugar de la cooperación, prevalece el atropello: la persona más fuerte coge el cetro de mando y, gracias a él, domina la convivencia sin cuestionarse siquiera si ese dominio es lícito, sin pensar jamás en que el desequilibrio de poder lleva consigo el principio de la destrucción.

Donde hay un parásito hay también un anfitrión que tarde o temprano sucumbirá, a pesar de que el que lo ha condenado a muerte no lo sigue a la tumba.

¿Te parece cruel esta visión?

¿Poco romántica?

Es posible, pero muy a menudo, al sobrestimar nuestra racionalidad, nos olvidamos de que tenemos miles de años de evolución a nuestras espaldas y de que esa larga historia nos condiciona mucho más de lo que estamos dispuestos a admitir; así es como, en vez de refugiarnos en romanticismos reconfortantes y falaces, deberíamos más bien tener el valor de cuestionarnos: ¿qué distingue el amor entre dos seres humanos del amor entre dos polillas o dos ardillas?

Ya sé que la biología, por esa sana oposición que ejerce todo hijo ante el trabajo de sus padres, no es algo que te interese, pero mi formación científica me lleva a observar antes que cualquier otra cosa las reacciones enzimáticas, los niveles de homeostasis: en la complejidad de los seres humanos, esos equilibrios están ligados a otros equilibrios. Así, si bien la abuela consiguió resurgir gracias a vosotros tras la muerte del abuelo, el día en que se dio cuenta de que había perdido su seguridad económica algo en ella se derrumbó.

Fue tu padre, tres meses después, quien se percató de que la abuela ya no era la misma; fue él quien la llevó al hospital, la que le hizo las pruebas que necesitaba y le comunicó entonces, con delicadeza, el diagnóstico adverso. La abuela recibió la noticia con una sonrisa melancólica, como si no fuera más que la confirmación de algo que ya sabía; no se rebeló, no lloró, no preguntó: «¿Cuánto me queda?». En realidad era muy poco lo que le quedaba, de ahí que la única terapia que empezó fue la paliativa.

Nuestro gran problema fue cómo decírtelo a ti, dado el vínculo tan fuerte que os unía, pero no hubo necesidad; mientras preparaba la habitación de invitados para ella, tú apareciste en la puerta.

—La abuela está mal, ¿verdad?

—Sí —te respondí sin dejar de arreglar las sábanas.

¿Cuánto duró esa agonía? Poco más de tres semanas. La abuela se pasaba casi todo el día durmiendo y, cuando no dormía, dormitaba; Ali no se movía de su lado y la cuidaba con gran devoción, hasta el punto de que pensé que quizá la enfermería podría ser un buen camino para ella.

Tú, en cambio, como la habitación de la abuela estaba pegada al

salón, te instalaste en el sofá y te pasabas los días viendo la tele, como si lo que sucedía a unos pocos metros no fuera contigo. Tu hermana iba a llamarte de vez en cuando: «La abuela quiere verte», y entonces te unías a ella a la cabecera de la cama. «Deja que te vea», murmuraba con un hilo de voz la abuela, y tú te quedabas inmóvil como una estatua de yeso. Si alguien te hubiera observado desde fuera, le habrías parecido distante, fría; pero ¿qué era esa distancia sino el temor a que te arrollase un nivel de emoción inmanejable?

Un día la abuela le pidió a tu padre que se acercara y le acarició la cara. «Molisano improbable», le susurró. Lo había llamado así toda la vida, pero en esos momentos su voz estaba llena de gratitud y dulzura.

Yo también pasaba mucho tiempo con ella, aunque conmigo no hablaba. Se me antojaba tan pequeña, tan indefensa, cada vez me parecía más un recién nacido, y un día hice algo que no había hecho en la vida: la besé, pero no en la mejilla como hacía por formalidad diaria, sino en la frente, en el lugar —me di cuenta luego— donde se oculta el tercer ojo. Aunque tu abuela tenía los párpados cerrados, al sentir el beso se le iluminó la cara con una sonrisa maravillosa: la misma que aclara el rostro de los recién nacidos cuando empiezan a percibir las formas del mundo.

Aquella sonrisa inusitada se me ha quedado grabada como una pequeña luz inextinguible y, cada vez que la veo titilar, me pregunto: ¿cuántas veces tenemos que nacer para convertirnos del todo en humanos?

Cuatro días después, tu padre me comunicó que lo más sensato era no abandonar su lecho porque en cualquier momento sucedería lo inevitable.

Y así fue.

A los dos días tu abuela, mi madre, se apagó.

Eran las seis de la mañana y tenía su mano entre las mías; percibí un temblor mínimo y, en cuanto remitió, comprendí que ya no estaba. Tu padre estaba a mi lado y rompí a llorar entre sus brazos.

Vosotras os despertasteis a las siete para ir al colegio.

—Vuestra abuela se ha ido al cielo —os comunicó papá.

Tú no reaccionaste. Te fuiste sin mediar palabra mientras Ali se quedaba llorando. Hasta por la noche, en la cena, no te echaste a llorar con un llanto casi rabioso.

—Yo no sé dónde estará ahora —balbuceaste entre lágrimas—, lo

único que sé es que ya no está aquí conmigo.

Como no había dejado disposiciones al respecto, a ninguno se nos ocurrió que se uniera a su marido en el cieno del Po. Su madre, mi abuela, era judía, pero pertenecía a esa escasa rama de los judíos que, al casarse, se habían convertido al cristianismo y, por tanto, tu abuela, a pesar de la distancia que mantuvo en vida con cualquier credo, sí que estaba bautizada.

El funeral se celebró en la parroquia de nuestro barrio de Ferrara. El cura habló distraídamente, incluso se equivocó de nombre dos veces; las bancas estaban casi vacías, solo asistieron unas cuantas amigas y algún antiguo empleado del hogar. Tú seguías presa de la rigidez en la iglesia; hasta que llegamos al cementerio y enterramos el ataúd en la cripta familiar, no te deshiciste en un llanto liberador al tiempo que acariciabas la gélida piedra.

En los meses que siguieron, nos pediste a menudo que te lleváramos al cementerio. Una vez allí, preferías que te dejáramos a solas para poder hablar libremente con tu querida abuela.

¿No es quizá la sepultura de los muertos el primer indicio que permite trazar una línea de demarcación intransitable entre los humanos y el resto de los seres vivos? Sentimos una fuerte exigencia de la memoria por dentro y, sobre esa memoria —igual que sobre el uso de las palabras que nos permiten transmitirla—, se proyecta la sombra del misterio.

Con el paso de los años, el deseo de ir al cementerio fue debilitándose, cuando llegaste a la adolescencia y tu mirada se proyectó solo hacia el exterior, en lo que era tu periodo de «rodaje» por una edad distinta.

Cuando estabas en cuarto de secundaria, vendimos la casa de Ferrara. Temí decírtelo y me quedé sorprendida cuando aceptaste de buen grado.

—Allí ya no hay más que fantasmas.

Solo pediste quedarte con el retrato de un antepasado al que le habías cogido especial cariño y unos cuantos objetos de la abuela, entre ellos, los clásicos infantiles sobre los que tantas lágrimas derramaste. Colgaste el cuadro en tu habitación de adolescente: un óleo grande rodeado de pósteres medio descolgados. Aquel retrato te

hacía sentirte en contacto con tus raíces: cuando lo mirabas, reencontrabas la seguridad de tus pasos.

Por eso no nos sorprendimos mucho cuando, como regalo por tus dieciocho años, nos pediste un retrato al óleo de ti misma. Fue la abuela la que te lo prometió cuando eras más pequeña, y ahora que ella ya no estaba querías cumplir su deseo. Tu padre y yo discutimos largo y tendido sobre si era conveniente o no. ¿Estaríamos incentivando el narcisismo? ¿Cierto esnobismo? ¿O era la manera de continuar una historia que para ti era importante? Al final cumplimos tu deseo: en el mundo de la impermanencia continua que brinda la tecnología nos pareció bonito que ambicionases algo pensado para durar.

—¿Qué te gustaría que te quedara de nosotros? —te preguntamos ese mismo día.

Pusiste cara rara, como diciendo: nunca me había planteado que pudierais desaparecer; luego, tras un breve silencio, te vino la iluminación.

—¿Por qué no nos hacemos un bonito retrato de familia en un estudio? —nos propusiste.

Dicho y hecho: pedimos cita a un fotógrafo profesional y todos nos pusimos guapos para la ocasión; Alisha se buscó un sari de muchos colores, yo fui a la peluquería, tu padre se puso una corbata muy elegante y el pequeño Elia se vistió con su primer traje de hombrecito. Nos hicimos distintas fotos, con fondos variados. Entre hacerlas en color o en blanco y negro, preferiste lo segundo. «Es más real», afirmaste, y no sé si te referías al efecto *vintage* o al hecho de que así las luces y las sombras mostraban con más claridad la verdad de los rostros; en algunas sonreíamos, en otras reíamos incluso y en otras aparecemos con unas expresiones terriblemente serias.

«Son todas vuestras —os dijimos cuando fuimos a recogerlas—. Ya vosotras, cuando os independicéis, veréis cuáles queréis enmarcar y cuáles guardar en vuestras propias casas.»

Entretanto, pusimos en el salón esa en la que salíamos riendo todos alegremente, como un antídoto ante los inevitables momentos de angustia, los días de mala uva, las rencillas y los tropiezos que caracterizan incluso a la comunidad humana más pequeña y equilibrada.

En el fondo, si estoy pasando estas vacaciones de paz casera escribiendo cartas es para que esa foto no quede simplemente como un objeto que vaya perdiendo sentido con el tiempo.

Le escribí primero a Ali porque fue mi primera hija y no puedo imaginarme nuestra vida sin ella. Con su sosiego nato, con su modo sereno de aceptar lo que acontece fue, junto a tu padre, la panacea para las neurosis, las inseguridades, la falta de amor que había caracterizado a mi familia de origen.

A diferencia de ella, tú te fuiste formando lenta y misteriosamente en mi cuerpo y luego, de golpe, pequeña, desvalida y con la cara encarnada, estabas entre mis brazos; pesabas poco más de tres kilos, pero en cuanto te cogí comprendí que tu peso real era mucho mayor. ¿Sería yo capaz de acarrearlo? Deposité muchas esperanzas en el patrimonio genético de tu padre, con la ilusión de que prevaleciera esa parte, la que Ali hizo suya rápidamente y que tú en el fondo siempre has vivido como una amenaza; con todo, sé que esa parte vive en ti y tiene fuerza, solo que, por un lado, todavía te es desconocida y, por otro, la temes porque, si la aceptas, podrías verte expuesta a una fragilidad que te privaría de defensa.

Las características que muestras ahora —la frivolidad, el esnobismo social, el sentirte distinta y superior— no son más que la coraza defensiva de la tonelada de peso que heredaste, alentada además por la realidad que te rodea: el mantra de estos tiempos es que hay que ser perfecto, que hay que ser mejor, que debes carecer de defectos socialmente reconocibles; si luego resulta que eres un monstruo, si todos los días, cuando te miras en el espejo, te das cuenta de que, bajo ese rostro homologado, se esconden la acritud, el miedo, el desprecio por uno mismo, ¿cómo vas a construir tu vida con conocimiento de causa?

Toda perfección que proviene del interior incuba por debajo el gen de la destrucción.

En octubre de este año nos anunciaste que ya habías decidido qué estudiar: harías Derecho para seguir los pasos del abuelo y todos nos alegramos: ya solo tener claro el camino que se quiere perseguir es un gran don.

El don de la vocación.

Yo a tu edad seguía sin tenerlo nada claro, mientras que tu padre ya a los trece años estaba seguro de que sería médico y, para lograr su objetivo, superó todo tipo de obstáculos.

Tú siempre has destacado en los estudios y estoy segura de que la universidad será un paseo para ti, al igual que espero que, en esa apremiante llamada, anide el espíritu de tu padre y no el de tu abuelo, porque lo que hace a una persona digna no es el dinero que gana, sino la honestidad con la que trabaja.

¿Te acuerdas de cuando, en la época en que te obsesionaste con la heráldica, descubriste que es posible hacerse un escudo aunque no seas de familia noble? Estabas radiante: cuando comíamos nos dabas la brasa con la lista de símbolos con los que te gustaría componer el tuyo.

—Pon un estetoscopio —sugirió tu padre—, así se entenderá que desciendes de un médico.

—Y una bicicleta —añadí yo—, para que se vea que eres de Ferrara.

Ali, por su parte, afirmaba que deberías incluir la corona que te ponía en la cabeza cuando eras pequeña.

Pero tú deseabas algo más altivo e insólito y te pasabas las horas en tu cuarto dibujando el escudo heráldico. Después se te borró de la cabeza esa fijación infantil: la compañía, el estudio, los amigos se volvieron prioritarios para ti.

Pero has de saber que ahora, cuando echo la vista atrás, me parece que la idea de crear un escudo propio no es una idea tan extravagante. El futuro, lo que está ante nosotros, es la realidad más misteriosa e inquietante que debemos afrontar. Los animales, con su inteligencia y su sensibilidad, viven en la plenitud del instante, para ellos no existe la angustia del mañana; para nosotros sí y, por eso, ¿no podría un escudo con unos símbolos inscritos ser una especie de mapa para orientarnos en el día a día? O, algo más prosaico, los ingredientes de un pastel que quieres preparar. Y que además esté rico, porque, si no, ni es un pastel ni es nada. Para que un pastel esté rico, el requisito fundamental es que los ingredientes lo estén: utilizar una mantequilla de mala calidad en vez de una buena cambia de medio a medio el resultado. ¿Qué ingredientes podrían entonces hacer que tu vida fuera digna de su importancia?

No te niego que, con el paso de los años, tu exterior rebelde, esa

mirada antipática y rencorosa me hicieron perder la esperanza de que pudiera existir una Ginevra distinta; parecías el clon de mi madre y yo no conseguía dar con la puerta de entrada a ese clon. Sin embargo, hace apenas unos meses, iba en el coche y oí una historia en la radio.

Esta es la historia.

Un hombre muere de repente y se encuentra ante Dios —o más bien Alá, pues era una historia sufí—, y Alá le pregunta:

—¿Sabes por qué has venido directamente al Paraíso?

—¿Porque he respetado todas las reglas de la Ley?

—No, no es por eso.

—¿Porque he peregrinado varias veces a La Meca?

—No, tampoco.

—¿Porque siempre he dado parte de mi dinero a los pobres?

Alá no responde. El hombre empieza a sentirse desconcertado. Siempre ha intentado ser un buen musulmán y no entiende qué otra cosa puede haber sido.

Se queda callado, confundido.

Alá lo apremia entonces:

—¿No imaginas por qué se abrirá ante ti esa puerta? —No, el hombre no lo imagina—. ¿Te acuerdas de la vez que volvías a Bagdad a caballo y en plena tormenta oíste el maullido de un gatito que luchaba desesperadamente con la corriente que lo arrastraba? ¿Te acuerdas de que pegaste un brinco de la montura para recogerlo y ponerlo a salvo? Pues por eso es: por la misericordia que demostraste con ese humilde gatito, irás al Paraíso.

Esa historia del rescate del gatito me hizo rememorar un episodio que nos ocurrió hace unos años. Era un día de mucha niebla y, al volver del colegio, Ali se había encontrado un gatito herido en la calzada junto al bordillo; puede que alguien hubiera querido desembarazarse de él o que, con la escasa visibilidad que había, lo hubiese atropellado una moto o una bicicleta. Ali lo llevó a casa y le preparó una caja de zapatos acolchada con retales mullidos; luego las dos juntas calentasteis leche con un cuentagotas, pero, aunque sacaba su lengüecita rosa, el pobre no conseguía tragar y desperdiciaba gran

parte de la leche.

El veterinario nos había dado cita para la mañana siguiente y, hasta última hora de la tarde, Ali y tú lo velasteis hablándole dulcemente, pero, a pesar de vuestras curas amorosas, por la mañana nos encontramos su cuerpecito rígido y frío envuelto en los trapos.

Ali se echó a llorar, ¡llevaba tanto tiempo queriendo tener un gatito! Tú, en cambio, te pusiste la máscara de hierro, la que es capaz de esconder todas las emociones y, con esa misma expresión, volviste del colegio y te encerraste en tu cuarto.

Sin embargo, más tarde, cuando pasé por delante de tu puerta, oí tus sollozos; entré discretamente y te vi bocabajo en la cama, con la cara hundida en la almohada para ahogar el llanto.

—¿Qué pasa? —te pregunté acariciándote suavemente el pelo.

—Es por el gatito —sollozaste desesperada—. ¡Por el gatito!

—Iremos a la protectora y adoptaremos otro —te respondí, pero mis palabras no sirvieron de nada y tus sollozos se volvieron incluso más fuertes—. ¿Qué te gustaría?

—Me gustaría saber si alguien lo quiso.

—Su madre seguro.

—Pero lo abandonó...

—La vida está llena de imprevistos. Pero Ali y tú lo habéis querido, aunque fuera por poco tiempo, y él lo ha sentido y por eso ha muerto feliz.

—¿De verdad? —Me miraste levantando apenas el rostro desgarrado de la almohada.

—Claro que sí. Llevará siempre vuestro amor en su corazón, igual que vosotras el suyo en el vuestro.

Como no teníamos jardín, ese mismo día por la tarde fuisteis con vuestro padre a enterrar al gatito en un terreno a las afueras de la ciudad, a los pies de un chopo. Tu padre buscó dos ladrillos para proteger la sepultura y vosotras le plantasteis encima una crucecita hecha con dos ramitas atadas por un cordel.

Si alguien lo quiso, si alguien nos quiso, si nosotros hemos querido a alguien: es la gran pregunta que debería iluminar toda búsqueda de sentido, pero esa pregunta nace siempre de una herida, de algo que puede permanecer encubierto durante años, supurando quizá

sustancias tóxicas, pero que, antes o después, acaba saliendo.

¿Todo el mundo tiene esa herida?, te preguntarás.

Después de haber vivido un número considerable de años, estoy en posición de responderte que no, que no todos la tienen: hay personas insensibles en el amor, indiferentes al dolor que provocan en el prójimo; hay quienes, a pesar de haberlo visto, pasan por encima del pobre minino con el coche, sintiendo placer al destruir una vida, y quienes se paran, se acercan, lo cogen y lo llevan a salvo.

Al final yo diría que esa es la única raya divisoria que parte en dos el mundo: quien es consciente del mal y de todas sus consecuencias y busca de algún modo oponerse a él y quien, en cambio, tiene como único horizonte el beneficio personal, y esta última categoría incluye una variedad infinita de matices que va desde el vecino arrogante al dictador que extermina con ferocidad indiferente a millones de personas.

Hacerse cargo de esa realidad o ignorarla.

De eso depende todo el sentido de nuestra existencia.

Pero tú viste al gatito, y la congoja que te provocó su solitaria muerte te abrió el corazón hacia los caminos de la misericordia; yo, por tanto, como primer símbolo de tu escudo, pondría en el centro un lindo gatito, rebosante de esa luminosidad natural de las crías, rodeado por el símbolo hindú del Om, en honor a esa hermana que tanto te quiere y cuyo amor tanto temes, por esa maligna carcoma que a menudo socava la relación entre hermanos. En el fondo, ¿no ha sido siempre así desde los tiempos de Caín y Abel? «¡Siempre ha tenido más suerte que yo! ¡A él lo quieren más que a mí!» Qué lamentable esa idea de que el amor se mide en metros, en kilos, en garrafas: un poco aquí, un poco allí.

O hay amor o no lo hay.

No existen las medias tintas.

Y si lo hay, su don es el de hacer crecer en la misma armonía todas las realidades que lo rodean: el amor sometido a leyes sindicales está destinado a ser un rotundo fracaso.

¿Y sabes qué pondría yo al lado del gatito y del Om? A la izquierda una espada y a la derecha una balanza, porque la justicia será el campo en el que lucharás tus batallas y, con más frecuencia de lo deseable, la justicia entre los hombres está lastrada por oscuros sofismas, por arreglos y manipulaciones que la hacen poco honorable.

La espada te servirá para esa batalla y para todas con las que, en el transcurso de tu existencia, tendrás que lidiar; necesitarás esa arma para las batallas externas, pero sobre todo para las interiores: las más traicioneras, las más insidiosas, las más difíciles de vencer. ¿Y cuál será la principal batalla que habrás de encarar?

La del gatito.

¿El gatito? ¿Qué tiene que ver?, te preguntarás.

Tiene que ver; es más, es el centro de todo. Cuanto más te afirmes como persona, cuanto más conocida te hagas, cuantas más confirmaciones tengas en la vida, más te dirá una voz que ese viejo llanto tuyo no era más que un capricho infantil, un momento de debilidad que debes almacenar en el olvido; si llegas a oír esa voz, dotada de gran persuasión, el equilibrio de tus días empezará lenta e inexorablemente a resquebrajarse. Pero cada vez que sientas esa tentación, recuerda el relato sufí y pregúntate: ¿hacia dónde va mi corazón? ¿Hacia todo lo que me hace fuerte por fuera o hacia lo único que me hace fuerte por dentro?

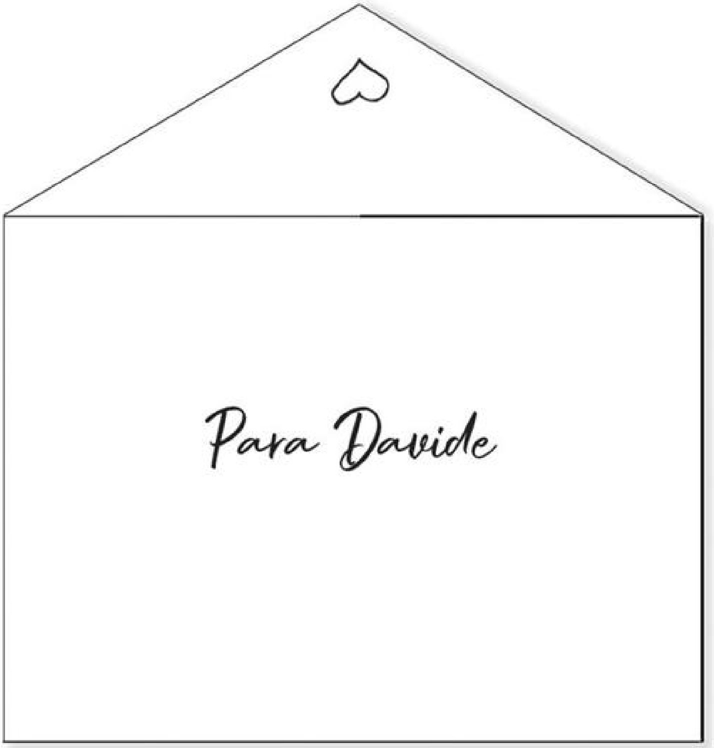
¿Errarás?

Sí, seguro que te equivocas muchas veces porque nuestro camino prevé continuos tropiezos, pero, si sigues la vida que tu padre y yo te hemos mostrado, siempre podrás levantarte de nuevo para afrontar una nueva etapa del camino; por eso, como lema de tu sello, bajo el gatito, el Om, la espada y la balanza, grabaría lo siguiente:

¡NO HAY MIEDO!

No hay miedo, Ginevra, porque la vida es siempre más grande y fuerte que los sombríos fantasmas que dan vueltas en nuestro corazón, y se renovará con una creatividad extraordinaria siempre que seamos capaces de mantener viva en nosotros la única llama que puede plantarle cara al dolor del mundo.

La llama del amor.


Para Davide

Querido Davide:

Desde el silencio nocturno de nuestra casa, te imagino ahora en algún local lleno de gente, con tus amigos y una jarra de cerveza en la mano, las mejillas enrojecidas por la soleada jornada entre glaciares, y me imagino también que, dada tu complexión, más que escalar esas paredes de hielo, te has quedado a los pies mirando cómo subían los demás y ofreciendo consejos desde abajo, siempre dispuesto a socorrer a quien presente cualquier problema físico.

¿Te acuerdas de que antes de irte me preguntaste si no me daba miedo quedarme sola en casa tanto tiempo? Alguna vez sí que había pasado un día entero sola en casa, sobre todo en verano, cuando coincidía que os ibais todos y la luz acompañaba hasta tarde la clausura de la jornada: a las ocho seguía en el balcón, disfrutando en soledad de ese maravilloso momento en que todo cambia de color, antes de que la oscuridad de la noche lo engulla.

¿Te acuerdas del entusiasmo de Ali cuando descubrió el significado de *sandhya* en nuestras desventuradas vacaciones en Vulcano? ¿Y de cómo ese concepto —por mucho que para ti, y no eres el único, esa palabra siguiera siendo en gran medida críptica— se convirtió en parte de la intimidad de nuestra vida? No se puede hablar de las cosas importantes bajo la luz implacable del sol ni tampoco en la oscuridad absoluta de la noche: en el primer caso, porque acabaríamos seguramente peleando, pues la luz desbordante excita y lo vuelve todo plano, mientras que en un mundo envuelto por la oscuridad acabaríamos inclinándonos hacia la desesperación. *Sandhya*: en realidad todo baila entre la luz y la oscuridad, y solo ser conscientes de esa danza nos da la posibilidad de actuar siguiendo la vía de la verdad y de la justicia. Igual que el crepúsculo a la caída del día nos desvela con la paciencia de un sabio anciano el secreto de la existencia —la noche lo engulle todo, pero también todo resurge con el soplo dorado del amanecer—, quizá también en la vida hay un momento en que percibimos que hemos llegado al umbral de esa fragilidad.

A principios de diciembre tuve una indisposición en el instituto que te he ocultado hasta ahora. Tú ya sabes que yo siempre he tenido una salud física muy buena y por eso nunca se me había pasado por la cabeza la idea de que algún día podría sufrir un traspié. Cuando era adolescente, alimentada por mi desdicha y tanta literatura, imaginaba la muerte como algo fulgurante, heroico o teatral; luego, en todos los años de nuestra vida adulta, no he vuelto a pensar en eso, entre los niños, el trabajo, la casa... Hace un mes, sin embargo, comprendí de golpe que la muerte también puede llamar sigilosamente a la puerta de servicio; sin estrépitos, sin estruendo, está allí discretamente plantada y te dice: «Te espero».

¿Por qué no te lo he dicho antes?

Porque no era una amenaza inminente y quería tomarme un tiempo para reflexionar sobre qué hacer. Tú tenías ya pensado irte con tus amigos del club alpino, Ali ya había reservado su vuelo a Finlandia: ¿cuándo volveré a tener ocasión, me dije, de pasar diez días sola conmigo misma?

Sin trabajo, sin familia: yo, mis pensamientos y nada más.

¿No son acaso esas las mejores vacaciones que podía regalarme?

Dentro de pocos días volveréis todos y la casa se llenará de nuevo con vuestros pasos, con las sombras del desorden que dejáis normalmente en vuestra estela, y seguiréis lanzándoos reproches mutuamente: «¡Eres tú la que lo deja todo por medio!», «No, ¡tú eres más desordenado que yo!». La cocina se abrirá una vez más y la gran máquina organizativa de una familia de cinco personas y un gato reanudará su marcha.

¿Qué he hecho estas vacaciones?

He pasado mucho tiempo en el sofá, con Felix a mi vera, escribiendo cartas. Le he escrito a Ali, le he escrito a Ginevra y ahora te escribo a ti. Me llena de paz saber que lo he hecho, en parte como cuando en el colegio no tienes miedo de que te pregunten porque llevas aprendida la lección y ves claramente en la cabeza lo que has leído en los libros.

Lo cierto es que, desde que hace un mes me enteré de que tengo esta dolencia, una débil angustia empezó a alterarme: ¿y si la luz de mis ojos, de mi mente, desapareciera de pronto y la oscuridad me cayera encima como la violenta lluvia que se abate sobre nuestra casa cuando hay tormenta y dejara en *stand by* mi sistema eléctrico? Si

estás en casa, con la tormenta a tu alrededor, después de un primer momento de desconcierto, buscas una linterna a tientas —que nunca está donde tendría que estar— o alguien activa la del móvil y tarde o temprano aparecen las cerillas.

Pero ¿y si es la luz de la vida la que se apaga?

¿Y si la última imagen es la de un rifirrafe que has tenido saliendo por la puerta por cualquier razón fútil? ¿Y si la última palabra es un «¡no!» veteado por un hilo de rabia?

Pero, aunque el último gesto fuese un beso, un abrazo lleno de afecto, ¿qué quedaría de ese cuerpo que yace de repente frío en medio de la estancia?

Antiguamente existían las cartas; se escribían a los novios, se las escribían los padres a sus hijos, los hijos que estaban lejos de sus padres, las escribían millones de soldados desesperados forzados a luchar en guerras inútiles, y esas breves cartas a menudo llenas de faltas quedaban como los únicos testimonios de sus breves vidas.

¿Recuerdas la de veces que hemos hablado en los últimos años de la importancia de la memoria y de cómo la ablación de esa facultad nos confina a la realidad plana de la representación? Ya no existen las películas de celuloide, un soporte material gracias al cual podamos revivir momentos antiguos y decir: «Mira, aquí estamos». Nuestras vidas son ahora inmateriales y esa inmaterialidad pertenece a otros, ya no está en nuestras manos.

Ya al inicio del nuevo milenio tú notaste que tus pequeños pacientes estaban cambiando, ya no tenían las enfermedades y las fragilidades de otras épocas, pero presentaban otros padecimientos atribuibles a trastornos que antes no se daban a esas edades: trastornos con etiqueta científica y control clínico.

—Antiguamente existían niños revoltosos —decías—, ahora hay diez siglas distintas para encerrar a los críos en una jaula de la que no volverán a salir.

Te alteraba, te enfurecía incluso, hablar del tema.

—Enfermos de golpe, ¿me entiendes? Naces y ya tienes una patología que hay que curar, pero la patología realmente perversa es la de quien afirma que la vida es un camino homologado: o encajas o es que estás enfermo. Y adaptarse significa una sola cosa: obedecer a un sistema que, con el arma del enfrentamiento, mide y destruye todo lo que queda de humano. Ahora la vida en sí se considera una

enfermedad.

Precisamente pensando en ese dolor, en esa rabia tuya —que como docente no puedo por más que compartir—, me decidí a hacer este pequeño gesto subversivo: quedarme en casa escribiendo para compreenderos, para comprenderme mejor a mí, para comprender qué clase de camino hemos recorrido juntos hasta aquí.

A veces, mientras estoy en mi silencio y en la penumbra, tengo la sensación de estar en un batiscafo y de precipitarme en una fosa marina profundísima —oscuridad, oscuridad y más oscuridad—; de vez en cuando aparece el resplandor de alguna criatura luminiscente con una dentadura ferozmente desmesurada y dotada de aguijones impregnados de veneno mortal: este desfile de fantasmas al otro lado del cristal es el de los monstruos que, antes o después, casi todos nos vemos teniendo que encarar en el transcurso de la vida. Pero en estas largas tardes, en estas larguísimas noches transcurridas con Ali, con Ginevra, e, indirectamente, con mis padres, y que ahora paso contigo y con Elia, solo me he dado cuenta de una cosa con absoluta claridad: todas las heridas que reverberan en nuestro cuerpo y nuestra alma surgen de un manantial único y universal, el del amor, y sus rasguños, sus cortes, sus abrasiones, en lugar de sanar, con el tiempo se infectan, supuran y se agravan generación tras generación.

¿Habría sido mi madre así si alguien en su infancia hubiese visto su verdadero ser, en lugar de haber pretendido de ella solo que cumpliera un papel? ¿No derivan las rabietas de Ginevra, esa alternancia suya entre inseguridad y arrogancia, de esa falta de autenticidad que persiste generación tras generación?

Cuando vuelvas te diré dónde voy a esconder estas cartas, añadiendo eso sí un hechizo que recaerá sobre ti como se te ocurra abrirlas, siquiera curiosearlas o dárselas a nuestras hijas antes del día en que ya no se oigan mis pasos junto a los vuestros en la Tierra; pero, en este momento en que las escribo, sé ya que no hay necesidad alguna, porque eres un hombre justo y recto y jamás cometerías una deslealtad de ese tipo.

En estos años me he visto a veces reviviendo el momento en que nos encontramos por casualidad en ese congreso, y la extraña reacción que tuve cuando te vi sentado con tus colegas en el bar, como si una misteriosa parte de mí misma me hubiese impulsado a decir: «¡No es mi tipo!».

Nunca me he atrevido a preguntarte si a ti también por casualidad, al verme, te invadió un pensamiento similar: seguramente en tu imaginario estaba sedimentado un ideal femenino que te era más familiar: mujeres recias, prácticas, capaces de hacer la masa de los tortellini con la misma facilidad despreocupada con la que yo respondía al teléfono, magas del horno y de la fermentación, capaces de hornear sin descanso panes, pizzas, *focacce* y *ciambelloni* como quien no quiere la cosa.

En los primeros tiempos en Capracotta intenté con toda mi buena voluntad aprender de tu madre —mi torpeza la tenía estupefacta— y, una vez casados, me propuse deleitarte con los mismos manjares. Pero los resultados, como bien recuerdas, fueron catastróficos: nada subía como debía y la masa de tortellini que me salía era de todo menos homogénea: el huevo y la harina se negaban tercamente a integrarse.

Me desmoralicé.

Además, mi madre nunca había cocinado ni me había enseñado, y de joven siempre me había alimentado con la apresurada y triste dieta de los solteros.

Cuando me veías así de desolada, siempre te echabas a reír.

—¡Que no me he casado contigo para abrir una tienda de pasta fresca!

Quería hacerte feliz, pero era evidente que aquella no sería la vía que me ayudaría a conseguirlo; jamás podría competir con tu madre, tu tía ni tu abuela, y quizá esa sea la verdadera razón por la que me escogiste: estaba totalmente en sus antípodas y eso te hizo entrever un camino distinto que habríamos de recorrer juntos.

Muchos hombres se casan con el clon de su madre, igual que muchas mujeres escogen la copia idéntica de su padre; puede que eso garantice avanzar sin baches, pero no está escrito que en esa aparente quietud no acechen amenazas más bien serias.

Cuando se piensa en el desamor, en esa eterna herida supurante, se imagina a menudo una situación de abandono grave, de negligencia,

de violencia, pero no es así; yo más bien creo que podría decirse que un desamor en estado avanzado es, en cierto modo, mucho más fértil en lo humano porque, si no tienes nada a las espaldas, si se da el caso de que no haya nada y por tanto se logra superar la desesperación, eres libre de renacer en otra dimensión; si, en cambio, el amor elegido lo inspira el clon, se vive bajo el signo de la transacción, no se ve nunca realmente al otro, solo se repara en la distancia que lo desvía del modelo original, de lo que él o ella deberían haber sido.

Y, con esas, la vida diaria se transforma en una danza de rencores.

«¡No eres como yo creía!»

«¡Ni tú tampoco!»

La de parejas de amigos aparentemente sólidas que hemos visto irse a pique de esa manera...

Con todo, si tú no te hubieras acercado a mí en esa parada del autobús, yo nunca lo habría hecho, y entonces no puedo no preguntarme qué viste en mí, dado que no casaba con ningún modelo ancestral ni lucía esa belleza llamativa que tanto fascina a los hombres.

Ya te lo pregunté una vez antes de casarnos, ¿te acuerdas?

—¿Por qué yo?

La idea del matrimonio me aterraba.

—Porque te quiero —me respondiste sin por ello rebotarme la pregunta con un «¿Tú me quieres también?», como suelen hacer los enamorados.

No me la hiciste, pienso ahora, porque no quisiste empujarme a un falso sentimentalismo: tú veías algo en mí que yo todavía no era capaz de comprender; a tu lado sentía una serenidad que no había experimentado antes, pero verme obligada a decir «Te quiero» me habría hecho sentirme ridícula y falsa. Te repetí la pregunta años después, cuando descubrimos que Ginevra venía de camino, y me respondiste: «Porque eres una persona que siempre busca la verdad de las cosas».

Ahora, después de tantos años de vida en común, después de todo lo que hemos vivido juntos, creo que tengo en la mano la pieza del puzle que faltaba: mi atracción por ti residía justo en eso, tú vivías la verdad de la vida sin sombras y sin vacilaciones; el confín entre el bien y el

mal estaba clarísimo para ti, igual que el hecho de que, sobre toda la complejidad del ser vivo, planeaba la sombra de lo sagrado y dicha sombra proyectaba inevitablemente temor en nuestros corazones.

—Eliminar el temor —me dijiste hace unos meses— significa hacer que el hombre sea capaz de cometer cualquier acto, sin remordimiento alguno. Lo vemos a diario, cada vez más.

El bien y el mal a medida eran para ti una abominación, y esa es la advertencia que les diste a nuestros hijos: la vida no es una tarde en columpio, no nos va llevando adelante y atrás entre lo que nos es más cómodo, hay que escoger de qué parte estamos y solo eso nos hace realmente humanos; por eso para ti ser médico, más que una profesión, ha sido una misión.

—En el mundo hay muchas cosas escandalosas —me dijiste—, pero el sufrimiento de los niños, de los inocentes, es la peor de todas.

Aparte de ser muy bueno diagnosticando, eres brillante, podrías haber sido un pez gordo de la medicina; pero has preferido quedarte en las trincheras porque lo único realmente importante para ti es ver cómo vuelve a sonreír un pequeño paciente.

Con todo, por mucho que uno se esfuerce en analizar y comprender por la vía de la racionalidad, es inevitable llegar a un punto en que se está obligado a levantar las manos y decir, como soldados: «¡Me rindo!». Sí, me rindo frente a las leyes indescifrables que gobiernan los encuentros; me rindo ante las puertas que se abren y las que no se abren, ante las que nos empeñamos en abrir y ante las que están abiertas de par en par pero nos negamos a traspasar.

Una noche antes de quedarme dormida, al pensar en esto, me vino a la cabeza una imagen bastante graciosa: vi la zona de llegadas de un gran aeropuerto en un día muy concurrido; miles de personas se apiñaban en dirección a la salida, mientras que había otras inmóviles que esperaban con un cartel en alto y un nombre escrito: don Fulanito de Tal, doña Fulanita de Tal.

Quién sabe si la parte inmaterial de cada uno no viene al mundo ya con un cartel parecido en la mano: en el mío ponía «Davide», en el tuyo, «Chiara», y estuvimos dando vueltas durante años con ese letrero en la cabeza. Pero tenemos nombres muy comunes: si tú te llamaras Radamés y yo Desdémona habría sido más fácil, pero ¿cuántos Davide

y cuántas Chiara nos cruzamos en todos esos años? Aun así, hasta que me viste aquel día, algo insulsa, anónima y sin interés por ti, en tu corazón hubo un pequeño trino; ese sonido breve debió de abrir de cuajo otra dimensión de tu mirada y te hizo comprender que esa joven mujer era justo la Chiara que esperabas.

En esa época yo no era capaz de percibir ningún trino, vibración alguna; solo muchos años después —cuando vimos fluctuar la primera imagen de Ginevra en blanco y negro en la pantalla del ecógrafo, cuando oímos, como un río que rompe los diques, irrumpir en la pequeña habitación el latir regular y fortísimo de su corazón—, comprendí, desde lo más hondo de mis entrañas, que eras justo tú el Davide que yo estaba buscando.

Desde el principio, entre nosotros hubo un pacto, el de no hablar de todo lo sucedido con anterioridad; fue una petición tuya, y en el momento me inquietó un poco porque me había criado en el mito de la sinceridad; de hecho, cuando alguna de mis pocas amigas me hacía una confidencia, para ellas era normal abrirse con franqueza: poder contarle al compañero de turno que hubo otro antes —o incluso que el otro todavía estaba, puede que los viera en días alternos— parecía el sello de una libertad ganada y moderna; vivíamos succionados por la turbina del progreso, y esa turbina trituraba todo lo que era capaz de constituir un vínculo.

A medida que nuestra relación fue consolidándose, comprendí, sin embargo, que tenías razón; no saber lo que había pasado antes era una forma de libertad: ¿habría sido yo más feliz si hubiera conocido a las chicas a las que les partiste el corazón en Capracotta o a todas las alumnas que palpitaban por ti en las bancas de la universidad? Es posible que saber de esa larga fila imaginaria me hubiera provocado cierta inquietud: la de los nombres, los rostros, la de todas las palabras y los gestos que intercambiasteis, por no hablar de tener el convencimiento de que yo pasaría a engrosarla en cualquier momento. Pero, como he decidido abrir el baúl y sacar, por primera y última vez, todo lo que guarda, tengo que infringir nuestro pacto; los baúles, es cosa sabida, contienen a menudo esqueletos, y por eso a menudo los relegamos a los desvanes de nuestra mente y de nuestro corazón.

Si se hubiera tratado de una simple aventura sentimental, podría

haber seguido siendo fiel a nuestra promesa, pero mis esqueletos son solo dos —el de C. y el de P.—, y desde hace ya demasiados años proyectan sombras dentro de mí, lo que trastoca incluso los momentos más felices.

Una historia normal que es el colmo de la normalidad.

Yo, la feúcha, la sosa, la más inadvertida de la escuela; él, el más guapo, el más comprometido, el más deseado. Fue él quien se fijó en mí y quien empezó, cada vez más descaradamente, a cortejarme hasta que yo, de golpe, sentí que me rozaba esa peculiar luminosidad que se da en el aire cuando sucede un milagro.

Me quedaba poco para cumplir los dieciocho —era mi penúltimo curso del liceo— y me sentí libre de pronto, como si otra vida fuera posible.

Me has hablado muchas veces de las tempestades hormonales que, en el paso de la infancia a la adolescencia, son capaces de alterar la personalidad de una niña: a los diecisiete yo estaba todavía en medio de esa fase. Me sentí como Cenicienta en el momento en que el príncipe la ve y la invita a bailar; cuanto menos querida has sido, más Cenicienta te sientes, y cuanto más Cenicienta te sientes, más a menudo esperas un príncipe, aunque no lo sepas, porque si él se fija en ti es evidente que tú también, en realidad, eres una princesa; un príncipe nunca le tendería la mano a una fregona.

Y así volvemos una vez más al tormento de no ser querida porque está siempre ahí, por muy culta que seas, independiente, libre y aparentemente segura de ti misma, anidas el sueño de que venga alguien a salvarte y te diga: «¡Tú sí que vales!».

Ese año, C. había hecho los exámenes de ingreso a la universidad y le habían regalado una flamante moto roja. Esa moto fue nuestro corcel, la calabaza mágica con la que íbamos a dar vueltas por el mundo. Fue un verano de mucho calor y también nosotros de algún modo ardíamos como el fuego; todo estaba hecho de instantes febriles; cambiábamos la noche por el día y viceversa. C. había comprado una tienda de campaña pequeña y nos pasamos el verano dando tumbos por ahí.

En el otoño de ese año C. se mudó a Bolonia para ir a la facultad y descubrí que estaba embarazada. Cuando se lo conté, se mostró cercano y disponible; me abrazó y me dijo: «No te preocupes, te ayudaré a resolver el problema».

Yo estaba muy perdida, nunca había pensado que pudiera pasarme un contratiempo de ese tipo, aunque, a la vez —ahora puedo confesarlo—, se me abrió una pequeña grieta en el corazón.

Pasó una semana desde que conocí el resultado del test hasta que conseguimos vernos en persona y, en esos días, como en un tráiler obsesivo, continué repitiéndome la escena en la cabeza —yo diciendo: «Estoy encinta», y él abrazándome con un júbilo desconocido en la cara y diciendo: «¡Qué alegría!»—, pero quien hablaba era el príncipe imaginario, no el C. de dieciocho años que tenía ante mí. Por eso la vida que estaba formándose en mi interior se convirtió en lo que era en la práctica.

Un problema.

Yo estaba en el último curso de secundaria, él en el primer año de universidad, y jamás se me había ocurrido pensar en la maternidad como algo que pudiera atañerme en lo más mínimo. Por lo demás no me cabe la menor duda de que, si no se hubiera encargado C., seguro que lo habrían hecho mis padres. «No querrás arruinarte la vida, ¿verdad?»

Desde ese momento me limité a obedecer, como una autómata: era la portadora de un problema y ese problema se resolvería en un tiempo bastante corto; había personas capaces de hacerlo de la mejor de las maneras, solo tenía que confiar en ellas.

Veinte días después, C. me acompañó a una clínica privada y al día siguiente pasó a recogerme. «¿Todo bien?» «Sí, todo bien», respondí poniendo voz de adulta y con el sosiego de quien —como diría Ginevra— se ha sacado un diente, ni más ni menos: en el fondo me sentía heroica al haberme enfrentado, por el amor que le tenía a C., a una intervención quirúrgica: esa sangre derramada se me antojaba una especie de pacto que nos mantendría unidos para siempre.

Pasé la noche en su casa y luego volví a Ferrara, a mi vida de costumbre; sus llamadas cada vez se espaciaban más; cuando lo llamaba yo, me parecía percibir un punto distinto en su voz, me habría gustado ir a verlo por su cumpleaños, pero me dijo que mejor no porque tenía que estudiar; cuando por fin conseguí ir a verlo un fin de semana, al abrir un armarito del baño me encontré cosas de mujer que no eran mías. No hice preguntas, no monté ninguna escenita, ni tampoco rompí en un llanto desconsolado: ya no había nada entre nosotros y contra la nada no se puede luchar.

La noche del domingo, en la estación, lo besé como siempre y no sentí absolutamente nada.

—¿Cómo anda C.? —me preguntó meses después mi madre.

—Estudiando un montón —le respondí con la indiferencia con la que se habla de la realidad que no nos concierne.

Yo también me entregué al estudio como una loca, desesperada; para descargar la energía física me iba con la bici y pedaleaba durante horas en dirección al mar.

Recuerdo que en mayo me sorprendió un remolino de semillas de chopo: no fue muy distinto de un vendaval de nieve, los cándidos copos se me posaron en la cara, en el cuerpo, y cubrieron también el terreno alrededor. Cogí uno en la mano. La minúscula semilla estaba escondida en una nube blanda y compacta de fibra vegetal, era eso lo que le permitía dar vueltas por ahí en busca del mejor lugar donde crecer, era eso lo que la protegía de los apetitos de los pájaros, era eso lo que mantenía el nivel justo de humedad para permitirle germinar: la semilla estaba allí en medio, como una pequeña reina sentada en un trono.

Todo lo que debe nacer, pensé entonces, está envuelto y protegido por algo y, de repente, sin saber por qué, me eché a llorar. Hasta mucho tiempo después no me vino a la cabeza una frase que me había dicho el médico cuando firmé los formularios para la interrupción:

—No se preocupe si en los próximos días siente algún dolor. Es de lo más normal, porque ahora el útero está vacío y tiene que volver a sus dimensiones normales.

Vacío vacío vacío.

Desde ese momento —como el sonido sordo de un gong que no puede expandir su eco en el aire y está obligado a volver contra el plato de bronce—, aquel término empezó a resonar en mi interior hasta que llegó a transformarse en mi propia vida.

Una persona que se aferra a un clavo ardiendo para sobrevivir es más que consciente de la futilidad de ese esfuerzo, porque está viendo continuamente sus pies sobre ese agujero negro dispuesto a engullirlo.

Cuando te conocí, me encontraba en ese estado suspendido, convencida de que ya nada cambiaría; no entreveía ningún horizonte hacia el que dirigirme, estaba allí sin más, aferrada a ese vacío como

las salamanquesas a las paredes con sus patas de ventosa.

Al no haber tenido una educación religiosa, no había pensado en las consecuencias de mi acto en esos términos; el sentimiento de culpa me parecía un invento de psicólogos; el pecado y el castigo, realidades salidas de los libros sobre la Inquisición.

Estuve así conviviendo con esa vorágine sin ser capaz de ponerle un nombre; con el tiempo, de hecho, empecé a conocerla, a fiarme de ella; en lugar de quedarme pegada a la pared, comencé a balancearme encima.

El vacío y yo éramos ya dos entidades inseparables.

Era aquel abismo interior, haber alojado la vida y no haber sido consciente, lo que me privaba de cualquier proyección futura.

Entretanto, estudiaba el proceso de fecundación en los libros de biología, subrayando con el rotulador y repitiendo de memoria:

> De los trescientos millones de espermatozoides que hay en una eyaculación, solamente mil consiguen llegar a las trompas de Falopio, mientras que los demás mueren en el intento de encontrar el camino. Para tener éxito, los espermatozoides deben comenzar su viaje en los cinco días previos a la ovulación. Una posibilidad entre diez de concebir en los días previos, una entre tres de hacerlo cuando la ovulación tiene lugar el mismo día de la llegada.

Yo repetía esos pasajes como una autómata, sin que se me pasara por la cabeza la idea de que también P. había sido fruto de esa carrera, como yo y todas las personas que vienen al mundo, igual que el gato que duerme a mi lado en el sofá en estos momentos.

Con todo, ya por entonces había una cosa que me hacía sonreír y que por eso no me costó memorizar: el óvulo es ochenta y cinco mil veces más grande que el espermatozoide y baja por las trompas solo cuando está listo; allí lo esperan los pobres espermatozoides supervivientes, que lo verán descender como una maravillosa nave espacial. Esa nave tiene una vida muy breve en comparación con la fila de pasajeros que espera para embarcarse —de doce a veinticuatro horas frente a seis días—, pero solo deja subir a un pasajero y rápidamente retira la pasarela y cierra todas las escotillas porque ese, y no otro, era el que tenía que subir a bordo.

¿Destreza deportiva?

¿Casualidad?

¿Ley del más fuerte?

¿O es que en esa especie de abordaje, llegué a pensar cuando nació

Ginevra, se oculta algo infinitamente más complejo e insondable?

¿Y si en ese acto marcado por la aceptación o el rechazo estuviera escrito el código del alma?

¿Y si el destino del ser se cumple inexorablemente justo en ese instante? Todo lo que serás y no serás, del color de los ojos a las inclinaciones más complejas del carácter, depende en realidad del encuentro ocurrido en un caótico revoltijo de minúsculos renacuajos.

Pero ¿y si caótico solo nos lo parece a nosotros?

¿Y si en realidad tras esa muchedumbre de estadio de fútbol se escondiera un orden de lo más riguroso? El orden del karma, el del destino por el que del principio al fin del mundo tú puedes ser eso y solo eso. La vida te llama y tú respondes, parece que surge de la nada, pero, en realidad, dentro de ti, están ya escritos miles de años. Al nacer, recibimos en ofrenda apenas un puñado de años.

Qué hacer con ese breve espacio es —o más bien era— el problema que atribulaba a los seres humanos; ahora, sin embargo, parece haberse disipado.

Hemos nacido para consumir, o al menos eso nos dicen desde la cuna.

Pero toda la desesperación que vemos a nuestro alrededor, las decenas y decenas de niños que pasan por tu consulta con la mirada perdida, ¿no son tal vez señal de esa ausencia total de sentido? Una rana puede vivir teniendo como horizonte su estanque, pero ¿y el ser humano? ¿Se puede aceptar tener una sola dimensión y además impuesta por entidades oscuras que parecen quererlo todo menos nuestro bien?

Cuántas veces, como padres, nos hemos cuestionado la angustia que nos entraba —y nos entra— cuando nos asalta la duda de si nos hemos equivocado con nuestros hijos, de si estamos convirtiéndolos en unos inadaptados de la sociedad en la que les ha tocado vivir. Pero siempre hemos acabado coincidiendo en que no podemos hacerlo de otra manera porque es nuestra conciencia la que nos lo impone, y con la conciencia no se discute.

Ahora, sin embargo, me es inevitable remontarme a los primeros años de nuestro matrimonio, cuando deseábamos tan ansiosamente tener un hijo y el hijo no llegaba. Desde el punto de vista fisiológico, todo

parecía estar bien, consultamos con varios expertos y luego tú te pasabas horas con las ecografías, las examinabas en tu mesa como si tuvieras que resolver un rompecabezas. Así y todo, llegó un día en que dejaste de hablar del tema y en algún momento cruzamos una mirada, no recuerdo ni dónde ni cuándo, pero tengo todavía bien presente la sensación de profundo abatimiento que me invadía: me sentí de golpe desnuda a tus ojos, como si lo que yo había callado te hubiera sido revelado.

En lugar de seguir proponiéndome nuevas y avanzadas técnicas de reproducción, un domingo, en una de nuestras excursiones por el monte, te volviste y me dijiste: «¡Pues adoptamos!».

Me pilló desprevenida, no había contemplado la opción, pero, después de reflexionar unas semanas, te dije que sí.

Años después, mientras nos preparábamos para recibir a Ali, mi máquina hormonal volvió a activarse.

Viéndolo ahora, creo haber comprendido cuándo sucedió: fue el día en que por fin me decidí a poner las sábanas y colgar los cuadritos en su cuarto para que lo encontrara acogedor cuando llegara. Esa mañana, que por lo demás había sido de lo más corriente, se había apoderado de mí una inusitada euforia, como si sintiera que algo había cambiado en mi interior, como si la química de mi cuerpo hubiese dicho: «Sí, esta persona es capaz de acoger», y entonces mi útero, hasta entonces azotado por vientos siberianos, se hubiese convertido en una mullida alfombra de vilanos; la huella dejada por P. —el cartel de «Aquí es mejor no echar raíces»— se había desvanecido; solo reapareció, como un breve resplandor de angustia, cuando íbamos camino de hacer la primera ecografía de nuestra hija.

También con P. me hicieron una ecografía, pero el doctor no llegó a enseñármela: no tenía nombre, no tenía rostro, nadie estaba esperándolo ni le había comprado un bodi. P. solo era un problema y tenía que desaparecer para dejar que nuestras vidas volvieran a la normalidad.

Ni antes ni después de la intervención utilizó el médico las palabras *niño*, *feto* o *embrión*: habló de *eso*, hasta el punto de que, en mi ignorancia juvenil, me convencí de que no era otra cosa que un confuso amasijo de material biológico sin rostro.

Más que un ser humano, P. había sido un tumor, una proliferación de células malignas que debía extirpar lo antes posible.

Las primeras imágenes de Ginevra me barrieron de la cabeza todo resto de hipocresía. P. y aquel ser que se movía ante nosotros en el monitor eran exactamente la misma cosa: dos personas que estaban formándose en el vientre de una mujer; el latido de mi corazón era el primer sonido que habían oído en su vida, reconocían ya mi voz y la de su padre, ya percibían, a través de los cambios hormonales, todos mis cambios de humor.

¿No tendría que hacernos reflexionar que sea el corazón y no el cerebro el primer órgano que se forma en el ser humano? Allí reside el verdadero centro de la vida: sin su latir, la materia gris no podría dar a luz ni una de sus complejas elucubraciones.

Poco después de nacer Ginevra, me contaste que habías leído un estudio sobre la relación que tienen los recién nacidos con el ritmo cardiaco de sus madres: por mucho que a los adultos nos puedan parecer todos iguales, en realidad cada recién nacido es perfectamente capaz de distinguir el latido de su madre de los del resto.

Tengo que confesarte que, cuando me lo contaste, hará ahora unos dieciocho años, en los momentos más imprevistos de mis días y de mis noches se me aparecía de fondo un débil repiqueteo no muy distinto del de los despertadores antiguos. Tic, toc, tic, toc. A veces resonaba tan fuerte que acababa yendo al otorrino, quien por supuesto no podía diagnosticarme nada.

Tú ya sabes que yo soy muy reservada y que no comparto fácilmente mis pensamientos, y menos aún mis preocupaciones, con personas que no conozco; pues bien, a pesar de eso, hace unos ocho años, durante una excursión a Roma con los alumnos, me pasó una cosa extraña.

Después de ir al zoológico de Villa Borghese, nos paramos a hacer un pícnic por los jardines, antes de ir por la tarde a visitar la Galleria di Arte Moderna. No eran muchos alumnos y por suerte eran bastante disciplinados, por eso decidí quedarme en el parque y confiárselos al profesor de Lengua.

Era mayo y hacía ya mucho calor. Después de tomarme un zumo de naranja en un quiosco, decidí buscar un banco a la sombra. Vi varios libres, pero, sin pensarlo, me senté al lado de un cura anciano.

Me pasé un rato dándole el parte al grupo de padres y luego guardé el móvil en el bolso y me quedé observando dos mirlos macho que estaban peleando por el territorio.

—¿Quería hablarme? —me preguntó de repente el cura.

—No —respondí al instante sorprendida—. ¿Por?

—Porque hay seis bancos libres —replicó mientras cerraba su breviario—, y ha venido usted a sentarse a mi lado. Normalmente la gente prefiere estar sola. ¿Hay algo que la tenga preocupada?

—¡No! —respondí más tajante de la cuenta, aunque al poco me salió un débil sí.

Estuvimos un rato hablando; pese a su edad, el hombre tenía unos ojos extraordinariamente límpidos. Le conté que estaba con una excursión del instituto, haciendo tiempo mientras esperaba a mis alumnos.

—Pero no es eso lo que la preocupa.

—No.

Nos quedamos un rato observando en silencio a las pocas personas que pasaban corriendo y chorreando sudor, hasta que me volví y le pregunté:

—Cuando se ha hecho el mal, ¿cómo se puede remediar?

—Ya solo darse cuenta es una Gracia —me respondió—. Hace falta pedir perdón, intentar reparar el daño.

En ese momento me sentí como suspendida en una cornisa sin cuerda, sin gancho, sin arnés. Pero, pese a la sensación de que la tierra se me abría bajo los pies, contesté:

—Pero ¿en qué sentido?

—Echando marcha atrás y dejando de cometer actos de los que uno pueda arrepentirse.

—¿Y si ya no fuera posible reparar el daño?

El anciano se me quedó mirando en silencio y no pude evitar bajar la vista; cuántas confesiones de ese tipo, me dije, debía de haber oído aquel hombre en su vida. No muy lejos, uno de los mirlos había empezado a cantar con fuerza, vencedor seguramente de la contienda por el territorio.

—Vivir es en sí mismo un continuo acto de reparación y, además —añadió el cura sonriendo—, por suerte para nosotros, en el Cielo hay mucha más misericordia que en la Tierra. Mientras uno viva siempre le será posible reparar.

En ese momento se me llenaron de lágrimas los ojos y empezaron a rodarme por las mejillas, como presas que por fin hubieran encontrado la puerta a la libertad.

Cuando regresé con mis alumnos, para justificar la alteración todavía visible en ojos y en cara, puse de excusa el polen de los plátanos, que, por suerte, revoloteaba en abundancia ese día.

Más tarde seguí llorando en la triste habitación de la pensión donde estábamos alojados, hasta quedarme dormida del cansancio, pero imbuida por una serenidad que creía ya imposible experimentar en mis carnes.

Aquella tarde, nuestro hijo, el de C. y mío, abandonó la dimensión de P., de problema, y se transformó en P., de persona, mi desgraciado niño, al que tan tarde quise.

De este modo, aquella excursión a Roma y aquel encuentro fortuito me brindaron la conciencia de que el perdón es una gran fuerza redentora, pero lo es cuando nos lo concede otro —por pequeño o Grande que sea—, mientras que si nos lo concedemos nosotros mismos se trata solo de autoindulgencia, y la autoindulgencia transforma nuestra cotidianeidad en una celda muy cómoda.

Normalmente las excursiones con la escuela me dejaban agotada y, cuando regresaba a casa, caía rendida, pero de esos días romanos volví chispeante de alegría.

En cuanto entré, te di un abrazo de una intensidad nada propia en mí, y tú enseguida percibiste el cambio.

—¿No será que has encontrado en Roma a alguien que te ha acelerado el corazón?

Estábamos terminando una de esas cenas incomestibles que sueles preparar.

—Sí, un facóquero seguramente —comentó Ali.

—¿Un facóquero? —intervino Ginevra—. Qué va… Solo un bisonte podría hacerle competencia a papá.

Esa noche estábamos todos contentos, casi eufóricos. Solo había estado fuera cuatro días, pero me sentía como si hubiera vuelto de un largo viaje por otro continente. Me había ido con una maleta invisible

y pesadísima y había vuelto sin lastre, y la ausencia de ese peso me ponía de un buen humor inexplicable.

Los símiles zoológicos siguieron un buen rato durante la cena. Ali y Ginevra discutieron largo y tendido sobre qué animal podías ser tú, para luego seguir barajando parecidos razonables para mí. Según Ginevra, era un avestruz; según Ali, un armadillo. Estaba claro que, a sus ojos, la defensa era mi especialidad. Cuando después se plantearon las suyas, ambas se identificaron con aves: Ali, con el flamenco; Ginevra, la lechuza.

—¿Por qué la lechuza? —le preguntaste a la niña.

—Porque nadie me vería, pero yo podría ver lo que los otros no ven.

¡Cuánto había de mí en esa respuesta!

¡Y al mismo tiempo cuánta verdad sobre la vida!

Estuvimos bromeando alegremente como pocas veces habíamos hecho, sin saber aún que en esa maravillosa noche acechaba una sombra que nadie, ni siquiera la lechuza de Ginevra, fue capaz de vislumbrar.

¿Podemos imaginarnos la vida como una especie de navegación? Hay quien parte con un yate y hay quien lo hace con una barca de remos, y ambas embarcaciones tendrán que afrontar tempestades; el yate, por supuesto, estará mejor equipado que la chalupa, pero es inevitable que también este se tope con alguna sorpresa y, cuanto más confíe en sus sofisticados artilugios, más amarga será la sorpresa.

Puede haber mar calma, marejadilla, fuerte marejada, temporal: el ojo ve todo esto y es capaz de evaluar el riesgo y la maniobra adecuada para lograr evitarlo. Pero, aparte de tener una superficie, el mar tiene también vastas profundidades, absolutamente desconocidas a nuestros sentidos; el «abajo» no está constituido solo por llanuras infinitas, montañas altísimas y volcanes que erupcionan: allí abajo merodean también los cachalotes y los calamares gigantes, capaces con sus desmesurados tentáculos de enrollar una embarcación y arrastrarla consigo a los abismos. Aunque hoy en día ya se han cartografiado gran parte de las profundidades subacuáticas, igual que existen mapas de la superficie, en su mayoría permanecen invisibles y cualquier erupción puede modificar la altura del fondo. Es verdad que existen los radares, pero también puede pasar que no te funcionen y

que por eso no te percates, con el viento en popa, el mar en calma y el sol reluciendo tranquilamente en el cielo, de que navegas hacia el escollo que partirá brutalmente en dos tu barco: no tendría que haber estado allí, pero allí se encontraba, y, cuando te das cuenta, es demasiado tarde para poner remedio. La grieta se ha abierto en el casco y tu solo destino es hundirte.

¿Cuánto tiempo había pasado de aquella excursión a Roma? No más de unas semanas. Tú habías tenido un periodo de trabajo muy intenso y estabas muy cansado, de ahí que te hubieras cogido un par de días de descanso; moverte era fundamental para tu equilibrio mental, daba igual lo agotado que estuvieras, que rápidamente te reponías con una caminata por el monte o una salida en bicicleta.

—¿Por qué no vas a darte una vuelta por el monte con tus amigos? —te dije yo aquella mañana, pero, como era entre semana y los demás trabajaban, decidiste ir a darte una vuelta tú solo con la bici por el parque fluvial del Taro.

—Me gusta quedarme mirando el agua —me dijiste mientras preparabas el desayuno—. La veo correr y me da la impresión de que se lleva consigo todos mis pensamientos… Además, ahora, a principios de verano, los ríos son un triunfo de vida, para quien no es alérgico, claro está… —concluiste, como el buen médico que eres.

No me di cuenta de que te habías dejado el teléfono hasta un rato después de que salieras. ¡Y no podía llamarte para decírtelo! La idea de no poder localizarte me daba un poco de angustia, pero luego yo misma me burlé de mi apuro: nuestra generación ha vivido sin teléfonos gran parte de su vida y ahora, si estamos una hora sin él, nos sentimos prácticamente desnudos; a lo mejor, me dije, lo habías dejado en casa a propósito para vivir un verdadero día de desconexión. Aunque, ciertamente, no era propio de ti…

La verdad es que el móvil es un apéndice inseparable de tu cuerpo, te ayuda a estar siempre en contacto con las madres de tus pequeños pacientes y, por culpa de ese teléfono perennemente encendido incluso en la mesilla de noche, más de una vez hemos discutido. Nunca me has dado motivos para estar celosa de una mujer y, en cambio, de ese trasto luminoso sí que podría decirse que lo he estado, capaz como es de entrometerse entre nosotros a todas horas del día y

de la noche.

Cuando antes te pedía que lo apagaras, me respondías:

—¿Y si hay alguna emergencia? Tengo que estar siempre localizable para las madres.

—Para eso está la centralita del hospital —replicaba yo.

—Sí, con el contestador… Marque uno para ortopedia, marque cuatro para el oculista… Y así pueden morirse esperando. Si querías una vida más tranquila, haberte casado con un contable —concluías siempre—. La de médico no es una profesión como las demás.

Aquel día, por mucho que intentaba mantener la calma, ver tu móvil apagado en la mesa de la entrada me provocaba cierta inquietud.

Yo estaba con las evaluaciones, por eso me fui poco después al instituto. Las chicas, en cambio, ya habían acabado las clases y se quedaron vagueando en casa: teníamos la férrea regla de que no podían quedarse en la cama hasta cierta hora, pero estoy convencida de que, en cuanto yo salía por la puerta, volvían a meterse bajo las sábanas con el móvil en la mano.

Aquella llamada de un número desconocido llegó poco después del mediodía: yo seguía reunida y, como sabes, tengo la costumbre de no coger el teléfono cuando no conozco el número. A los cinco minutos, sin embargo, vi en la pantalla el nombre de Ali.

—Perdonad un momento —me excusé, y salí de la sala de profesores.

Mis hijas no me habían llamado nunca al instituto.

—Ha llamado papá —respondió Ali al momento.

—¿Ha habido algún accidente?

—No… Bueno, no sé, la verdad…

—¿Cómo que no lo sabes? ¿En qué hospital está?

—No está en el hospital —precisó Ginevra, que estaba a su lado—. Está en comisaría. Ha dicho que si puedes ir a por él.

Volví lívida a la sala.

—Perdonad, pero tengo una emergencia familiar —dije, y luego, con pasos de autómata, llegué hasta el coche.

En los escasos minutos que tardé en llegar a la comisaría, los locos monstruos de los abismos atacaron todos mis pensamientos, todos mis sentimientos.

Cuando entré hecha una furia en la sala en la que te tenían detenido

y te vi atrapado en aquella silla de madera, con la espalda encorvada y la cara escondida entre las manos, comprendí que habías encontrado un escollo que ningún radar había logrado señalar.

Te llevé a casa cogiéndote de la mano, como se hace con un niño pequeño que todavía no sabe cruzar la calle solo. Después te metí en la cama, pero te pasaste la noche con los ojos como platos, mirando fijamente el techo, igual que seguirías haciendo el resto de las noches.

La policía me había contado lo sucedido.

En la parte más impracticable de la ciclovía, una zona invadida por la vegetación como una selva, encontraron a una chiquilla inconsciente y con rasguños por todo el cuerpo: su bicicleta estaba volcada en el suelo y había un corpulento hombre sobre ella, tocándola.

—¡Pero es que mi marido es médico! —grité yo.

—El título de Medicina no es un certificado de santidad —fue la respuesta del subcomisario—. Será la instrucción y la justicia los que determinen qué estaba haciendo.

Tardaste una semana en salir de tu mutismo, el día en que rompiste a llorar en sollozos.

—Solo estaba intentando salvarla —no parabas de repetir—. Solo intentaba salvarla.

Ali y Ginevra se pasaban el día contigo, tratando de tranquilizarte.

—Pero venga, papá, ¿quién se va a creer lo que dicen esos?

Por fin conseguiste contarme cómo se habían desarrollado los escabrosos acontecimientos: la ciclovía estaba casi desierta, llevabas una hora pedaleando cuando te encontraste con aquella chiquilla inconsciente en el suelo, como no llevabas ni tu maletín de médico ni el teléfono, te arrodillaste a su lado para intentar localizar el daño y buscar la forma de reanimarla, a la espera de auxilio; no mucho después, para tu gran alivio, oíste llegar otra bicicleta a tus espaldas y te diste la vuelta: era una mujer, que por suerte sí llevaba teléfono.

—¡Llame al 118! —le gritaste.

Y la mujer obedeció, pero justo después llamó también al 113, el número de la Policía Nacional. A la mujer la situación no le pareció muy clara: aquella chica desmayada en el suelo parecía herida, y aquel hombre corpulento y barbudo, vestido de chándal, estaba tocándola, no quedaba duda; los efectos de esas siniestras atenciones eran por lo demás evidentes, dado que la niña tenía la camisa

arrancada de cualquier manera y un pequeño seno destellaba bajo la espléndida luz de aquella mañana de junio.

Tú, que siempre has sido nuestra roca, te transformaste de repente en arena; te pasabas los días tirado en cualquier parte, respondiendo a nuestras preguntas solo con monosílabos. Entretanto, el incidente había pasado a ser de dominio público y estaba galopando por las redes y los medios con la imparable energía de una manada de sementales salvajes. El médico por todos respetado, el hombre recto e irreprochable, se había transformado en el *pediatra pederasta*.

Es cosa sabida que los chismorreos malévolos forman parte de la mezquindad humana y, si bien antiguamente quedaban relegados a salones de particulares o bares, en nuestros días son capaces de llegar en cuestión de segundos a cualquier rincón del mundo, y dado que la mezquindad está sometida a la ley de los espejos, por la que, al reflejarse mutuamente, agrandan y deforman la imagen que muestran de entrada, así fue como aquel pequeño suceso vertió en la muchedumbre de usuarios invisibles imágenes, recuerdos y sospechas que le dieron una credibilidad cada vez mayor a lo que a voz en grito se decía que había pasado.

Algunas madres de niños a los que habías tratado fueron la cabeza del ariete de esa tropa de asalto: ahora resultaba que sí, que más de una se había percatado de que en su consulta el médico palpaba más de la cuenta con las manos el cuerpo de la hija; otra contó que una vez había tenido que salir un momento de la consulta para responder a una llamada de trabajo y al volver se había encontrado con la niña llorando, mientras que una tercera estaba absolutamente convencida de que justo después de una visita al doctor Mastronardi su hija había empezado a padecer insomnio y problemas psicológicos inexplicables, que ahora se podían atribuir con claridad a abusos de ese tipo.

Por supuesto, la noticia llegó también a Capracotta; todavía me mata recordar a tu madre, quien, entre llanto y llanto, no paraba de repetir tu nombre mientras tú intentabas tranquilizarla sin apenas fuerzas: «Seguro que se arregla todo».

Pediste una excedencia en el hospital y el día en que fuiste a recoger tus cosas muchos fingieron estar ocupados para no saludarte. Solo un colega te invitó a tomar un café de la máquina y te dio una palmadita

en la espalda mientras te decía: «¡Qué historia más fea! Esperemos que se resuelva pronto».

Por suerte, también hubo madres que te expresaron su confianza y su solidaridad, te mandaron mensajes con el emoticono de la lágrima, pero esos testimonios no eran muy distintos del débil gesto de la regadera que intenta extinguir un incendio. Yo te los leía de vez en cuando, pero tú siempre hacías un gesto de fastidio con la mano, como si quisieras matar una mosca.

—Pero es que la gente te tiene cariño, ¿por qué no quieres oírlo?

—Qué más da... Mi vida está acabada —decías volviendo a cerrar los ojos.

Como el lugar del incidente era un sitio bastante impracticable, los servicios de socorro tardaron lo suyo en llegar y, cuando por fin se llevaron a la pobre chica en la ambulancia, los auxiliares solo pudieron certificar su muerte. Era la hija única de una pareja no muy joven. Unos días antes por fin le habían regalado por su cumpleaños la bici que tanto había pedido la niña y ese día, sin decírselo a sus padres, la había cogido para estrenarla dando un paseo por el Taro. Hubo varias apariciones de los padres por la tele: la madre lloraba desconsolada, el padre repetía, con la mirada fija en el vacío: «¡Ese cerdo acabará pagando!».

Aparte de las ocasionales visitas a la comisaría para ser sometido a nuevos interrogatorios, a los que yo siempre te acompañaba, no te movías de casa. Te pasabas el día entre el sofá y la cama, la cama y el sofá, con los ojos cerrados o la mirada fija en el techo.

Mientras tanto, la brigada de investigación tecnológica siguió explorando implacablemente el contenido de tu ordenador, recorriendo todos los vínculos y las búsquedas de internet de tu historial. También nos secuestraron mi ordenador y el de las niñas porque, según ellos, era posible que tú, sin que nosotras lo supiéramos, te hubieras conectado a través de ellos para perpetrar tus innobles trapicheos.

A pesar de no tener nada tangible, los medios actualizaban a diario a su público, todo a bombo y platillo, igual que un domador de animales feroces que se queda fuera del recinto y se divierte enseñándoles vísceras y trozos de carne para excitarlos. Por las redes

circuló también el *hashtag* #doctormonstruo: una alcantarilla a cielo abierto donde todo el que quisiera podía descargar con perversa alegría lo peor de sí. Te deseaban todo tipo de muertes horribles y, en esos atroces escenarios, incluían también a tus hijas. La fila de personas que se acordaba entonces de haber tenido dudas y sospechas sobre tu actuación en el transcurso de los años crecía cada vez más para nuestra angustia.

También Ali y Ginevra tuvieron que padecer el acoso de amigos y conocidos. Mientras estuvimos a la espera de la autopsia, que requería su tiempo, yo sentía cada día, cada hora y a cada segundo que estabas saliendo de mi radar y del de las niñas. Ahora vivíamos con un ovni en casa, un objeto no identificado: fue Ginevra la que te definió así, pero tú ni siquiera reaccionaste; no tenías ya horarios, no te cuidabas, comías a solas y lo primero que pillabas.

Cuando Ali y Gin, aprovechando su talento como reposteras, te prepararon una tarta maravillosa con un ¡ÁNIMO, PAPÁ! escrito en mazapán y rodeado de corazoncitos, les diste las gracias, pero con la fría lejanía en tu voz de alguien venido de otra galaxia.

¿Se puede vivir ignorando el mal?, me preguntaba en esos días mientras te observaba. ¿Sería que la batalla que luchabas desde hacía años contra los males del cuerpo había hecho que te olvidaras de esa dimensión que penetraba toda la realidad?

Tú eras un hombre justo, no tenías malicia alguna ni pensamiento que no estuviera inspirado por un alma noble; te sentías como un vigoroso roble en medio del claro y olvidabas que son los árboles grandes y solitarios los que el cielo escoge para golpear con su rayo.

En la mirada atónita que tenías esas semanas, se leía a las claras tu estupefacción ante lo sucedido: ser justo no suponía en sí un salvoconducto para ser intocable; de ahí que, a la primera chispa, la paja hubiera empezado a prender con gran facilidad. Sí, el fuego te envolvió como antiguamente lamía con sus llamas a los herejes en la hoguera; teniendo en cuenta la época en la que vivimos, está claro que tú eres un hereje, pues la nobleza de ánimo es la mayor de las herejías. Dado el signo de los tiempos, al ver a aquella chiquilla tirada en el suelo tendrías que haber dado media vuelta y adiós muy buenas: nadie te había visto, no había cámaras, habrías vuelto a casa y habrías dicho: «Qué buen día he echado» y solo habrías sabido de aquel cadáver en medio de la maleza al día siguiente por algún suelto de

sucesos en el periódico: «Hallada una niña muerta en la ribera del Taro. Se abre la instrucción».

De esa forma, nuestra vida no habría tenido ningún traspié, ninguna orden de arresto, aunque... ¿habría seguido siendo nuestra vida? ¿O habríamos entrado más bien en el gran circo de la ficción, ese en el que viven todas las personas que consideran la conciencia como una porquería inútil? ¿No había sido quizá nuestra coherencia la que, pese a los muchos altibajos de la vida, nos había mantenido unidos? Acabábamos de chocar con ese escollo puntiagudo y estaba entrando agua en el barco, pero, a pesar de todo, todavía nos manteníamos a flote y, en ese precario estado, la madurez emocional de nuestras queridas hijas me reconfortó sobremanera.

Entretanto, también terminé el curso.

Que yo estuviera o no en casa parecía serte indiferente, pero para mí no lo era poder estar a tu lado. Y una tarde, mientras parecías dormir en el sofá y yo estaba con un libro en el sillón de al lado, abriste los ojos y me dijiste:

—¿Por qué no me lees un poema?

Aquella petición me sorprendió: el de la literatura era un camino que nunca habíamos recorrido juntos, y no porque le fueras hostil o lo rechazases, sino más bien porque tu espíritu práctico y tu compromiso profesional no te dejaban tiempo para abandonarte a ese placer. «Cuando me jubile, recuperaré todos los libros perdidos.»

—¿Qué poema quieres?

—No sé... Uno de esos que nos enseñaban en el colegio.

—¿«Canto nocturno de un pastor errante de Asia»?

—Sí.

Así empezamos a recitar juntos.

¿Qué haces, luna, en el cielo? Di, ¿qué haces,
oh, silenciosa luna?
Sales de noche, andas viendo desiertos, y después te escondes.[1]

Aunque ninguno la recordábamos entera. Sí que nos sabíamos de memoria «El infinito» y...

y esta maleza, la que tanta parte

del último horizonte ver impide.

así como el «10 de agosto» de Pascoli, con la pequeña golondrina muerta

[...] que tiende
ese gusano a ese cielo lejano;
y su nido está a la sombra, aguardando,
que cada vez pía más lento.

Al volver a esas imágenes que nos habían quedado de nuestros años de escuela me fijé en que por un instante se te cambió la luz de los ojos, como si te hubiera atravesado una emoción que intentabas contener.

—¿Podemos leer más? —me dijiste luego, tras un largo silencio.

Así, en esos días de absoluta desolación, el rincón de la poesía se convirtió en nuestra balsa de náufragos. Descubriste a Alda Merini, y yo te leía:

> Tú no lo sabes: hay abedules que por las noches levantan sus raíces, y tampoco te creerías que por la noche los árboles caminan o se convierten en sueños. Piensa que en cada árbol hay un violín de amor. Piensa que un árbol canta y ríe. Piensa que un árbol está en una hendidura y luego se convierte en vida.

Como un niño que oye un cuento y quiere asegurarse una y otra vez de que la historia siempre sucede igual, así querías tú que te repitiera a menudo esos versos.

—Casi que se podría decir que la poesía es una especie de plegaria —comentaste.

—Cuando es verdadera... —te respondí.

—¿A qué te refieres?

—A que creo que te sitúa ante el misterio de lo inasible.

Ese mismo día llamó tu madre, que estaba cada vez más preocupada por ti. Me dijo que tu primo Gianfranco, el abad del monasterio, te esperaba con los brazos abiertos.

No rechazaste la invitación.

Te acompañé a la estación con el coche lleno de maletas porque, como era ya verano, las chicas y yo habíamos decidido cambiar de aires e irnos desde allí a la casa de la montaña.

Era la primera vez que íbamos sin ti.

La primera noche encendimos la chimenea y sacamos el Monopoly para simular una normalidad y una alegría que, en realidad, no sentíamos. El segundo día mientras, sentadas en el balcón, contemplábamos la luz dorada del atardecer acariciando las cimas dolomíticas, Ali dijo:

—No sé, ¿por qué no ponemos a trabajar a nuestros ángeles? Nosotras estamos de vacaciones, pero ellos no necesitan descansar, así que podrían irse a echarle una mano al ángel de papá, ¿no?

Ginevra miró a su hermana como si fuera una alienígena.

—Pero ¿qué dices? ¡Lo que necesita es el mejor abogado que haya!

—Pues a mí me parece una idea estupenda —repliqué.

—Bueno, conmigo no contéis —concluyó Ginevra, desapareciendo en el interior de la casa al tiempo que se ponía los auriculares.

Ali y yo nos quedamos cogidas de la mano.

—Queridos ángeles —dijo entonces tu hija—: vosotros, que teñís de rosa las montañas y hacéis que broten las flores en los prados, vosotros, que seguís todos nuestros pasos para impedirnos tropezar, como en estos momentos no os necesitamos, ¿podemos pediros que vayáis con vuestras potentes alas hasta donde esté mi padre, Davide, el marido de mi madre? Lo está pasando mal y el suyo no puede ayudarlo solo con su fuerza. —Después se asomó a la puerta del cuarto de su hermana y le preguntó—: Gin, ¿podemos pedirle al tuyo que vaya con papá también?

Y, desde dentro, una voz quebrada le respondió:

—Sí.

Te reuniste con nosotros en la montaña tres semanas después; habías adelgazado, y tuve la impresión de que estaba aflorándote a la cara una gravedad que aún no te conocía. Lo cierto era que en esos meses te había visto ante un muro imprevisto e insalvable y no habías podido ni pasarlo por encima ni darle la espalda y volver por donde habías venido, de ahí que no te quedara más remedio que cuestionarte el sentido de lo sucedido.

Mientras te veía abrazar a las niñas pensé que, a fin de cuentas, todas las vidas están sembradas de muretes, muros y murallas chinas; de los pequeños apenas nos percatamos, basta un mínimo de agilidad para conseguir treparlos y dejarlos atrás; pero cuando se yerguen más

altos o incluso asumen la forma serpenteante de una muralla, estamos obligados a detenernos. Cuando el horizonte desaparece de nuestra vista física, se abren ante nosotros dos caminos: el del ciego topo que se queda atrapado o el que nos invita a descubrir un horizonte interior hacia el que dirigir nuestra atención.

Entretanto, el foco mediático había bajado su intensidad: en la prensa local siguió apareciendo una vez a la semana algún suelto con una actualización tan inútil como falsa; al final la autopsia había establecido que había sido un infarto lo que había provocado la muerte, pero todavía no estaba claro si ese infarto se debía a causas congénitas o estaba provocado por un susto repentino, y por eso continuó abierta la instrucción; yo, por supuesto, había implementado mi propia censura a lo que podía entrar o no en casa, y le había rogado a nuestro amigo abogado que nos llevaba el caso que solo nos pusiera al corriente si había noticias relacionadas con el proceso judicial.

Tengo que confesarte que en las primeras semanas, mientras asistía impotente a tu derrumbe, me habría gustado decirte, gritarte incluso: «¿Dónde está ahora tu Dios? ¿Por qué no te ayuda?».

Tú te criaste en una familia y en un mundo en que creer en Su existencia era algo tan natural como respirar, mientras que yo, en la sombría soledad de mi Ferrara, me eduqué en el gélido cono de luz del azar: la racionalidad era la escala que nos permitía llegar incluso a los lugares más intransitables, iluminándolos con la antorcha con la que veníamos de serie; en nuestro horizonte no había sombra que no pudiera disolver el intelecto; creer que podían existir otras dimensiones nos habría relegado de manera automática a un contexto arcaico de personas incultas y, por tanto, fácilmente maleables.

Si a mí al principio me dejó estupefacta tu mundo y el de tus padres, a ti te pasó lo mismo con mi ambiente; aun así, nunca nos juzgamos el uno al otro, y quizá esa haya sido la gran riqueza de nuestra vida. Tú nunca me sugeriste ni me impusiste respuestas, y tal vez justo por eso, en el silencio de mi corazón, empecé a hacerme preguntas. Como siempre te he sido fiel al cien por cien —y esa fidelidad ha estado ligada a la ausencia de esas sombras que producen los desdoblamientos interiores—, poco a poco yo también fui alimentando cierta confianza en tu Dios. Pero cuando te desplomaste literalmente tras el incidente, esa confianza se desvaneció y vino a

sustituirla la ira: para mí tú habías sido siempre un jugador imbatible, hasta que en cierto momento de la partida se había incorporado un tahúr que había mandado todas las reglas a tomar viento.

Así fue como ese día de principios de agosto, antes de llegar al refugio que tanto amábamos, en el punto en que el bosque de abetos cedía el sitio a los pinos negros y a la grava, te pregunté:

—¿Sigues creyendo que Dios te quiere?

Te quedaste callado mirando fijamente las grandes águilas imperiales que nos sobrevolaban y luego respondiste:

—Sí.

—¿Cómo es posible? Pero si te ha traicionado... Tú nunca le has hecho mal a nadie.

—Ni Él tampoco, y aun así también lo traicionaron. —Y luego, mientras recorríamos la recta que atravesaba los prados poblados de vacas y terneritos, añadiste—: Y siguen traicionándolo a cada paso, a cada aliento.

Comimos en el refugio, donde por suerte no encontramos apenas gente, y allí, por primera vez, me hablaste de que querías cambiar de vida: aunque se resolviera el asunto, me dijiste, no tenías ya intención de volver a trabajar en el hospital; había mucha competitividad, mucho arribismo, y la amenaza de los protocolos de cura que querían implantar te provocaba una gran angustia.

—¡¿Cómo se puede pensar en los seres humanos como si fueran máquinas que hay que reparar?! —protestaste indignado—. Cambiar la bujía, sustituir la correa de transmisión... Cuando yo cojo en brazos a un crío de seis meses entiendo no solo cómo está, sino cómo estará en el futuro. Toda persona tiene una energía que es solo suya y que posee desde el principio. ¿Cómo pueden tratarlos como aves de cría? Aunque, vamos —proseguiste dándole un buen trago a la cerveza—, ni a las aves de cría habría que tratarlas así, que también son criaturas de Dios.

Seguimos hablando de ese deseo tuyo de una vida distinta durante el resto del verano, lejos de los oídos de las niñas; en el fondo tú comprendiste cuál era tu vocación viendo al médico rural de Capracotta, que era capaz de encarar la nevada más terrible para ir a socorrer a sus pacientes; nunca imaginaste por entonces, ni en tus años de universidad, que te verías obligado a transformarte en un burócrata sepultado por toneladas de papeleo ni en un contable

obligado a que cuadren siempre las cuentas.

Aparte de tu trabajo, empezaba a quedársete pequeña la ciudad: tú eres feliz entre montañas, con vistas que abarquen horizontes elevados y abiertos, y comenzaba a pasarte factura tener que pasar el tiempo recluido en espacios acotados. Yo te apoyé en esa necesidad tuya de cambio: una parte de nuestra vida había concluido, había sido importante, pero ya no era nuestra.

Antes de volver a Parma, decidimos poner en venta la casa; mientras, tú te informaste sobre puestos libres como médico de familia fuera, en el monte, cuando no en medio de la montaña. Todavía no queríamos que las niñas sospecharan nada: nos temíamos las malas caras y la oposición que desataría en ellas la idea de abandonar a sus amistades urbanas para transformarse en tristes ermitañas.

De vez en cuando, entre una conversación práctica y otra, hablamos de nuevo de Dios; la noche antes de irnos de la montaña, cuando ya lo teníamos todo limpio y las maletas hechas, en la cama, antes de apagar la luz, te volviste hacia mí y me preguntaste:

—¿Por qué siempre hablas de *mi* Dios?

—No lo sé. Puede que porque no soy capaz ni de rezar.

—A veces el silencio vale más que mil plegarias.

Fue justo a la vuelta, mientras descargábamos una montaña de maletas en la puerta de casa, cuando te paraste con una mano en el portal y, mirándome como si me vieras por primera vez, me dijiste:

—¡Mira que estás guapa!

Había ocurrido eso mismo años atrás, con esas palabras y esa misma mirada, pero no quise hacerte caso; preferí vencer la vergüenza respondiéndote burlona:

—Sí, claro, soy una bella flor del jardín, que huele a calcetín.

Pero tú, en vez de reírte o de contratacar con otra gracia, te quedaste inmóvil mirándome.

A la mañana siguiente, cuando me miré en el espejo, tuve que reconocer que se me había posado una nueva luz en la cara: ¿era el fruto de la tempestad que acabábamos de atravesar o sería algo más bien fisiológico, pues a esas edades el cuerpo empezaba a poner en movimiento importantes trastoques hormonales?

En septiembre, tanto las chicas como yo volvimos a las aulas, mientras que tú no regresaste al hospital y, por tanto, por primera vez en tu vida, te dedicaste a hacer de amo de casa. Te esforzaste al máximo, con tu tableta como aliada: cuando veías alguna receta «de la abuela», corrías a hacerla porque de algún modo estabas convencido de que la *abuelidad* podía dar sabiduría gastronómica y, en los momentos críticos, consultabas a tu madre.

Cuando volvíamos de la escuela, nos encontrábamos la mesa puesta y a ti con el delantal, expectante como un colegial; a veces cocinabas cosas ricas, otras veces platos aterradores. Pasado un mes, Ali y Ginevra empezaron a preocuparse.

—Pero entonces ¿no vas a volver a la medicina?

—Claro que sí —respondiste—, aunque ya no quiero trabajar como antes. Cuando encuentre el puesto adecuado, tendréis que renunciar a mis manjares.

Lo cierto es que algunas de tus pacientes más fieles habían seguido llevando a sus hijos a casa porque, a pesar de todo el lodazal, se fiaban de ti más que de nadie. Las recibías en el salón, con el delantal puesto y a menudo un cucharón en la mano, pero eso no parecía desalentarlas.

El primer domingo de octubre nos fuimos los dos solos a dar un paseo por un tramo de la vía Francígena que atraviesa las colinas al otro lado de la ciudad y allí, ante una pequeña parroquia abandonada, te dije:

—Dentro de poco seremos cinco.

Te callaste antes de rodearme con el brazo y estrecharme contra ti; nos quedamos así, inmóviles, contemplando la magnífica luz de principios de otoño.

A las chicas decidimos no decírselo aún porque temías que pudiera surgir alguna complicación y preferimos no añadir otro sufrimiento a su año.

Cuando en la tercera ecografía supimos que sería un niño, murmuraste: «Elia», y yo te dije «sí».

Un domingo de noviembre quisiste preparar un almuerzo especial, con la carta impresa y velas encendidas en mitad de la mesa; yo me

dediqué a la tarta.

Ali y Ginevra aprobaron con el pulgar hacia arriba el resultado de tus esfuerzos, pero cuando llegó la botella de espumoso, no pudieron evitar preguntarnos:

—¿Qué estamos celebrando?

—¡Que va a llegar Elia! —respondiste mientras trajinabas con el tapón.

—¿Quién es? ¿Un amigo vuestro?

—No, es vuestro hermano.

En la mesa se hizo un silencio de estupefacción.

—Pero después de tantos años... —observó Ginevra—. Aparte, ya somos... ya somos cuatro...

—¿Y te parece mucho? —preguntaste tú para provocarla.

Ginevra asintió.

—Es que la vida, por suerte, ¡siempre es mucho!

El tapón salió disparado y, como siempre, hizo diana en la lámpara de araña. Ali aplaudió con entusiasmo:

—¡Viva Elia! Ahora papá dejará de ser el único gallo del corral.

En cuanto pasó el estupor inicial, a las niñas las invadió una jovial excitación: se pasaban el rato leyendo cosas por internet y estaban informadas casi en tiempo real sobre lo que sucedía en mi interior. Descubrieron que Elia era ya capaz de oír lo que ocurría a su alrededor, de reconocer las voces y de disfrutar de la música, así que no paraban de hablar no ya conmigo, sino con mi barriga. Lo saludaban todas las mañanas y varias veces al día le preguntaban: «¿Cómo se está ahí dentro?». Cuando iban a acostarse casi siempre le daban un beso de buenas noches.

Una vez se desató una de sus enconadas peleas cuando Ginevra, poniendo voz como de película de miedo, le dijo a mi barriga:

—Disfruta mientras estés ahí porque aquí fuera te vas a encontrar a dos hermanas que son unas brujas.

Ali se enfadó.

—Pero ¿por qué tienes que asustarlo con esas tonterías?

—¡Era broma! Pero, vamos, que tampoco creo que él sepa lo que es una bruja.

—Pues, si no lo sabe, lo va a saber en cuanto te vea.

¡Agárrense, que vienen curvas!

Cuando más adelante, en los últimos meses de embarazo, me di de baja en el instituto, me convertí en rehén literal de mis hijas: me obligaban a pasarme horas en el sofá escuchando —o, más bien, para que Elia escuchara— música para que estuviera contento; Ginevra me bombardeaba con Mozart, mientras que Ali alternaba música de sitar con el canto místico del Om. También sobre eso discutían.

—¡Le estás haciendo un lío en la cabeza! —afirmaba Ginevra.

—No, ¡lo va a liar más como nazca y vea que yo no soy rosa como vosotros! Y además, como el Om me pertenece y Elia es también hermano mío, tiene que pertenecerle a él también sí o sí.

Recuerdo aquellos meses como una época de placentero aturdimiento; me sentía en cierto modo portadora de algo majestuoso, por mucho que supiera que esa majestuosidad no estaba ligada a mi persona, sino a la situación que estaba viviendo.

¡Qué distinto fue del embarazo de Ginevra! Lleno de temores, de angustias, de sentimiento de culpa: ¿y si no estaba a la altura? ¿Y si pasaba cualquier cosa en el momento del parto, un imprevisto capaz de echar a perder para siempre la vida de la cría y la nuestra? ¿Y si tú también de pronto un día padecías la banalidad de la hipocresía y me abandonabas y te largabas con tu atractiva jefa de servicio? ¿Y si a Alisha, mi embarazo oblativo, le cambiaba el carácter y sacaba un lado destructivo que por entonces era imposible entrever? En esos tiempos, nuestra aventura estaba empezando y adolecía de la fragilidad del proyecto que todavía no se ha convertido del todo en realidad.

Si, en cambio, el embarazo de Elia acabó siendo casi una marcha triunfal es porque, al final, incluso en los momentos más oscuros, conseguimos que se impusiera la sabiduría, y la sabiduría es la vía más potente a través de la cual se expresa el amor. Y es solo la imaginación del amor la que con el tiempo transforma una cabaña de troncos en una fortaleza inexpugnable.

En diciembre encontraste un puesto de lo tuyo en Terenzo. Te pusiste eufórico porque era un pueblo de poco más de mil habitantes y estaba a los pies de la montaña: un colega se había jubilado y tú ibas a sustituirlo a partir de septiembre del siguiente año.

Elia llegó al mundo el 25 de marzo, el día de la Anunciación, y solo tardó veinticinco minutos en hacerlo. ¡Una cosita preciosa! Tanto él

como yo nos encontramos de maravilla. No era un toro físicamente y tenía más bien un punto delicado y una mirada sosegada y curiosa que ya lo hacía observar el mundo.

La alegría de Ali y Ginevra fue absoluta: la distancia de los años no lo convertía en otro rival, sino en un compañero de camino al que cuidar.

Viéndolas con Elia en brazos, pensé que quizá ese niño imprevisto había llegado a nuestro hogar para disolver el síndrome de Caín que a menudo hemos visto vivo en nuestras hijas.

Al final, toda la cuestión de la pobre chiquilla que había muerto quedó en nada: se comprobó que tenía un defecto cardiaco que no le habían diagnosticado y que esa había sido la razón de su trágico fin; los rasguños se los había provocado la caída de la bici y la camisa se la habías desgarrado tú cuando intentaste reanimarle el corazón como pudiste.

Por supuesto, esa información solo nos llegó a nosotros y a su familia; los medios se cuidaron mucho de reparar tu honor.

En abril encontramos este caserón no muy lejos del pueblo; no necesitaba mucha obra y podíamos mudarnos cuando terminaran las clases. Cuando les dimos la noticia a las niñas, aparecieron las malas caras que esperábamos, pero tú no les dejaste margen: estaba a media hora de Parma y yo iría todos los días en coche al instituto; además, había línea de autobús.

—Cuando erais pequeñas —les explicaste por la noche en la cena—, siempre buscamos lo mejor para vosotras, sacrificando una buena parte de nuestra vida. Ahora que sois mayores, tenéis que empezar a entender que el amor no es nunca un viaje de ida sin vuelta.

A partir de la Pascua empezaste a pasar más tiempo en Terenzo que en Parma con nosotros. Querías estar pendiente personalmente de la reforma para que se hiciera lo mejor posible. Dada tu pasión por las cosas prácticas, aparte de vigilar los trabajos de albañilería, comenzaste a preparar la tierra que rodeaba la casa y que llevaba varios años abandonada, hasta el punto de que la maleza y las zarzas habían invadido hasta el último rincón. Te compraste una desbrozadora y varias herramientas para trabajar la tierra; cuando terminaste de limpiarla, empezaste a planear la división de los

espacios. Por la noche volvías a casa hablando entusiasmado de la calidad de la tierra, de las zonas de sol y de sombra, de dónde era mejor montar el gallinero.

Si yo hubiera pretendido tener un jardincito con flores, no podría haberlo hecho: para ti la tierra existía solo para ser cultivada, y su fin era producir comida para la familia.

Construiste una pérgola delante de la casa para que trepara por ella una parra y escogiste el sitio para plantar el huerto y una zona más reducida para varios frutales, que más tarde cercaste y donde pusiste una trampilla para que las gallinas pudieran escarbar durante el día y limpiasen la tierra de las larvas que podían atacar los árboles; para la noche les construiste un refugio más inexpugnable que la cámara acorazada de Tío Gilito: no serían los Golfos Apandadores quienes intentarían entrar, sino los zorros y las comadrejas, que en pocos minutos podían formar una auténtica masacre aviar.

Cuando te oía hablar, Ginevra siempre ponía cara de preocupación, como si se dijera: «Espero que no me toque echar una mano». Ali, por su parte, ya se había ofrecido voluntaria para cuidar del gallinero y no veía la hora de tener entre las manos un pollito recién nacido.

A pesar de tus esfuerzos, las obras no terminaron en el plazo establecido: los fontaneros y los electricistas escaseaban y había que armarse de paciencia y ponerse a la cola. No habría sido mucho problema si a finales de mayo no hubiéramos tenido que entregar nuestra casa de Parma a los nuevos propietarios, pero ya nos habíamos comprometido y no podíamos retrasarlo. No tuvimos más remedio que meter todos los muebles y las cajas en un trastero y buscar un sitio para el verano.

Mientras trajinábamos con la cinta adhesiva y las etiquetas, Ali propuso:

—¿Y por qué no nos alquilamos una cámper y nos vamos a recorrer el país durante un mes?

Aunque era una idea fascinante, tuvimos que descartarla porque Elia no tenía ni dos meses. Vivir en una pensión o en un hostal era una perspectiva un tanto triste y tampoco nos entusiasmaba la idea de ir ese año a la casa de la montaña, así que un día nos anunciaste:

—He hablado con mi primo y vamos a ir a su monasterio: hay sitio

de sobra, el aire allí es estupendo, y además tendremos la tranquilidad que necesita nuestro pequeñín.

Ninguna de nosotras tres había ido. Como siempre, fue Ginevra quien echó el freno de mano.

—No habrá que estar todo el día rezando, ¿no?

Ali, por su parte, sentía curiosidad:

—¿Cómo es aquello?, ¿se parece al Himalaya?

—Más o menos —respondiste—, solo que a menos altitud.

Elia sonreía como siempre y miraba a su alrededor con curiosidad.

A las hermanas les encantaba salir con él. Cuando la gente las paraba para admirar al niño o echarle algún piropo, Ali, trabucando un poco el italiano, les contaba que era un ama de cría llegada de las cumbres del Himalaya para cuidar del pequeño, a lo que todos se la quedaban mirando con cara de perplejidad.

—¿Del Himalaya?

—Sí, es que este niño es una reencarnación de Buda.

Después, en cuanto se quedaban a solas, las hermanas se echaban a reír. Seguro que Ginevra se avergonzaba del risueño atrevimiento de su hermana, pero luego le agradecía esos breves momentos de ligereza, y lo cierto es que Elia, al que yo tenía muy bien alimentado, estaba efectivamente adquiriendo una rotundidad digna de Gautama Buda.

Con todo, al final les diste permiso a las chicas para que se fueran a mitad de junio con una amiga que tenía una casa muy grande en la costa del Tirreno, y eso borró de sus corazones toda sombra de tedio y de enclaustramiento.

Yo recordaba vagamente a tu primo Gianfranco, de cuando lo había conocido de pasada en la boda y era ya monje benedictino. Pero, al volver a verlo, enseguida me llamó la atención lo mucho que os parecíais. Da la impresión de que cuando envejecemos, me dije, la huella genética sale a flote y vuelve más evidentes nuestros vínculos de sangre.

Gianfranco era el hijo de un tío tuyo por parte de madre y erais casi de la misma edad. Por lo visto, en la misma época en que tú estabas terminando tus estudios, él decidió abandonar la vida mundana.

—No es que naciera ya con la aureola puesta —añadiste—; de

hecho, de joven fue bastante libertino: tocaba la guitarra en un grupo y siempre lo rondaban las chicas... A mí me ponía verde de envidia.

A diferencia de ti, que eres claramente un ave estacionaria, tu primo fue un trotamundos desde la adolescencia, cuando atravesó media Europa en autostop con su guitarra, desafiando la ira y la desesperación de sus padres. Luego, un día cogió un ferry de España a Marruecos, donde conoció el desierto, y, al regresar, ya no era el mismo: una parte de él había muerto entre esas dunas y otra había nacido. Había encontrado un libro sobre Carlos de Foucauld y, leyéndolo, había entendido que Dios amaba a los grandes rebeldes y que quizá solo estos conseguían una relación fecunda con Él.

Justo el año en que terminaste la especialidad de Pediatría, Gianfranco entró como novicio en una abadía benedictina. Aunque desde entonces os habíais visto muy poco, entre vosotros había quedado un vínculo profundo, y fue ese vínculo lo que te salvó del devastador aniquilamiento en que te precipitaste tras el incidente.

Tu primo llevaba ya unos años en ese pequeño monasterio engarzado entre los hayedos y las impracticables rocas de los Apeninos, en compañía de otro monje un poco mayor que él y otro muy anciano que había perdido la cabeza y al que cuidaban. Tenían abejas y alguna cabra que les daba leche, aparte de un huertecito cuya tierra se había librado de la omnipresente caliza de la zona. De hecho, alrededor estaba todo yermo, preso de una piedra calcárea hostil a cualquier brote verde.

Mientras subíamos con el coche por aquellas carreteras desiertas, a las chicas y a mí nos sorprendió mucho la diferencia entre los Alpes, donde teníamos la casa de vacaciones, y esas montañas escabrosas y áridas, en las que solo parecían poder vivir serpientes.

—Pero ¿dónde están los bosques? —preguntó Ginevra.

—Los bosques están por encima de los mil metros —nos explicó más tarde tu primo—, y son hayedos, por eso desde la Antigüedad los monjes que huían de Oriente Medio se reunían en esta zona, porque la uniformidad de formas y colores de esos poderosos árboles les recordaba la uniformidad misteriosa y tornasolada del desierto que se habían visto obligados a abandonar.

Las niñas estaban un tanto descolocadas en aquel mundo fuera del mundo; por supuesto, no había wifi alguno, y ya el segundo día empezaron a quejarse.

—¡Se nos van a acabar los gigas!

—Ya os contrataré más —las cortaste en seco.

Aquello las tranquilizó y también, en parte, las sorprendió, pues tú siempre has estado en contra de eso. Comprendí que querías evitar roces inútiles en esos días.

Tú seguías los ritmos de oración de los monjes mientras las chicas y yo dábamos caminatas por los alrededores o nos quedábamos simplemente sentadas al sol, yo con un libro en la mano y ellas con las gorras y los móviles.

El libro que me había llevado para leer era una biografía de Hildegarda de Bingen que me había regalado una amiga entusiasta de la medicina natural. Hildegarda, que vivió en el siglo XII, entró con diez años en un monasterio por deseo de su familia; menuda de cuerpo, sin posibilidades de estudiar por ser mujer y de salud débil, fue grande en todos los palos que tocó: botánica, astronomía, medicina, música... Tanto es así que más de mil años después releía sus palabras y me embargaba un profundo asombro.

Aquella lectura hacía que me asaltaran muchas preguntas y así, una noche, después de la austera cena, me fui a dar un paseo con tu primo bajo la espléndida luz que, con el crepúsculo, atravesaba aquellas montañas. El anochecer y la aspereza del terreno solo nos permitían recorrer un tramo pequeño de sendero, y, entre ida y venida, le pregunté a Gianfranco:

—¿Cómo se hace para oír la voz de Dios?

—La voz de Dios es un viento ligero —me respondió—, igual que el que acaricia el desierto al amanecer.

—Pero una persona que vive en el mundanal ruido, ¿dónde puede encontrarla?

—En el silencio profundo del corazón.

—¿Cómo de profundo?

—A tal profundidad que lo superfluo desaparece.

En esas semanas, el paseo de después de cenar con tu primo se convirtió en una costumbre diaria para mí. Nunca me preguntaste de qué hablábamos ni tampoco hiciste por acompañarnos. Creo que la verdadera libertad que nos hemos dado siempre ha sido el cimiento de nuestra vida juntos: estar el uno para el otro sin desear nunca la posesión mutua. ¡Qué difícil es conseguir ese equilibrio! La vida, con sus asperezas, desgasta y siempre está presente la tentación de escoger

caminos más seguros.

Una vez te pregunté la razón de esa confianza tuya casi innata en las relaciones.

—Solo hay que observar las plantas —me respondiste—: una semilla germina y, sin pedir permiso a nadie, su tallo perfora la tierra y sube hacia arriba, hacia la luz del cielo. Eso mismo, con mucha más obstinación, hace un árbol: la bellota germina y, en cosa de unos años, donde antes no existía nada, hay un sitio en el que sentarse y descansar a la sombra. ¿Y no hacen acaso los niños lo mismo? Vienen al mundo, sonríen a los pocos minutos al ver a sus padres y son felices cuando los cogen en brazos. El amor y la luz guían todo crecimiento. Solo cambiaré de opinión el día que vea que las semillas se enquistan como parásitos en la tierra, que los árboles lanzan las raíces hacia el cielo y que los niños y todos los cachorros del mundo experimentan alegría cuando sus madres los descuidan. Ahora que, si eso llega a ocurrir, yo espero no estar ya aquí, porque una realidad en la que se invirtieran las leyes ya no sería nuestro querido mundo, sino un auténtico infierno.

—Muchas veces se cree que la fe es un traje listo para vestir —me decía tu primo—: algo que está en el armario o no está, y si no está, no te da por ir a ponértelo, te contentas con ponerte lo primero que pillas. Pero la fe no es para los perfectos, para los sofisticados, para los almidonados; la fe no es un traje, sino una túnica llena de desgarrones. La fe es para los inquietos. Yo, por ejemplo —me confesó—, de vez en cuando me peleo con Dios, me peleo tan fuerte que salgo de la habitación dando un portazo.

—¿Y cómo es eso?

—Pues por el dolor de los inocentes, ¿por qué otra cosa iba a indignarme?

—¿Y el Todopoderoso no se enfada?

—Al contrario, Dios ama a todos los hombres verdaderos, no a los siervos necios. Cuando luego hacemos las paces, son los mejores momentos.

Me gustaba hablar con Gianfranco porque encontraba en él la misma libertad interior.

—A lo mejor estás consiguiendo ponerle nombre a todo lo que tienes dentro —me dijo un día.

—¿A mi sed de claridad?

—¿Qué es esa sed sino una necesidad implacable de Verdad?

Como no existían celdas matrimoniales, esos días estaba durmiendo yo sola con Elia. La ventana de mi estancia daba al valle, no tenía por delante ni luces, ni viviendas ni edificaciones: parecía haber vuelto un milenio atrás en el tiempo, a esa misma época en que los monjes se trasladaron allí. Elia dormía junto a mí, con las manitas a ambos lados de la cabeza y una expresión de total beatitud. A lo lejos se oía el rumor del río, que no mucho después formaba una pequeña cascada. La luna estaba alta en el cielo y llena, con una luz tan intensa que podría haber visto a los insectos caminar por las hojas del roble pubescente que tenía a pocos metros de la ventana. En aquel aire aparentemente inmóvil, me volvió el poema de Leopardi que habíamos repetido juntos aquel día:

¿Qué haces, luna, en el cielo? Di, ¿qué haces,
oh, silenciosa luna?
Sales de noche, andas viendo desiertos, y después te escondes.

Mientras lo repetía, tuve de golpe la sensación de que un viento ligero, casi un aliento, me acariciaba la cara; las hojas se movieron mínimamente y, en ese mismo instante, también algo se movió en mi corazón, una especie de saltito —una extrasístole, habrías dicho tú—, pero a mí me había parecido el temblor de alegría que invade a los perros cuando ven a sus dueños después de mucho tiempo.

Había dejado la ventana abierta y me tendí en la cama, suspendida en una paz que nunca había sentido.

«El viento sopla donde quiere», me había dicho el padre Gianfranco unos días antes.

En ese momento y para siempre, supe que tenía razón.

Cuatro días después estábamos bautizando a Elia.

Los abuelos y los tíos que iban a hacer de padrinos llegaron de Capracotta hacinados en una pequeña furgoneta. Tú habías bajado al pueblo el día antes para comprar un espumoso y una tarta a la altura de la ocasión, mientras que de la furgoneta de tus padres salieron

enormes neveras cargadas de comida.

En la iglesia, yo sostenía en brazos a Elia, que llevaba puesto su faldón blanco. El chiquillo miraba a su alrededor perplejo ante tanta algarabía. Tu primo le echó el agua bendita en la cabeza a él primero y luego yo incliné la mía en la pila bautismal para que me la echara a mí también.

—Yo os bautizo, Elia y Chiara, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Vi de reojo cómo Ginevra desencajaba los ojos. Tú estabas tan al lado que no pude ver tu reacción.

Cuando acabó la celebración, disfrutamos del día todos juntos; Elia pasaba de mano en mano como un pequeño rey y en el aire cundía la serena alegría de las cosas importantes. Tus parientes se fueron a última hora de la tarde y al día siguiente tú tenías que llevar a las niñas a la playa.

—Me lo podrías haber dicho —me dijiste esa noche cuando me acompañaste a la celda.

—Ha sido como si me cayera un rayo, y no hay palabras para cuando te pasa algo así.

—Mis padres se han quedado algo chafados, no estaban preparados para una alegría tan grande. Ha parecido que no querías compartirlo con ellos.

—Lo siento, pero es que también ha sido una sorpresa para mí. El viento sopla donde quiere.

Ya había metido a Elia en la cunita y tenía su vestidito del bautizo en la mano.

—Ahora soy un alma cándida —te dije pasándote el traje por debajo de la nariz.

—Siempre lo has sido —me respondiste, y luego nos quedamos abrazados en silencio.

Se me han pasado volando estos diez días. Esta mañana ya he recibido un mensaje tuyo (lleno de faltas, como siempre, ¡de verdad, a ver si te pones las gafas, que te lo tengo dicho!), en el que me cuentas cómo habéis organizado la vuelta: Ginevra cogerá un autobús en Cortina que la dejará en Bolonia y, una vez allí, la recoges tú, mientras que Ali aterrizará en Milán ya bien entrada la noche, así que Luca la traerá a

casa pasado mañana.

Como estas vacaciones he estado viviendo como un topillo, más que ordenar la casa para vuestra vuelta, tengo que prepararme mentalmente para afrontar el impacto —después de tanta quietud— de ese regreso: llegaréis con mil maletas y mochilas hechas de cualquier manera y con ganas de contarme todo lo que habéis visto.

Con el único con el que he hablado todos los días ha sido con Elia. Era la primera vez que se enfrentaba solo al mundo y me preocupaba que le vinieran momentos de desasosiego y nostalgia; si se hubiera dado el caso, me habría metido en el coche y habría corrido a recogerlo, pero por suerte a él le encanta estar con la familia de su compañero de clase: se le nota en la voz tan enérgica con la que habla por teléfono. Si estuviese con morriña, se habría dedicado a quejarse, cuando no directamente a llorar, pero tiene un temperamento muy equilibrado para un niño de su edad.

Es verdad, tú también te has fijado en que, desde que estaba en la cuna, Elia ha dado muestras de sabiduría y sosiego; lo observa todo con atención y con una mirada amable, nunca un grito, un llanto, siempre ha parecido que lo han catapultado hasta aquí desde un planeta de otro sistema solar. Pero ¿no es quizá así para todos? Llegamos al mundo y no tenemos la más mínima idea de dónde hemos vivido hasta el momento de la concepción. Hay un antes y un después, ambos envueltos en un misterio inescrutable. ¿Y será el mundo del que van llamando a nuestras almas una a una el mismo mundo al que un día, una vez cumplido nuestro camino, volveremos?

Hemos hablado mucho de todo esto en los últimos años, ¿verdad? Un día te cité un fragmento de un poema de Montale, uno que le dedicó a su mujer al poco de morir esta:

Habíamos inventado para el Más Allá
un silbido, una señal de reconocimiento.
Intento modularlo en la esperanza
de que todos estemos ya muertos sin saberlo.[2]

Y luego te pregunté:

—Con toda la gente que hay en el mundo, ¿cómo vamos a encontrarnos cuando traspasemos el umbral?

—Yo creo que no nos hará falta encontrarnos porque el amor que

nos une es ya un pedazo de eternidad.

Así y todo, en la ilógica lógica del misterio, hay algo más: Elia fue concebido en un momento en que ambos vivíamos sumidos en una desesperación absoluta; según los cánones corrientes, tendría que haber sido un niño marcado por una fragilidad psicológica importante, pero no ha sido el caso; más bien al contrario, en vez de traer turbación a la familia, ha sido como un solecito que nos ha caldeado los corazones. Ha sembrado la paz entre las hermanas, que se han unido al tener una responsabilidad común, y, como ha llegado en una época en que ya no creíamos que fuera posible, a nosotros nos ha dado el impulso que necesitábamos para vivir una nueva juventud.

En estos años os he observado a menudo desde la ventana: Elia ha heredado de ti la pasión por la tierra; ya con tres años te seguía con su palita y su rastrillo en la mano e iba mirando todo lo que hacías para luego copiarte, lanzándote, cuando dudaba, miradas interrogativas. Parecías un gigante con un enanito a tu servicio. Cuando era pequeño, lo montabas en la carretilla, pero en cuanto cogió fuerza en las piernas, le compraste un peto e iba trotando detrás de ti enfundado en él.

En lo físico tiene más de mí que de ti porque, en general, los varones se van *amadrando*, mientras que las hembras se *apadran*, o sea, que se parecen al padre: el abatimiento de Ginevra por esas piernas demasiado robustas y más cortas de lo que ella quisiera se debe al cien por cien a esa «maldición» genética. Pero si Elia se me parece en lo físico, en la mente y en el corazón es la fusión perfecta de nosotros dos: razonador implacable como yo, pero enriquecido por esa espontánea y plena generosidad de corazón tan propia de ti.

Te confieso que no son pocas las veces que, mientras lo veo crecer, me planteo la misma pregunta que nos hacíamos años atrás con nuestras hijas: ¿es posible que la educación que le estamos dando le impida adaptarse y sobrevivir en el mundo contemporáneo, cada vez más veloz, cada vez más complicado, cada vez más feroz y fuera de control? La rapidez con la que ha mutado todo en estos últimos veinte años ha sido, cuando menos, angustiante.

¿Qué hará Elia de mayor?

¿Se pasará la vida en las cumbres de los Apeninos, pastoreando? Y si ha heredado, en cambio, tu vocación por la medicina y, por tanto, por las personas y se ve obligado no solo a someterse a los protocolos,

sino incluso a ceder a los algoritmos la complejidad de un diagnóstico, ¿cómo logrará no sentirse humillado en su humanidad? ¿De qué manera podrá rebelarse ante un sistema que ha vendido nuestra alma a los fantoches de la inteligencia artificial, a un mundo que pretende reducirnos a realidades físicas reproducibles, comprobables y eliminables según la necesidad del momento?

¿No será que cuando el ángel te sugirió el nombre —tan poco frecuente y pasado de moda— fue justo para recordarte el papel que tuvo el profeta bíblico Elías al desafiar a los sacerdotes de Baal, cuando los humilló con una derrota abrasadora?

¿Y cuántos pequeños Elia nos harán falta para invertir la rueda, cuántos niños, cuántos adultos capaces de levantar el índice y decir: «¡El rey está desnudo!»?

Hace sesenta y seis millones de años un asteroide grande como el Himalaya se precipitó sobre nuestro planeta y causó un impacto devastador para la Tierra. Si hubiera caído en medio del mar, habría creado una cortina de vapor de agua inmensa, pero cayó —así lo han demostrado los científicos— en un mar poco profundo, una especie de pantano rico en carbono y azufre, de ahí que primero se formara una nube de vapor incandescente y luego otra de polvo y anhídrido carbónico: una lluvia de fuego, en resumen, a la que siguió la opacidad angustiante de una niebla perpetua.

Esa modificación de la atmósfera condenó a muerte a la mayor parte de los seres vivos: se acabaron los rayos de sol, se acabó la alternancia de día y noche, la fotosíntesis de las plantas, la comida y el oxígeno. La mayoría no pudo hacer otra cosa que sucumbir, pero ese devastador vacío de muerte abrió acto seguido la posibilidad de que aparecieran otras especies: en lugar de los reptiles, lenta e inexorablemente se inició la larga marcha de los mamíferos.

A menudo me pregunto si podríamos haber nacido y sobrevivido como especie si la Tierra estuviese todavía recorrida por las aterradoras carreras del *Tyrannosaurus rex*. ¿Cómo nos habríamos defendido? Ellos nos habrían visto como una aceituna para abrir boca. Al desaparecer, nos brindaron la generosa posibilidad de aparecer.

Ahora vivimos todos inmersos en la falsa angustia por los tubos de escape de nuestros coches y por los gases de los rumiantes; si se

conociera un poco la historia de la Tierra y de los seres vivos, vinculadas entre sí, si se conociera también simplemente un poco de historia de los seres humanos e hiciéramos menos caso de los bombardeos informativos, nos daríamos cuenta de que, desde que existe la vida, es todo un sucederse de muertes y resurrecciones: la vida se desarrolla de una determinada manera hasta que queda borrada y nace otra.

La vida, como tú dices, es realmente demasiado: hay en ella tal energía creativa que siempre será capaz, tras cada aparente derrota, de volver a ponerse en movimiento, y de esa energía, por mucha ciencia que tengamos, no somos capaces de analizar más que minúsculos fragmentos.

Una vez te leí en voz alta una entrevista que le hicieron a un importante científico, ¿te acuerdas? El hombre decía que la ciencia se parece a los faros de un coche que avanza en la noche: ilumina el camino que tiene delante y permite así avanzar, pero, en este avanzar, es consciente de que la rodea una gran oscuridad. En nuestros tiempos se busca imponer una idea muy distinta de la maravillosa e insaciable curiosidad humana. La ciencia, se dice, tiene en sus manos las llaves de la salvación del mundo; vigilamos todos los meteoritos que giran amenazantes en el espacio, estudiamos sistemas para desintegrarlos mucho antes de que lleguen a nuestra atmósfera; mantenemos bajo control también a los volcanes porque también han provocado extinciones y constituyen una amenaza constante.

Pero ¿no crees que en toda esa exaltación del control nos hemos olvidado del control más importante, el de nuestro corazón?

¿Te acuerdas de la vez que, un día volviendo a casa, me dijiste: «Solo veo niños marchitos»?

—¿En qué sentido? —quise saber.

—Son como las flores de la sierra: flores perfectas pero muertas por dentro.

Esa noche charlamos sobre el tema hasta tarde porque también yo misma, con el paso de los años, había notado el progresivo marchitamiento de mis alumnos, como si percibiera en ellos la ausencia absoluta de curiosidad, de asombro, de deseo de plantearse preguntas.

¿No es acaso nuestro corazón un pequeño sol? Cuando está despejado de nubes, su luz nos resplandece en la mirada; cuando está

envuelto en niebla, también nuestros ojos lenta e inexorablemente se van apagando.

Nos preocupamos hasta la obsesión por nuestra salud física sin que se nos pase por la cabeza que existe también una salud del alma: solo esta última es capaz de ponernos en contacto con lo que Hildegarda de Bingen llama «la sinfonía de las armonías celestiales».

¿Cuánto añoramos esas armonías? ¿Y hasta qué punto no somos conscientes —en un mundo en el que incluso la naturaleza del hombre ha sido borrada— de esa armonía? Nostalgia de nuestra humanidad, de nuestra grandeza, del misterio que nos genera y nos regenera constantemente, poniendo en marcha la desmesurada energía que caracteriza a los grandes amores.

¿Te acuerdas de lo mucho que te entusiasmó cuando te hablé del concepto de *viriditas* según Hildegarda (que yo misma descubrí no hace tanto, cuando leí el libro que me llevé al monasterio de tu primo)?

—Eso es justo lo que falta —dijiste—. Falta el *vir*, el hombre, y falta la *vis*, la fuerza. Sin esas dos realidades no se puede hacer nada más que apagarse. Por eso los niños están marchitos.

Viriditas, la energía de la naturaleza, el fluido que nutre constantemente la Tierra y todo lo que vive en ella, la fuerza que nada puede parar y cuyo secreto ningún microscopio podrá revelar.

—¿Y qué dirías tú que es lo contrario? —me preguntaste.

Al punto me vino a la cabeza el agua. Sin ella, nada puede existir: en el agua nacemos, el agua nos calma la sed, el agua nos nutre, el agua nos hace renacer, el agua que nos da —solo a nosotros entre los seres vivos— el privilegio de las lágrimas. De modo que, después de haber visto la desolación de nuestra época, te respondí:

—La *ariditas*.

—¡Eso es! ¡*Viriditas* versus *ariditas*! —exclamaste entusiasta, y seguiste hablándome con la misma vehemencia con la que a menudo hablas de tu equipo de fútbol.

Cuando nos fuimos a la cama, ya en pijama, me dijiste:

—Por lo menos, eso lo hemos hecho.

—¿El qué?

—Hemos intentado combatir la *ariditas*.

Nos metimos entonces bajo la colcha. Creo que era finales de agosto o principios de septiembre porque todavía dormíamos con la ventana

abierta, para que entrara el fresco; un viento ligero removía el gran tilo que hay cerca de casa. Todos los árboles suenan distinto cuando los acaricia el viento, pensé.

¿No nos ocurre lo mismo?

Hay quienes vibran al mínimo soplo, otros que se quedan mudos e inmóviles incluso en medio de la tempestad. Busqué entonces tu cálida mano bajo la sábana y enseguida respondiste a mi apretón. Por increíble que parezca, todavía no te habías dormido: tu poder mágico, que tanto te envidio, para echarte en la cama y hundirte al instante en el olvido del sueño, aún no se había manifestado esa noche, de modo que te dije:

—Sí, de un modo u otro, hemos intentado reparar el mundo, aunque solo sea un poco.

Me habría gustado añadir «corazón mío», pero sabes que esas palabras se me suelen atragantar.

Así que ahora te escribo: dentro de pocas horas, corazón mío, oiré el rumor del coche recorriendo el camino blanco, la cancela automática se abrirá y al poco irrumpiréis los tres en casa y tiraréis el equipaje donde pilléis. Seguro que Elia y tú llegaréis con las botas sucias, me estrecharéis en un abrazo y al poco tú irás a la nevera y dirás: «Hemos comido un bocadillo asqueroso en la gasolinera». La desolación aparecerá en tu cara en cuanto te des cuenta de que no he preparado nada, y entonces Ginevra, que siempre tiende a plantar batalla, preguntará: «Pero, mamá, ¿qué has hecho en todo este tiempo?».

«He estado con vosotros», os responderé.

Un silencio perplejo se apoderará de la cocina. Será Elia, creo, quien lo rompa y, sacudiendo el pelo, reirá triunfal: «¡Entonces toca cena gordi!».

Notas

1. «Canto XXIII» y «El infinito» de Leopardi (en versión de Diego Navarro, Cantos, Orbis, 1998).

2. Eugenio Montale, *Satura* (en versión de María Ángeles Cabré, Icaria, Barcelona, 2000).

El viento sopla donde quiere
Susanna Tamaro

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *Il vento soffia dove vuole*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la fotografía de la portada, Naturinsp / Trevillion Images

© Susanna Tamaro, 2023
derechos negociados con The Agency Srl of Vicki Satlow

© de la traducción, Julia Osuna Aguilar, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2025

ISBN: 978-84-322-4872-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

Table of Contents

Portadilla
Cita
Para Alisha
Para Ginevra
Para Davide
Notas
Créditos